

El sueño de una Lady

CATHERINE
BROOK
L



El sueño de una lady
Catherine Brook

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

El funeral de su padre había sido hacía diez meses, pero todo estaba tan silencioso que bien podían estar otra vez en el velatorio.

Madeleine observó con aburrimiento a todos los presentes. Su hermana Amanda estaba sentada en el sillón pegado a la ventana, junto con su esposo, lord Scarbrough. Sus otras hermanas, Emily y Samantha estaban ubicadas en el asiento de enfrente, mientras que los esposos de estas, lord Windsor y lord Bearsted, se encontraban de pie cerca del escritorio del abogado, quien estaba sentado con expresión pasiva y revisaba unos papeles, ajeno a las caras fúnebres y tensas de los demás.

—¿Está seguro de que él va a venir? —preguntó Amanda con altivez.

De las cuatro hermanas Rednoy, era la que tenía más fuerza de carácter, y la única que podía hablar sin riesgo de ser ignorada. Jamás se había llevado del todo bien con ella porque su frialdad hacía que Madeleine se sintiera incomprendida, pero en el fondo admiraba su tenacidad y capacidad de resolver problemas. A Madeleine todos la miraban al pasar porque era bonita, con sus cabellos negros, rasgos delicados y ojos azules; a Amanda, la miraban porque su sola presencia inspiraba respeto. Ni la reina destilaba tal autoridad.

El abogado carraspeó incómodo ante la mirada penetrante de su hermana.

—Sí, milady, aseguró que vendría hoy.

—No me sorprendería que no lo hiciera. Tardó diez meses en aparecer, es evidente que no le interesa lo que sea que se vaya a decir aquí —comentó Samantha, con la parsimonia que la caracterizaba.

—Entonces no es un hombre muy inteligente —dijo Emily con burla—. ¿A quién no le interesaría ser oficialmente nombrado duque?

—Yo mataría por estar en su lugar —comentó lord Windsor.

—Y yo —respondió lord Bearsted—. ¿Tú no, Scarbrough?

Su cuñado, que estaba recostado en el sofá con los ojos cerrados, ni siquiera se molestó en abrirlos.

—Por supuesto.

Estaban hablando de Nicholas Rednoy, nuevo duque de Clarence, a quien había sido una Odisea localizar.

En la familia Rednoy había una particularidad, o como diría su difunto abuelo: una maldición; y era que todos los varones de la familia o morían jóvenes, o pertenecían a un linaje tan lejano que era difícil de localizar. Su padre había sido el único hijo varón, así que el nuevo duque era descendiente del único hermano de su abuelo, de quien no se sabía nada hacía años.

Habían demorado un mes en descubrir que este, al igual que su hijo, estaban muertos, así que el heredero más cercano era un joven que había decidido viajar a América. Enviar a alguien a ese país y localizarlo se tomó por lo menos seis meses. Al parecer, el heredero era un aventurero que no se quedaba mucho tiempo en el mismo lugar y desaparecía justo cuando el investigador estaba a punto de dar con él.

Todos decían que era una desafortunada coincidencia, pero dada su tardanza a la cita, y que pasaron al menos otros dos meses desde que lo localizaron hasta que se atrevió a regresar a Inglaterra, Madeleine presentía, al igual que todos los presentes, que el joven no deseaba el título que la buenaventura le había regalado.

Y por eso, Madeleine también pensaba que era un idiota. Pero no iba a decirlo. Primero, porque nadie nunca tomaba en consideración sus palabras, y segundo, porque no tenía ánimos de hablar. A decir verdad, ni ella ni sus hermanas deberían estar ahí. No solo porque estaban de luto y salir de casa estaba prohibido hasta dentro de dos meses, sino porque, por ser mujeres, los que tendrían que firmar como administradores de lo que les hubiera dejado su padre eran los hombres presentes.

Se preguntó a quién le habría dejado su padre la custodia de ella. Como era la única de las Rednoy que no estaba casada, alguien tendría que responder por ella y resguardar su dote hasta que lo estuviera. Sospechaba que quizás podría habérsela dejado a Scarbrough, pues era el yerno en el que más confiaba (y con el que alguna vez estuvo a punto de casarla), pero Madeleine esperaba que no. No quería quedarse a vivir con Amanda y su esposo.

En general, no quería irse a vivir con ninguna de sus hermanas. Apenas murió su padre, había pasado un tiempo en la casa de cada una. Primero estuvo con Samantha, quien le brindó el consuelo y apoyo que necesitaba, pero que tenía un esposo al que ella no le agradaba y comentaba que, si le dejaban su custodia, tenía varios prospectos con los que casarla. Como Madeleine jamás había sido demasiado sumisa, le comentó que su padre jamás lo dejaría a él a cargo de nada más que el dinero que le correspondiera a Samantha, y eso generó una tensión entre ambos que se volvió intolerable. Así pues, terminó en casa de Emily. Su hermana y su esposo fueron agradables con ella, al menos, hasta que el niño de Emily nació. Con la llegada del bebé apenas le prestaban atención, y tuvo que dejar de practicar piano porque el salón de música quedaba cerca del cuarto del niño, y siempre lo despertaba. Madeleine no podía hacer nada que molestara a la criatura, así que, muy a su pesar, se fue a vivir con Amanda, con quien llevaba los últimos dos meses. La convivencia era tolerable si ignoraba el carácter autoritario de su hermana y que la viuda de Scarbrough estaba enferma. Al parecer, su memoria fallaba mucho, y una vez acusó a Madeleine de ser una ladrona que se había metido en la casa para robar sus joyas.

Si le dieran a elegir, querría probar vivir con William y la esposa de este, Iris. No obstante, dudaba que su padre le hubiera otorgado su custodia a este. Una cosa era insertar a un

bastardo en la sociedad y hacerlo pasar como un familiar lejano y otra dejarlo a cargo de su hija. Sería todo más sospechoso de lo que ya era.

Madeleine aún recordaba lo sorprendida y estúpida que se sintió cuando se enteró, en el lecho de muerte de su padre, que el que conocía como un primo lejano en realidad era su hermano. Y fue la única asombrada por la noticia. Sus demás hermanas, si bien no lo sabían, lo sospechaban, y cómo no, si William era el vivo retrato del duque. La ilusa todo ese tiempo había sido ella.

A pesar de tan inesperado parentesco (o quizás gracias a él) a Madeleine le caía muy bien el hombre. Estaba segura de que en su casa se sentiría a gusto, pero, aunque hubiese tenido el poder de decidir, dudaba que alguien la hubiera dejado hacerlo.

También ponía en tela de juicio que él la quisiera recibir. No estaba segura de que el aprecio fuera recíproco.

—Se nos hará de noche esperando —se quejó Madeleine, harta del silencio. Nunca había sido una dama callada—. Deberíamos decirle que ser duque no le da derecho a que juegue con nuestro tiempo.

—Me doy por enterado, entonces, aunque me parece lamentable que ni siquiera pueda disfrutar de ese beneficio —replicó con desdén una voz desde la entrada.

Todos se giraron a verlo. El hombre que acababa de llegar era flaco, de estatura media, y con una expresión de amargura que no parecía producto del momento. Tenía los cabellos castaños claros bien peinados hacia atrás, y usaba una ligera barba que estaba pasada de moda y acentuaba la rudeza de sus facciones.

Le dirigió a Madeleine una mirada helada que, si pretendía avergonzarla, fracasó. Pocas veces se arrepentía de lo que decía, y menos cuando era verdad. No quitó los ojos de él, observándola con la altanería que podía permitirse por ser hija de un duque. Al final, él cedió y se adentró en la estancia. Todos se pusieron de pie para saludarlo.

—Lamento la demora —dijo con tono aburrido. No lo lamentaba, era pura formalidad, y eso hizo que todos lo miraran con recelo. Excepto Amanda. Ella lo observaba con el mismo desdén que él les demostraba.

—Milord —dijo el abogado, poniéndose de pie. Él se sobresaltó ante el uso del título, pero recuperó la compostura con rapidez—. Permítame presentarlos. Ellos son lord Scarbrough, lord Windsor y lord Bearsted —dijo señalando a cada uno—. Y sus esposas son las hijas del duque. La joven es lady Madeleine, la menor de todas —explicó, también señalándola.

Madeleine, al igual que todos, hizo una seca inclinación de cabeza que él devolvió por educación. No le gustaba estar ahí, lo sintió en el desprecio de sus ojos. Ellas tenían más derecho a despreciarlo a él. Nunca lo habían visto y se iba a quedar con las propiedades en donde habían pasado toda su vida.

—No sabía que las damas tenían que estar presentes —comentó con una mirada llena de desinterés que se posó especialmente en Madeleine.

—¿Algún problema con ello? —replicó Amanda.

Como solía pasar cuando hablaba su hermana, el caballero se sintió intimidado por la autoridad en su tono y su actitud despreocupada pasó a ser recelosa. Madeleine sonrió al notar como tensaba los hombros.

—No, ninguno. Es solo que...

—Queríamos estar presente en la lectura del testamento. No queríamos perder la oportunidad de conocerlo, primo —dijo Amanda, esta vez con un tono más dulce, pero que no dejaba de advertir que era mejor no contradecirla.

Él tuvo la prudencia de guardar silencio. El abogado carraspeó.

—Ya que estamos todos, procederé a la lectura del testamento.

Todos tomaron asiento. Como el único espacio disponible era donde estaba Madeleine, el hombre se sentó a su lado, procurando mantener la mayor distancia posible entre ambos.

El abogado levantó el papel que había estado analizando mientras esperaban y se aclaró la voz.

—Yo, Henry Rednoy, noveno duque de Clarence, en pleno uso de mis facultades mentales, dejo asentada mi última voluntad en este testamento. Declaro, que toda la fortuna no relacionada al título será dividida en seis partes iguales. Una de estas será para el señor William Rednoy...

—¿Le ha dejado algo a William? ¿Por qué no está él aquí? —preguntó Madeleine, por lo que se ganó una mirada seria de abogado por la interrupción.

El hombre iba a continuar, posiblemente ignorándola, si Amanda no hubiera intervenido.

—No me sorprende. ¿Qué le ha dicho el señor Rednoy, señor Castle? Me imagino que lo ha contactado.

El abogado dejó el testamento sobre el escritorio y suspiró con cansancio, visiblemente molesto porque se hubiera interrumpido la lectura.

—Me comuniqué con el señor Rednoy, y dejó dispuesto que rechazaba cualquier bien material que el duque le hubiera otorgado. Ordenó que su parte sería dividida entre ustedes cuatro, milady. Pensaba decirlo al final, pero ya que ha salido el tema...

—Eso es una gran noticia —opinó Bearsted—. A decir verdad, no entiendo por qué a Clarece se le habrá ocurrido dejarle algo ese... señor.

«Bastardo». Eso era lo que Bearsted iba a decir, pero tuvo la prudencia de no mencionarlo. Él podía tener sus motivos para detestarla, pero a Madeleine tampoco le caía nada en gracia. Dios sabría cómo había logrado ganarse el favor de Samantha con lo avaricioso que era.

—Es parte de la familia —dijo Amanda lanzándole una mirada de desprecio que hizo que parte de su arrogancia desapareciera—. No pienso aceptar dinero que no me fue dejado a mí. Mi parte puede irse a beneficencia.

Bearsted y Windsor la miraron con incredulidad. Bearsted posó su vista en Scarbrough.

—¿Qué opina de eso, milord?

Amanda tensó los hombros ante el claro desprecio que acababa de hacer a su decisión. Su mirada se oscureció y abrió la boca, pero Scarbrough le puso una mano sobre el hombro para tranquilizarla. Una lástima. A Madeleine le habría encantado ver como Amanda lo destrozaba con sus pullas inteligentes.

—Pienso que los más necesitados agradecerán la generosidad de mi esposa.

Amanda relajó su postura, miró a su cuñado con soberbia y desvió la vista, indicando que Bearsted no merecía su atención.

Este, que aún tenía ganas de discutir, quiso replicar, pero el nuevo duque de Clarence carraspeó.

—¿Alguno podría decirme quién es el señor William Rednoy? —preguntó con fingido aburrimiento, aunque Madeleine leyó la curiosidad en sus ojos.

—Un primo lejano —respondió Amanda sin prestarle demasiada atención.

El duque no se quedó tranquilo. Se cruzó de brazos y se recostó en el sillón, mirando a todos como quien sabe que le ocultan algo.

—Supongo que debe ser más lejano que yo, o estaría él en mi lugar. Sin embargo, me parece curioso que le haya dejado dinero siendo un pariente con el que comparte tan poca sangre.

—Mi padre lo conocía y le tenía aprecio —respondió Samantha con calma. Lo único que delataba su nerviosismo era el golpeteo de sus dedos contra sus piernas.

—A diferencia de otros primos, él sí se interesó en conocernos —murmuró Madeleine.

Por supuesto, el comentario le ganó miradas reprobatorias de sus hermanas, y una de fastidio de él, quien decidió volver a centrar la vista en el abogado y dejar el tema.

—Por favor, continúe.

El abogado volvió a tomar el testamento y se aclaró la voz.

—Declaro que toda fortuna no relacionada al título será dividida en seis partes iguales. Una de estas será para el señor William Rednoy. —Miró a los presentes solo para asegurarse que nadie más tenía nada que decir respecto a eso, y al ver que todos guardaban silencio, continuó—: Otras tres serán para mis hijas, Amanda, Samantha y Emily. En sus esposos, lord Scarbrough, lord Bearsted y lord Windsor dejo la responsabilidad de administrar bien el capital, que debe ser siempre usado para lo que ellas dispongan.

»La quinta parte, que está destinada a mi hija menor, Madeleine, quedará a cargo de su administración, su tutor. Dispongo que sea el sucesor del título quien se haga cargo de ella hasta

que se case o cumpla los veintiún años...

Jadeos de sorpresa interrumpieron la lectura. Sus hermanas empezaron a murmurar entre ellas, y lord Clarence miraba al abogado con estupefacción.

—¿Qué quiere decir con que me ha dejado a cargo de la hija menor? —gruñó.

No sonaba nada feliz y no podía culparlo. Madeleine tampoco lo estaba. De hecho, se encontraba tan asombrada que no era capaz de pronunciar palabra. Ni siquiera de echarse a llorar, aunque su cuerpo se lo estaba exigiendo. Había temido que la custodia quedara a manos de sus cuñados porque no quería vivir con ninguno de ellos, pero estaba preparada y resignada para ese escenario. Pero que un desconocido manejara su dinero y tuviera la potestad de decidir con quién se iba a casar era demasiado. ¿En qué había estado pensando su padre? Ni siquiera sabía quién iba a ser el heredero del título. Madeleine, que había sido siempre su niña favorita, era incapaz de concebir que le hubiera hecho eso.

Las lágrimas llenaron sus ojos, pero se negó a soltarlas. No frente a él. Apretó la boca y desvió la mirada. Tampoco dijo palabra mientras los otros discutían.

Su vida siempre había sido casi perfecta. Tenía un padre que la quería, unas hermanas que la protegían, y todos siempre habían cedido a sus deseos. Nunca nadie le había exigido nada, ni siquiera casarse y de un momento a otro... no tenía nada. Cuando murió su padre, se quedó sin hogar. Pasó de una casa a otra como un perrito abandonado y ahora su vida estaba a cargo de un desconocido.

Había sido un cambio muy brusco de la felicidad a la desdicha.

Y todo indicaba que aún no había llegado al fondo de las desgracias.

Capítulo 2

Para algunos, pasar de ser un caballero con apellido respetable a un duque sería un regalo maravilloso del destino. Para Nick, era una maldición que cada día le mostraba un nuevo costo a pagar por el supuesto beneficio.

Observó a todos los presentes, incluida a la que se convertiría en su pupila, y notó que todos tenían expresiones diferentes. Las hermanas mayores parecían sorprendidas y disgustadas, mientras que los esposos de estas, al menos Scarbrough y Windsor, estaban pensativos. Bearstead evidenciaba alivio mal disimulado, y lady Madeleine miraba a un punto fijo de la pared, como si no terminara de procesar lo que acababan de decirle.

A él aún le costaba. Le acababan de dejar a cargo a una joven casadera. Como si no tuviera ya suficientes responsabilidades nuevas que no tenía ni idea de cómo llevar.

Miró con fijeza al abogado, esperando que se explicara mejor. Este dejó el testamento sobre el escritorio, al parecer cansado de las interrupciones.

—Según lo estipulado en el testamento, todas las propiedades no ligadas al título, incluyendo la mansión en Londres, la casa en Nolfork y la casa en Bath, más la sexta parte de la fortuna del duque le pertenecerán, pero para eso debe acceder a hacerse cargo de lady Madeleine y conseguirle un esposo, uno que ella apruebe, o esperar que cumpla los veintiún años. Lo que suceda primero. También administrará la fortuna correspondiente a lady Madeleine y la usará para costear lo que sea necesario para su temporada social. Este dinero es aparte de la dote, por supuesto, que estará resguardada hasta que se case o llegue a la edad mencionada. En este caso, el manejo del dinero de lady Madeleine quedará a cargo de lord Scarbrough para lo que ella desee.

Nick se pasó una mano por los cabellos, frustrado.

—Esto es una tontería —espetó—. Hay familiares más cercanos que pueden hacerse cargo de ella.

—Cualquiera de nuestros esposos estaría dispuesto a asumir su custodia —intervino lady Bearsted.

Lord Bearsted hizo una mueca que desmintió la afirmación, pero Nick no se detuvo demasiado en eso. Tenía que haber alguna manera de salir de ese problema.

—¿Y si me niego? —preguntó. No podían obligarlo a aceptar una custodia.

—Se quedará solo con el título y la casa de campo ligada a este. Las propiedades serán vendidas y lo obtenido por estas, más su parte del dinero, será donado a la beneficencia. Es importante acotar que puede hacer uso de las propiedades, pero no del dinero. Este solo le será entregado cuando se cumpla lo estipulado sobre la custodia de lady Madeleine.

—Un título sin fortuna, justo lo que necesitaba —dijo con sarcasmo.

La única razón por la que había accedido a abandonar su vida de aventuras y viajes había sido porque necesitaba el dinero, para que al final ni siquiera contara con este. Y todo porque le habían dejado a cargo a la benjamina de la familia.

Echó un vistazo a lady Madeleine. Se veía joven, no debía tener ni veinte años, pero al menos, era bonita.

Muy bonita.

Tenía un hermoso cabello negro recogido sobre la coronilla. El vestido negro, que debía quedarle horrible a cualquiera, resaltaba la palidez de su piel, y esta, en lugar de darle un aspecto enfermizo, hacía que brillara, como la luna llena en una noche sin estrellas. Sus rasgos eran delicados y sus labios del grueso suficiente para llamar al pecado. La nariz era respingona, y los ojos del azul del mar iluminado por el sol.

Sí, era muy bonita. Aunque su aspecto era algo... desaliñado. Tenía varios mechones de cabello sueltos y estaba seguro de que no había sido intencionado. El vestido estaba arrugado y los zapatos tenían la punta sucia de tierra. Aun así, Nick tuvo la esperanza de casarla rápido. Una joven como ella, con esa belleza y dote cuantiosa, debían de sobrarle los pretendientes. ¿Qué había dicho el abogado? ¿Que ella tenía que aprobar al candidato? Bien, dudaba que fuera complicado. Toda dama quería casarse, ¿no? Y cuando se tenía lo mejor de la alta sociedad para elegir, no podía dudar tanto. Con suerte, en ese año podría librarse de ella. Estaba seguro de que ya se encontraba en edad casadera.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó con más brusquedad de la que pretendió.

Ella le dirigió una mirada hostil antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa maliciosa.

—Quince.

Imposible.

Nick contuvo las ganas de soltar un quejido.

—Tiene dieciocho, casi diecinueve —dijo lady Scarbrough, haciendo que volviera a respirar con normalidad.

Miró a lady Madeleine con rencor, pero esta se dedicó a observarlo con desinterés. Ni siquiera estaba avergonzada porque su hermana hubiera delatado su mentira. Entonces, descubrió que la joven no solo no era sumisa, sino también que pocas veces reconocía su mal comportamiento.

Si no se deshacía de ella pronto, sería un dolor de cabeza.

En realidad, ya empezaba a serlo.

—Tenemos que calmarnos —continuó lady Scarbrough. Nick ya había notado que era una mujer a la que no se le podía ignorar si no se quería entrar en su lista de personas

despreciables, y él, aunque jamás le había importado demasiado la opinión ajena, sabía que no le convenía enemistarse con ella—. Estoy segura de que podremos resolver esto. Señor Castle, sin duda entenderá que sería muy incómodo para mi hermana que su tutela estuviera a manos de un hombre que ni siquiera conoce. Mi padre estos últimos meses no se había estado sintiendo nada bien. Si este decreto fue una incorporación reciente, quizás se pueda...

—La última actualización del testamento fue un mes antes de la muerte de su padre, milady, y le aseguro que fui testigo de que estaba en pleno uso de sus facultades mentales. El testamento es inapelable.

—Pero no podemos dejar a mi hermana viviendo con un hombre soltero —protestó Amanda.

—Sería escandaloso, aunque sea nuestro primo —apoyó lady Bearsted.

—Tiene que quedarse con una de nosotras —dijo lady Windsor.

—Podríamos negociarlo —opinó Scarbrough—. En ninguna parte dice que tiene que quedarse viviendo con él, ¿o me equivoco?

El abogado hizo una lectura rápida del testamento.

—No. Lady Madeleine puede vivir con quien desee.

Lady Scarbrough relajó los hombros, pero seguía sin estar contenta. Le dirigió una mirada recelosa que Nick respondió con una de indiferencia absoluta. No dejaría que lo culpara de nada cuando él era una víctima ahí. Además, él tampoco quería a esa niña en la casa de Londres. Mientras menos la viera, mejor. Si tenía suerte, limitaría esa responsabilidad a aprobar el matrimonio cuando la joven eligiera y soltar dinero cuando se lo pidiesen.

Dinero.

Sus arcas vacías era otro asunto que tenía que resolver, pero pensaría en ello luego.

—Bien, entonces se quedará con nosotros —continuó lady Scarbrough.

—No.

Cuando todo parecía haberse calmado, la negativa de la joven hizo que todos se volvieran a tensar. Los presentes la miraron con incredulidad, y Nick también. ¿Qué había querido decir con «no»? ¿No pretendería...?

—Lo siento, Amanda. No quiero vivir contigo y con tu esposo.

Nick intentó mantener la calma. No quería vivir con la hermana mayor, bien, no era su problema. Alguna otra la recogería...

—Puedes regresar con nosotros, querida —dijo lady Bearsted.

De nuevo, lord Bearsted no se mostró contento con la insistencia de su esposa en cuidar de su hermana. Hizo una mueca que todos, incluida lady Madeleine, notaron. Ella le dirigió a su cuñado una mirada que le dejó a Nick muy pocas esperanzas.

—Lo lamento, Samantha, pero tampoco quiero vivir contigo.

Nick sentía que la respiración empezaba a acelerársele. No podía estar ocurriendo lo que él pensaba.

—Siempre serás bienvenida en mi casa, querida —dijo lady Windsor, asumiendo que entonces la menor se iría con ella. Era lo más lógico, pero Nick no estaba seguro de eso—. Más tarde mandaré a varios lacayos a buscar tus cosas en casa de Amanda.

Lady Madeleine desvió la mirada con preocupación, algo que a Nick no le gustó. Parecía pensar en la mejor manera de decir algo.

—Emily, agradezco tu hospitalidad. Sin embargo, tampoco deseo quedarme con vosotros.

El silencio se volvió tenso. Todos miraron a la joven con incredulidad. Nick cerró los ojos por un segundo, resignándose a lo que sabía que vendría.

—Quiero vivir en la casa, en mi hogar, aunque tenga que compartirla con... él.

El tono despectivo con el que se refirió a él hizo que Nick le dijera con la mirada lo que pensaba de su compañía. Sintió el deseo de decirle lo poco grata que le resultaría su presencia, pero sabía que no era el momento.

Lady Madeleine apenas se fijó en él. Le dedicó solo un segundo para expresarle su correspondido desagrado y volvió la vista a sus hermanas, que la observaban con incredulidad.

—No puedes irte a vivir con él —dijo lady Scarbrough—. Te quedarás con nosotros.

Era una orden que no admitía réplica, pero, o lady Madeleine no lo entendió, o estaba acostumbrada a lidiar con su hermana, porque alzó la cabeza con altanería.

—El abogado dijo que podía vivir donde quisiera. Y él es mi tutor, entonces, él decide. —Lo miró—. ¿Se atreverá a echarme de mi casa, lord Clarence? ¿Tendrá tan poco corazón?

No solo era rebelde, sino caprichosa y manipuladora. Y de las buenas. Le debió llevar mucho tiempo perfeccionar ese tono que haría quedar al que le negara algo como el peor de los canallas. Era un tono de víctima, de niña sufrida por la vida, pero también tenía un deje desafiante, teñido por el orgullo de quien se sabía ganadora.

Nick tragó saliva.

—Lady Madeleine, el parentesco que nos une es tan lejano que temo que si vivimos juntos habrá habladurías —dijo con la mayor compostura que pudo reunir, aunque en el fondo quería espetarle que ya tenía suficientes problemas para que ella se sumara.

—Si es ese el mayor problema, podemos pedirle a la hermana de mi padre que venga a vivir con nosotros. Es viuda y seguramente estará encantada. Pero yo quiero regresar a mi casa. También puede usted alquilar una habitación e irse a vivir allí mientras yo me alojo en la casa con mi tía —sugirió con fingida inocencia.

De nuevo, se formó un silencio tensó. Nick estaba incrédulo ante su descaro. En general, era un hombre poco conflictivo, pero tenía muchas ganas de poner en su lugar a esa niña. Esa era su casa ahora, ¿cómo se atrevía a sugerir que buscara otro lugar? La temporada comenzaría

pronto y él tendría que estar en Londres para las sesiones de parlamento.

—Ahora es mi casa, lady Madeleine —dijo sin poder resistirse.

La mirada que le dedicó ella bien podía estar declarándole la guerra.

El abogado carraspeó para llamar la atención.

—Disculpen. Cuando mencioné que lady Madeleine podía quedarse donde deseara es porque así se afirma en el testamento. Leo el escrito correspondiente.

»Respecto al lugar donde vivirá mi querida Madeleine, que resida en donde ella se sienta más cómoda. De ser su deseo, puede quedarse en la casa de Londres, siempre y cuando haya alguna compañía femenina que resguarde por su reputación.

La diablilla sonrió con satisfacción.

—Entonces está dicho, mandaré a llamar a mi tía y me quedaré en la casa de Londres.

Sus hermanas tenían muchas objeciones, pero el abogado, quizás cansado de las discusiones familiares, se adelantó a cualquier protesta.

—Bien, aclarado el punto, pueden los caballeros firmar la conformidad con el testamento, por favor.

Ellos lo hicieron mientras las damas se miraban entre sí. Nick estampó su firma de mala gana. Aquellos que envidiaban su situación no tenían ni idea del gusto que le daría cederles su lugar. Un título con el dinero retenido, con muchas responsabilidades y también con una joven que, seguramente, se convertiría en un problema. Para alguien que había vivido toda su vida sin demasiadas expectativas sobre él, y solo disfrutando de los placeres que se podía permitir, eso era una completa pesadilla. Oh, si su madre viviera, sin duda, estaría feliz de que por fin sentara cabeza, pero Nick no estaba demasiado contento.

Nada, en realidad.

Después de firmar, empezó a caminar hacia la puerta. No obstante, se detuvo al sentir la suave presión de los dedos de lady Scarbrough sobre su brazo.

—No se preocupe —le dijo ella en voz baja—. Madeleine no se quedará con usted. Yo me encargaré de que entre en razón.

Nick hizo un asentimiento de cabeza a modo de comprensión y siguió su camino. Se detuvo solo un segundo para observar a su pupila, quien estaba tan satisfecha por haber obtenido lo que quería que ni siquiera lo miró. Solo sonreía.

Por un momento había tenido fe de que lady Scarbrough la hiciera entrar en razón y él pudiera por fin tener algo de paz, pero solo al verla supo que ni la más fiera determinación de la dama haría que la más joven cambiara de opinión. Sí, lady Scarbrough era autoritaria, pero él podía leer en los ojos de lady Madeleine la tenacidad de quien estaba acostumbrada a conseguir lo que deseaba.

Ella no iba a ceder, y él tendría que empezar a pensar en cómo lidiar con ese nuevo

problema.

Se marchó del despacho deseando no haber recibido jamás ese maldito título. Quería seguir en América, paseando por el país y luego ir a otro.

Nick deseaba muchas cosas, pero lamentablemente tendría que lidiar con otras. Solo esperaba no quedar destruido en el camino.

Capítulo 3

Había reunión familiar en la casa de Amanda. Objetivo: convencer a Madeleine de que había perdido el juicio y tenía que recapacitar.

Sería una sesión muy larga.

—No pienso permitir que te quedes en una casa con un hombre soltero con el que apenas compartimos sangre. ¿Qué va a decir la gente? —dijo Amanda mientras paseaba de un lado a otro.

—Nada. Solo hay que escribirle a la tía Agatha para que venga a acompañarme. ¿Cuántos años lleva en el campo? Apuesto a que se alegrará de regresar a la sociedad y acompañarme a las veladas —argumentó Madeleine.

—La presencia de la tía Agatha reducirá los rumores, pero no los evitará —dijo Samantha con calma.

—Mientras se pueda hablar de ello, la sociedad lo hará —concordó Emily—. Por eso lo ideal sería no propiciar situaciones que fomenten habladurías.

—Y nosotras te podemos acompañar en sociedad —añadió Amanda—. No necesitas a nadie más. No pienso discutir más este tema. Te quedarás viviendo conmigo.

Madeleine alzó las cejas y fijó la vista en el vientre de Amanda, que presentaba una redondez apenas perceptible.

—¿Cuánto tiempo te queda antes de tener que recluirte en el campo, Amanda? Porque aún faltan dos meses para mi regreso a sociedad, y dado el tiempo que he perdido, no me conviene posponerlo.

Amanda apretó los labios, sabiendo perfectamente que en dos meses el embarazo sería demasiado notorio para que fuera adecuado dejarse ver y, por lo tanto, que Emily viviera con ella no era la mejor opción.

—Puedes vivir conmigo, querida —dijo Samantha con dulzura—. Las puertas de mi casa estarán abiertas para ti.

—Apuesto a que tu esposo no opina lo mismo —replicó Madeleine con amargura—. Me detesta.

—No es así —aseguró su hermana, aunque su pose tensa desmentía sus palabras—. Estoy segura de que, si todos colaboramos, podremos llevar una convivencia pacífica.

Madeleine sabía que por «todos» se refería a ella, y que «colaborar» significaba someterse a los desplantes de su cuñado.

Ni en sus peores pesadillas.

—También puedes vivir conmigo, querida —intervino Emily, jovial—. En mi casa eres

bien recibida —dijo.

A ninguna le pasó desapercibido el tono burlón y la mirada de reojo que le lanzó a Samantha, quien se limitó a ver con fastidio a su hermana menor.

Madeleine se mordió el labio. Había sido fácil buscar excusas para huir de las mayores de la familia, pero incluso a ella le parecía grosero e infantil decirle a Emily que no quería aceptar su hospitalidad porque le molestaba que su hijo no la dejara tocar el piano o hacer ruido libremente. Cuando se había marchado de su casa lo había hecho con el pretexto de querer pasar más tiempo con Amanda, cosa que había extrañado a todas, pues no solo era conocido que su trato con Amanda era complicado, sino que miraba con recelo a Scarbrough desde que había querido casarse primero con ella. Pero, aun así, Emily había fingido que le creía.

En ese momento, le estaba costando formular una excusa coherente, así que decidió decir parte de la verdad.

—Agradezco vuestra hospitalidad, pero con ninguna de vosotras me he sentido tan cómoda como en mi casa. Quiero volver. Mi vida ha cambiado tanto los últimos meses, yo solo... quiero recuperar parte de lo que he perdido.

Los ojos se le aguaron y las lágrimas que llevaba todo el día conteniendo hicieron acto de presencia. Emily, que estaba sentada al lado de ella, le tomó la mano. Samantha se levantó de su asiento, se sentó en el reposabrazos del sofá y le rodeó los hombros con la mano. Amanda, que ya tenía experiencia ignorando cualquier sentimentalismo que viniera de Madeleine, solo ablandó su semblante.

—Esa casa ya no es nuestra, Madeleine —dijo Amanda, con toda la amabilidad que fue capaz de reunir, que no era mucha. Su hermana tenía la capacidad de hacer que todas sus palabras sonaran duras, y dolieran por ello.

Se levantó de un brinco.

—Papá dijo en su testamento que podía vivir ahí si quería mientras tuviera la compañía adecuada, y eso es lo que quiero. Esa casa no será de él hasta que me case —se empecinó.

Sus hermanas mostraron expresión de pesar, sabiendo que cuando se ponía así no había manera de hacerla cambiar de opinión.

—Además —continuó Madeleine, queriendo hacerles ver que su decisión iba más allá de un capricho—, si la tía Agatha viene, podrá ir abriendo las puertas a mi regreso a la sociedad. El luto para ella ya se acabó, así que tiene permitido salir e ir notificándole a las damas de la alta sociedad cuándo será posible volverme a invitar. Ustedes no pueden hacer eso. Todas regresaremos al mismo tiempo y para cuando logremos volver a integrarnos se estará acabando la temporada.

Nadie pudo rebatirle ese argumento, aunque Amanda evidenciaba muchas ganas de hacerlo. No estaba contenta con su decisión, pero, en general, ella nunca aprobaba lo que

Madeleine quisiera. La veía como una niña inmadura.

—La tía Agatha puede venir igualmente, y quedarse con Emily, al igual que tú —dijo Amanda, quien no pudo quedarse callada.

—Amanda —dijo Samantha en ese tono que usaba para conciliar—, quizás sea lo mejor dejarla volver a la casa. Si es será feliz allí...

—Eso no puede saberlo —protestó Amanda—. No conocemos a ese hombre. Nada garantiza que tengan una convivencia agradable.

—Si no le gusta, podrá volver con cualquiera de nosotras y lo sabe —continuó Samantha. Madeleine se llenó de expectación. Ya había logrado poner a una de sus hermanas de su lado—. Es lo suficientemente grande para tomar sus propias decisiones, querida.

Amanda compuso una expresión de estar considerándolo, aunque Madeleine sabía que, aunque aprobase su decisión, seguiría estando en desacuerdo con ella.

—Le escribiré más tarde a la tía Agatha —dijo finalmente Amanda, de mal humor—. Espero que esto no afecte tu regreso a la sociedad.

Madeleine se dirigió a su hermana y le dio un abrazo. Amanda se zafó de este con educación. Madeleine apenas le prestó atención.

—Gracias, Amanda. No te preocupes. No me quedará mucho tiempo ahí. Estoy dispuesta a convencer al vizconde para que esta temporada pida mi mano.

A Madeleine no le pasó desapercibida la mirada de recelo que se lanzaron sus hermanas. Parecían estar comunicándose con gestos. Amanda hizo ademán de decir algo, pero Samantha se adelantó.

—Estoy segura de que habrá muchos caballeros dispuestos a pedir tu mano, querida. Creo que debes darles una oportunidad a todos para ver quién te conviene más.

—Yo quiero casarme con el vizconde —se empecinó.

Madeleine se había enamorado del vizconde Portman desde la primera vez que lo vio. Era un hombre alto, rubio y delgado, con las facciones de un ángel y la amabilidad de los más honorables caballeros. Desde la primera vez que cruzó palabra con él, Madeleine supo que quería que fuera su esposo. No la trataba con condescendencia, como todos, ni se limitaba a halagar su belleza. Era un hombre de conversaciones profundas y si ella no entendía algo, él lo explicaba con la paciencia de un maestro y no con la prepotencia de un erudito. Había hecho lo posible por llamar su atención y lo había conseguido... a medias.

Al ser un hombre como pocos, también era difícil de conquistar. Madeleine aprendió que su título, belleza y dote no servían de nada para atraer a una persona que en sí misma era un tesoro, así que tuvo que hacer uso de otros atributos, como el carisma, o sus pocos conocimientos de la naturaleza humana. No obstante, no había conseguido nada más que una visita a su casa y unos cuantos bailes que cada vez se volvieron más escasos. El vizconde no se decidía a

cortejarla, pero ella no perdía la esperanza. Durante esos meses, había leído unos cuantos libros sobre filosofía y esos temas que le gustaban al vizconde. Solo había entendido la mitad de lo que leyó, pero esperaba que fuera suficiente para atraer la atención del caballero.

Sus hermanas no le tenían fe a una relación entre ambos debido a las pocas muestras de interés que él le manifestaba. Sin embargo, Madeleine pronto les demostraría que estaban equivocadas, y que sí era lo suficientemente valiosa para atraer la atención de alguien como él.

—Creo que es hora de irnos —dijo Emily con toda la intención de evadir el tema—. Amanda, querida, nos mantienes informadas de la respuesta de la tía Agatha, y de cuándo llegará a Londres.

—En dos semanas comienza la temporada —le recordó Madeleine—. Lo ideal es que esté aquí para entonces para que todos sepan de mi regreso en abril. Y así tú podrás retirarte al campo con total libertad.

Amanda hizo una inclinación seca de cabeza. Sus hermanas se despidieron de Madeleine con un abrazo.

—Hasta luego, querida —le dijo Samantha—. Sabes que, si cambias de opinión, puedes escribirnos.

—O ir a vernos. Estamos solo a unas calles de distancia —dijo Emily.

Sus hermanas se fueron. Amanda se quedó de pie en medio de la habitación. Tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Sé que no estás de acuerdo con mi decisión —le dijo Madeleine con dulzura—, y por eso te agradezco que hayas accedido a escribirle a la tía Agatha.

Amanda suspiró con resignación.

—Espero que no estés cometiendo un error, Madeleine.

Negó con la cabeza.

—Al contrario, creo que es la mejor decisión que pude tomar.

Algo se lo decía, y Madeleine se aferraría a lo que fuera que le prometiera algo de paz y felicidad.

La casa en Londres era más grande que cualquier lugar en el que hubiera vivido antes, y él había vivido en muchos lugares.

Nick se permitió observar el hogar y disfrutar de la elegancia y tranquilidad que esta desprendía. El vestíbulo era de techos altos, con columnas de mármol y paredes color marfil. Lo decoraban flores colocadas sobre jarrones cuyo delicado diseño aludía a algún país de Asia. Frente así había una escalera a la que era difícil verle el final, tan majestuosa que prometía llevar al que la subiera al mismísimo paraíso.

Si así era la entrada, no se imaginaba cómo sería el resto de la casa.

Su casa.

O lo sería, en cuanto lograra casar a la criatura que habían dejado a su cargo.

Pensar en eso mató de inmediato cualquier semilla de paz y buen humor que pudo haber nacido en él.

No solo debía conseguirle un esposo, sino que tendría que tolerarla en la casa, a ella y a esa tía que trajera como carabina.

No importaba lo que hubiera dicho lady Scarbrough, él sabía que la joven no cedería y él tendría que aguantarla.

Que Dios se apiadase de él. No la conocía mucho, pero unos minutos en su presencia le bastaron para saber que era caprichosa y altanera. La típica joven a la que le habían dado todo en la vida y por eso se sentía con el derecho de imponer su santa voluntad.

Eso podría ser un problema a la hora de casarla, pues entonces esta podría creerse con el derecho de rechazar a buenos pretendientes por razones ridículas, y él no podría consentir el matrimonio si ella no lo hacía.

Maldita sea. ¿En qué estaba pensando el viejo duque al dejarle tal decisión a una joven tan consentida? Ni siquiera estaba seguro de que eso fuera legal. Por ley, el tutor tenía todo el derecho de decidir con quién se casaba la pupila, ¿no? No había nada que contemplase que la autorización de dicha dama era necesaria antes de que esta tuviera los veintiún años.

Tendría que investigar al respecto.

—Milord. Bienvenido a la casa.

Nick se percató que, de repente, había una fila de criados frente a él. ¿Cuándo habían llegado? ¿Y por qué eran tantos?

El que había hablado era un hombre que debía rondar los sesenta, con la coronilla calva y una espalda muy recta. El mayordomo, supuso.

—Gracias...

—Johnson, milord —dijo haciendo una reverencia—. Ella es la señora Taylor, el ama de llaves.

Una mujer regordeta, también de espalda recta y el pelo canoso recogido en la coronilla, se puso al lado del mayordomo e hizo una venia.

Era extraño recibir tantas formalidades de parte del servicio. En su casa, siempre se habían conformado con lo básico, y en sus viajes, solo contaba con su ayuda de cámara, un hombre cuarentón que había conocido en una taberna y que había sido el único que resistía su ajetreada forma de vida.

Un estilo de vida que extrañaría muchísimo. No era un hombre sedentario por naturaleza, así que las paredes que antes le habían parecido hermosas empezaron a convertirse en los muros de una celda. Una prisión llena de jarrones caros, mármol y damasco de la mejor calidad.

No estaba seguro de poder adaptarse.

—Si me permite, milord, le presentaré al resto del servicio.

Entonces, el mayordomo lo condujo a través de la fila de criados y fue diciendo el nombre de todos. Nick se esforzó por recordarlos, y creía haber conseguido retener la mayoría, pero jamás había tenido una memoria excepcional, ni tanta gente a su servicio.

Cada uno le hizo una reverencia tan profunda que lo hizo sentir incómodo. Se sentía como un usurpador, alguien que no pertenecía allí.

La sensación se acentuó cuando el mayordomo lo condujo a la que era la habitación principal. Era una habitación decorada con sobriedad, en colores oscuros y con muebles finos que se distribuían bien en el espacio. Era del tamaño del salón principal de la casa donde creció. Parecía la habitación de un rey, nada más entrar, se sentía el respeto ante tanta majestuosidad. Olía a elegancia, a riqueza.

—¿No hay otra habitación donde pueda quedarme? —preguntó sin pensar.

El mayordomo, quien seguramente estaba entrenado para soportar cualquier excentricidad, abrió los ojos con sorpresa.

—Por supuesto, milord, pero ¿hay algo que no sea de su agrado? Nos encargamos de limpiarla en profundidad, y...

—No, no es eso, solo quiero quedarme en otra habitación.

Al menos ser duque debía traer como beneficio no tener que dar demasiadas explicaciones.

—Hay una habitación para invitados especiales al final del pasillo. Pediré que se la preparen.

—Bien. Daré una vuelta por la casa mientras tanto.

—¿Desea que alguna criada se la muestre?

—No, iré solo.

El mayordomo hizo una inclinación de cabeza e hizo ademán de retirarse.

—Eh... Jonhson.

—¿Sí, milord?

Nick suspiró con resignación, sabiendo que debía decirlo.

—Es probable que lady Madeleine regrese a esta casa, y que venga acompañada de una hermana del difunto duque —dijo con desgana—. Sería conveniente que comenzaran a preparar las habitaciones para su vuelta.

Eso sí que logró sorprender al anciano mayordomo, quien no logró disimular su expresión de asombro.

—Por supuesto, milord. ¿Sabe cuándo vendrán?

—No, aunque puede ser entre esta y la otra semana. Es mejor que tengan todo listo, por

precaución.

Nick la veía capaz de presentarse un día sin siquiera avisar.

Le hizo un gesto al mayordomo para que se retirara y empezó a caminar por el pasillo.

Quizás había sido apresurado insinuar que lady Madeleine regresaría a la casa, pero Nick siempre había sido de los que tomaba en cuenta todas las probabilidades, y estaba casi convencido de que la joven pronto iría a importunarlo.

Se preguntó cómo sería la convivencia con ella. Esa casa era lo suficientemente grande para no tener que verla si no lo quería. A lo mejor, limitarían sus encuentros a unas cuantas comidas y la asistencia a algunos bailes. Podría llegar a ser muy tolerable.

O eso esperaba. Nick ya tenía demasiados problemas que resolver, como los económicos. ¿Cómo se suponía que mantendría esa casa y todas las demás si no podía hacer uso de la herencia que le habían dejado? Tendría que fiarse de lo que dieran las tierras ligadas al título, aunque ese sería un ingreso lento.

También podría usar la parte de lady Madeleine, ya que estaba bajo su administración. Sí, eso sería una excelente idea, y funcionaría muy bien si Nick no detestara todo lo relacionado con el robo. El viejo duque se había arriesgado demasiado al dejarlo a cargo del dinero de su hija, pues ni lo conocía, pero no se había equivocado al suponer que no lo tocaría a menos que fuera para cumplirle los caprichos a la niña. Su orgullo no se lo permitiría.

Se detuvo frente a unas puertas gigantes que daban al salón de baile. Era tan amplio que no podía captarse en una sola mirada, y representaba la cúspide de lujo de todo ese lugar. Columnas de marfil, arañas en los techos, espejos... Era tan imponente que lo hacía sentir indigno de pisarlo.

Poco a poco se adentró en este, sabiendo que tendría que acostumbrarse porque ahora era suyo.

Su vida cargaba ahora el peso de todo ese salón y de muchos más, y mientras antes se adaptara, más fácil sería todo.

Se ubicó en el centro de la estancia y cerró los ojos. Se sentía pequeño en medio de ese gran lugar. Y solo.

Muy solo.

Pero a eso también tendría que acostumbrarse.

Capítulo 4

La casa estaba tal y como la recordaba.

Con una sonrisa de satisfacción, Madeleine echó un vistazo a su alrededor, maravillada por poder ver de nuevo el hogar en donde había pasado gran parte de su vida.

A su lado, la tía Agatha observaba todo con menos embeleso, aunque Madeleine sabía que a comparación de la austeridad con la que vivía en el campo, eso era el paraíso.

La mujer había llegado hacía dos días. Ni siquiera se había hecho del rogar cuando Amanda le pidió el favor de ser la compañía de Madeleine. Desde que había enviudado, vivía en el norte de Inglaterra, en la única propiedad que su esposo, el barón de Dudley, no había perdido en el juego. Tenía un hijo que estaba en Cambridge en esos momentos, por lo que casi todo el dinero de la renta iba destinado a la universidad y a ciertas cosas personales, pero no le daba para alquilar una casa en Londres en donde pasar la temporada. Madeleine supuso que la dama estaba muy agradecida por haberla sacado del aburrimiento al que la sometían las tierras casi inhóspitas del norte, pero no había hablado mucho desde que había llegado, excepto para asegurarle a Amanda que se encargaría muy bien de velar por el honor de Madeleine.

La señora Taylor se acercó en cuanto las vio.

—Lady Madeleine, qué gusto tenerla de regreso. La casa se sentía muy vacía sin usted.

Como sabía que la anciana no se atrevería, Madeleine le dio un abrazo.

—A mí también me da gusto estar de vuelta, señora Taylor. Tengo mucha hambre, dígame que preparó esas deliciosas galletas para el té.

—Por supuesto que sí, milady —dijo la señora Taylor, sonrojada, quizás porque su tía la estaba viendo con el ceño fruncido—. Si quiere, puede ir a arreglarse a su habitación. Ya está lista, y la de lady Dudley también.

—El viaje ha sido muy cansado, creo que descansaré toda la tarde —dijo la tía Agatha con brusquedad. Madeleine empezaba a pensar que no era que quisiera ser dura, sino que era su forma natural de expresarse.

—Le mostraré su habitación, milady —dijo la señora Taylor—. Acompañeme, por favor.

La señora Taylor empezó a caminar y su tía la siguió. Subieron por las escaleras que llevaban al piso de las habitaciones principales y desaparecieron de la vista de Madeleine.

Esta se quedó un rato más paseando por el vestíbulo, deleitándose con cada mueble y objeto conocido, aunque fuera un jarrón.

Estaba en casa.

Ojalá su vida pudiera arreglarse con la misma facilidad con la que había regresado. Ojalá todo fuera como antes.

—Lady Madeleine, qué... pronto ha llegado.

La voz masculina le recordó que nada era como antes. Se giró. El nuevo duque de Clarence estaba frente a ella. Vestía de forma elegante, aunque no lo suficiente para tratarse de un duque, y su mirada estaba llena de fastidio y... resignación. Sí, se había resignado a su presencia, pero no lo suficiente para emitir la típica de cortesía de «qué gusto verla» o «me alegro de que esté aquí».

—La temporada comienza en dos días. Quería que mi tía estuviera presente para que pudiera introducirse en esta mientras se acaba el luto.

Solo faltaba mes y medio. Madeleine anhelaba con ansias que el año se cumpliera. Odiaba el color negro. Como siempre andaba despeinada porque su cabello parecía incapaz de mantenerse dentro del peinado, llevar luto la hacía parecer una bruja sacada de algún cuento para espantar a los niños. Quería volver a usar rosas y tonos pastel; sentirse bonita. Llevar negro no le iba a devolver a su padre.

—Ya veo. La he encontrado mientras bajaba. Parece una mujer... íntegra y respetable.

Por lo visto, era incapaz de halagar a alguien, aunque fuera por cortesía, pero tampoco parecía demasiado aficionado al sarcasmo o la burla.

Madeleine recordó la primera impresión que tuvo de él. En aquella ocasión sí había sido, sin duda, irónico, pero parecía un rasgo de carácter que reservaba para cuando estaba muy disgustado. Del resto, parecía un hombre demasiado serio para que cualquier dama lo considerase atractivo. Aunque físicamente lo era.

Madeleine se tomó el tiempo en detallar sus rasgos masculinos. Parecían esculpidos por un artista griego, pues su rostro estaba casi en perfecta simetría, y eso le daba cierta belleza a la tosquedad que rodeaba su cara. Sí, podría ser muy apuesto si el ceño fruncido no marcara sus facciones, y su cuerpo no pareciera estar en constante tensión. Era como si su alma estuviera siendo contenida de alguna manera.

Como Madeleine no podía resistirse a una buena provocación, le dedicó una sonrisa burlona.

—Lo es, y al igual que yo, está muy agradecida porque nos haya recibido en la casa, milord. Su hospitalidad dice mucho sobre usted.

Él le dedicó una sonrisa que se asemejó más a una mueca de desagrado. La típica que se esbozaba cuando la educación no permitía que se dijera algo grosero, pero se tenía muchas ganas de hacerlo. Madeleine podía asegurar que estaba pensando en que ella le impuso su presencia y esta no era grata en absoluto. Quizás también consideraba alguna manera de asesinarla.

—Y sus agradecimientos dicen mucho sobre usted, lady Madeleine —replicó con resquemor—. Que pase buena tarde. Nos vemos en la cena.

Se despidió con una inclinación de cabeza y se marchó. Madeleine contuvo una risita.

Provocarle podría ser un pasatiempo entretenido si decidía dedicarle tiempo a eso. Aunque no creía que valiera la pena. Era, después de todo, su tutor. No le convenía enemistarse con él cuando necesitaba que le diera la autorización para casarse con el vizconde. Aunque dudaba que el hombre se negara. No podía ser más evidente que no quería tenerla cerca.

Madeleine paseó por toda la casa disfrutando de cada ambiente familiar. Tomó té y se deleitó con las galletas de chocolate de la señora Taylor. Después, fue a su habitación, que estaba tan y como la había dejado. Cambió su vestido negro por otro igual de feo, pero que estaba menos arrugado y dejó que la doncella cediera a la inútil tarea de intentar recogerle el cabello.

—Si no fuera tan inquieta, el peinado le duraría —le recriminó la doncella.

Madeleine no respondió, acostumbrada a los reproches. Ella no se consideraba una persona inquieta. No era su culpa que el peinado no resistiera su ir y venir.

—Quizás deberías ponerle más horquillas.

—Para qué, ¿para que regrese sin ellas? No sé cómo lo consigue, lady Madeleine, pero todas las semanas tengo que ir a la tienda a comprar más horquillas. Voy a terminar pidiendo que me hagan una distribución directa a esta casa.

Madeleine se rio. Su doncella tendía al dramatismo, como ella, y por eso Madeleine la conservaba.

—Ya está —dijo la mujer alejándose un poco para contemplar su obra—. Con un poco de suerte, llegará al comedor intacta, y el duque quedará embelesado con su hermosura.

—¿Y por qué quiero que quede encantado con mi belleza? —dijo Madeleine, confundida, mientras giraba su cuerpo frente al espejo para observarse mejor—. Él no me interesa.

—Milady, es un duque, y no es feo. Quizás...

—Olvidas que es mi primo, Sarah.

—Oh, un primo tan lejano que no deben compartir más sangre que usted y yo. Si se casara con él, podría quedarse viviendo en esta residencia.

Madeleine apreciaba la casa, pero no lo suficiente para casarse con él. No tenía nada en su contra, solo no le gustaban los caballeros demasiado serios y amargados, que toda broma se la tomaban a mal. Se aburriría soberanamente a su lado, al contrario que con el vizconde, que siempre tenía algo interesante que decir.

—Qué tonterías dices, Sarah. Eso no pasará. Ya me voy. Nos vemos en un rato.

Madeleine salió de su habitación y caminó con rapidez hasta el cuarto que le habían asignado a su tía. Tocó varias veces sin recibir respuesta.

—¡Tía! —la llamó—. Es hora de la cena, ¿no vas a bajar?

—Estoy muy cansada por el viaje —dijo la mujer—. Ve tú.

«Pero si el viaje solo duró treinta minutos», pensó Madeleine. Solo se habían trasladado de la casa de Amanda a esa. Supuso que su tía era una mujer de salud frágil. El día que llegó del

norte, también había pasado toda la tarde y noche en su habitación, aunque en ese caso era más comprensible, pues había sido un trayecto de casi una semana.

Decidió no insistir y bajó ella sola. No le importaba comer solo con la compañía del amargado. Estaba demasiado feliz para que su presencia le molestase.

Cuando llegó al comedor, él ya estaba allí, sentado con el mismo traje que lo había visto usar en la tarde. ¿Nadie le había dicho que había que cambiarse para la cena? Se preguntó cómo habría sido su vida antes de convertirse en duque. Sin duda, tuvo que haber crecido en una familia respetable, pero por lo visto, esta no tenía demasiado dinero o apego a los protocolos.

Al menos tuvo la cortesía de levantarse cuando notó su presencia.

Le pareció curioso que no estuviera sentado en la cabecera de la mesa sino a la derecha de esta, pero no vio importante preguntarlo y se limitó a sentarse frente a él. Los lacayos entraron poco después, con platos de comida que dispusieron sobre la mesa y sirvieron.

—Debe disculpar a mi tía —dijo Madeleine cuando terminaron de servirle—. Está cansada y por eso no nos acompaña hoy.

Él inclinó la cabeza para darle a entender que la había escuchado... y que no le interesaba en absoluto, por lo visto.

—¿Es de su agrado la casa, milord? —preguntó ella incómoda por el silencio.

—Dudo que este lugar disguste a alguien —respondió con sequedad.

«Comenzamos bien», se dijo ella.

—Yo prefiero esta a la del campo. Es más acogedora. La del campo es tan grande que una puede perderse allí, aunque hay más cosas que hacer.

Él abrió los ojos, sorprendido. Madeleine no supo cuál de sus palabras le causó asombro, y no indagó en ello.

—Me imagino que no ha tenido oportunidad de visitar la propiedad del campo.

—Con la temporada tan cerca y las sesiones del parlamento a punto de comenzar, no me pareció oportuno hacer el viaje.

—Es verdad. Son como dos días de camino y habría tenido que quedarse allí mínimo dos semanas. Quizás, si hubiera regresado antes, podría haberse puesto al día —dijo con un deje de malicia.

No pudo evitarlo. Recordaba lo inquietas que estaban todas sus hermanas por la búsqueda del heredero, porque sin él no se podría leer el testamento. Resultó frustrante que, cuando lo encontraron, este prometiera al encargado de reclutarlo que viajaría a Inglaterra lo más pronto posible, y hubiese tenido el descaro de esperar dos meses más.

—Tiempo para ponerme al día es lo que me sobra —dijo con frialdad—. Después de todo, la propiedad será mía hasta que muera.

No sonaba contento, y eso despertó la curiosidad de Madeleine. Por su tardanza en

regresar a Inglaterra, y la dificultad para encontrarlo, ya todos habían sospechado que no deseaba el título, pero aún no terminaban de discernir por qué. Era un ducado. Había gente que mataría por llegar tan alto, siendo solo un simple caballero.

Quiso preguntárselo, pero la detuvo la mirada extrañada que él la dirigió. La estaba escrutando como si hubiera algo raro en ella.

—¿Siempre está así?

—¿Así cómo? —preguntó, extrañada.

—Desarreglada.

Madeleine irguió los hombros, ofendida. No necesitó llevar la mano a su cabello para saber que varios mechones ya se habían zafado, pero tampoco quiso darle el gusto de saber a qué se refería.

—Siempre intento tener mi mejor presencia —replicó y le devolvió la mirada despectiva—. Usted ni siquiera ha tenido la cortesía de cambiarse para la cena.

—Eso siempre me ha parecido una tontería —dijo con indiferencia—. Y no tenía que molestarse. Solo era un comentario.

—Si le dice a una dama que está desarreglada, milord, esta no suele responder bien.

—Solo me sorprendió. ¿Se presentaba así a las fiestas de la temporada?

Madeleine estaba cada vez más furiosa.

—Si lo que teme es que mi descuidada apariencia espante a los posibles candidatos, le alegrará saber que fui una de las damas más cotizadas de la temporada pasada.

—¿Y por qué no se casó?

—Aquella fue mi primera temporada. No tuve demasiado tiempo para disfrutarla antes de que mi padre falleciera —respondió tensa.

El rostro de él se ablandó, e incluso se mostró avergonzado al desviar por un segundo la mirada.

—Lo siento.

—No se preocupe. Mi plan no es importunarlo hasta que cumpla los veintiún años. Sí planeo conseguir esposo y... quizás haya alguien que pueda pedir mi mano dentro de unos meses.

Él arqueó las cejas, pero ella no dio más información y se llevó un trozo de cordero a la boca.

—Es bueno saberlo. Me atrevo a decir que ninguno de los dos está conforme con la situación. Alargarla sería algo infantil y contraproducente.

Madeleine se tensó. Una cosa era saber que él no estaba contento de tenerla a su cargo, y otra que se lo dijera con ese tono despectivo, como si ella fuera lo peor que le había pasado en la vida. Provocaba llevarle la contraria solo para molestarlo.

—No se equivoque, milord, a mí no me disgusta que usted sea mi tutor, al menos, no tanto como le disgusta a usted. No obstante, me alegra que mi padre haya dispuesto que yo tendría que aceptar al pretendiente, porque temo que su apuro por librarse de mí lo hubiera instado a tomar una decisión precipitada y poco conveniente.

La malicia de sus palabras no le pasó desapercibida a él, que le respondió con una mirada dura.

—Si me preguntas mi opinión, el duque no debió dejar tanta responsabilidad en usted. Es solo una niña.

Sus palabras enervaron a Madeleine, que dejó caer los cubiertos sobre el plato y el ruido del choque rompió el silencio formado por la tensión.

—En menos de un mes cumpliré diecinueve.

—Lo dicho, una niña —ratificó él con una sonrisa de suficiencia.

Madeleine apretó los puños sobre su vestido. La estaba tratando con condescendencia y ella odiaba eso. ¿Quién se creía? Él apenas debía tener pisar los treinta años. No era precisamente un hombre maduro.

—Mi padre querría asegurarse que yo estaría bien. Está claro que, de dejarle a usted la responsabilidad, me podría haber casado con cualquiera, incluso con algún viejo cruel, solo por librarse de mí.

La pulla hizo que él tensara los hombros y entrecerrara los ojos, claramente ofendido.

—Es una afirmación grave, lady Madeleine, sobre todo porque no me conoce.

Había advertencia en su voz, pero Madeleine decidió ignorarla. Por su cuerpo solo fluía la necesidad de desahogarse.

—Pues es lo que me ha dado a entender. Usted tampoco me conoce para asegurar que mi decisión sería insensata. No sabe cómo pienso, no sabe lo que siento. Y sí, tengo edad suficiente para saber lo que es mejor para mí. Usted es solo un usurpador que ha tenido la suerte de ser duque y parece que ni siquiera lo aprecia.

Sus palabras desencadenaron un silencio tan tenso que, de ser roto, alguno de los dos saldría perdedor. Era de esos silencios que advertían que se debían cuidar las palabras, pero donde las personas estaban tan sumergidas en su rabia que no hacía caso de la advertencia.

—Como le dije, no sabe nada de mí —dijo entre dientes—, pero me gustaría que recordara que sigo siendo su tutor y merezco algo de respeto. Me acabas de confirmar que no eres más que una niña caprichosa e impulsiva, acostumbrada a salirse con la suya. Por eso has impuesto tu presencia aquí y te atreves a opinar sobre mi conducta. Sin embargo, no creas que porque gran parte de lo que me han dejado depende de ti voy a ser benevolente con tu comportamiento como lo son todos. Aquí sigo siendo el que manda y espero que comprendas que no toleraré conductas infantiles ni irrespetuosas.

Madeleine se levantó con brusquedad.

—Si no quiere que le falten el respeto, entonces usted tampoco lo haga.

Se marchó antes de recibir respuesta y corrió hasta su habitación. Logró contener las lágrimas hasta que se encerró en su cuarto y lloró un rato hasta que pudo relajarse. Casi siempre necesitaba llorar para poder calmar los sentimientos intensos. No era algo que le enorgulleciera, y si él la viera, sin duda lo usaría para argumental que era una mujer infantil, pero contener el llanto requería mucho esfuerzo, así que prefería soltarlo.

Cuando logró dejar de sollozar, se recostó en su cama.

El nuevo duque era un idiota. Había esperado que su convivencia con él fuera más pacífica. Como la casa era grande, esperaba solo verlo en las comidas y para lo que fuera estrictamente necesario. No obstante, parecía que incluso los momentos pequeños resultarían un problema.

Madeleine estaba cansada de los problemas. Estaba harta de que su vida, en lugar de arreglarse, se arruinara más. Ya ni siquiera estaba segura de que haber huido de la hospitalidad de sus hermanas hubiera sido buena idea, pero era demasiado orgullosa para admitirlo ante ellas. Se quedaría allí toda esa temporada, y no importaba que eso significase tolerarlo.

Pronto descubriría que tan caprichosa podía ser.

Capítulo 5

Alguien estaba tocando una melodía de Mozart. O, mejor dicho, estaba *destrozando* una sinfonía de Mozart.

Nick se llevó la mano a los oídos ante una nota especialmente aguda. No era un aficionado a la música, pero sabía lo suficiente para diferenciar una buena interpretación de una mediocre, y definitivamente tampoco había que saber demasiado de ese arte para concluir que quien estaba tocando el piano lo estaba haciendo horrible. Solo había que tener oídos funcionales.

Salió de su cuarto y, en lugar de dirigirse al comedor para tomar el desayuno, siguió el sonido de esa horrible melodía que lo condujo hasta lo que recordaba, era el salón de música, ubicado en la planta baja, cerca de la biblioteca y justo debajo de la habitación donde dormía, lo que explicaba por qué había tenido el infortunio de poder escuchar tan poco talento.

Aunque se lo esperaba, le sorprendió un poco haber encontrado a lady Madeleine en el piano. Es decir, solo ella y su tía podían ser las que se atrevieran a usar esa sala, pero pensó que la hija de un duque habría tenido a disposición a los mejores tutores para que le enseñaran a tocar algo mejor que eso. A la otra, por lo menos se le pudo haber olvidado con los años.

La joven no se dio cuenta de su presencia y siguió aporreando las teclas del piano. Nick se empezaba a dar cuenta de que carecía de delicadeza, y su escaso talento para la música se lo acababa de confirmar.

Carraspeó para llamar su atención, pero ella, o bien no lo oyó, o decidió ignorarlo, porque no giró la cabeza y siguió insultando a Mozart con su interpretación. Carraspeó más fuerte, y confirmó que ella fingía que él no estaba ahí, porque era imposible que no lo hubiera oído. Nick pudo haberse marchado, ir a desayunar porque, como se había levantado tarde, tenía mucha hambre, pero decidió hacerle un favor a la casa y caminó hasta ponerse frente a ella, quien, a pesar de verlo, no se detuvo. Entonces, tomó la tapa del piano y empezó a bajarla lentamente, hasta que ella se vio en la obligación de quitar los dedos para que no se los aplastara.

—Buenos días, lady Madeleine —dijo con una sonrisa forzada.

—Buenos días —respondió ella con fastidio—. Ha interrumpido mi práctica diaria de piano.

¡Diaria! Que el cielo lo ayudase. No creía poder soportar eso todos los días.

—Lo lamento. Es que me dio la impresión de que el piano quizás estaba desafinado. ¿Le gustaría que mandara a alguien para que lo arregle?

Ella enderezó los hombros en pose defensiva, y Nick supo lo que iba a decir.

—No está desafinado.

Había intentado ayudarla y ella no lo dejó. Una lástima.

—Ya veo. No se lo tome a mal, pero siento que le falta cierta destreza en piano. ¿No tuvo tutores que le enseñaran?

Ella entrecerró los ojos con advertencia. Él sintió el instinto de dar un paso hacia atrás, pero la certeza de que solo decía la verdad lo mantuvo firme.

—Muchos. Tuve al menos tres tutores particulares por dos años.

¿Entonces por qué diablos tocaba tan mal? El duque debía quererla mucho por seguir financiando una práctica que no solo parecía imposible que la joven desarrollara, sino que torturaba los oídos de todos los habitantes de la casa.

—Ya veo... y... ¿no ha considerado que quizás su talento no sea este instrumento?

—También toco violín y arpa, ¿desea escucharme? —preguntó usando esa mirada que solían utilizar las damas cuando querían generar ternura y persuadir a alguien.

Sin embargo, Nick se consideraba a sí mismo listo, así que no le pasó desapercibido el tono de malicia en su voz. No, tampoco tocaba bien esos instrumentos, y ella lo sabía.

—Soy consciente de que mis habilidades en el piano no son extraordinarias, milord —dijo ella ante su silencio. Parecía sospechosamente calmada—. Pero si no practico, nunca lo serán.

Si recibió clases de piano por dos años y aún no era capaz de interpretar de forma decente una melodía, Nick dudaba que lograra hacerlo en un futuro. Él era de los que creía que cada uno nacía o no con talento para algo, y no había manera de cambiar eso.

Ella claramente no había nacido con talento para la música. Pero no se atrevió a decírselo. Parecía muy convencida de que, si practicaba lo suficiente, sería buena. Una determinación estúpida y admirable.

—No se atreverá a prohibirme también esto, ¿verdad? —dijo, de nuevo, usando esa mirada de niña inocente—. Es lo único que me distrae, ¿podría ser tan cruel?

Nick supo que intentaba manipularlo, y lo peor era que lo estaba consiguiendo. Se había pasado la noche pensando en la conversación que tuvieron durante la cena y se sintió un poco mal por la forma en que le había hablado. Sí, ella había sido grosera y había tocado un punto sensible, que era su disgusto por esa nueva situación, pero también llegó a la conclusión esa transición tampoco debía ser fácil para ella. Había perdido a su padre, tenía un tutor al que no conocía y sus únicas opciones eran vivir con una hermana autoritaria o un cuñado que no la quería. Desconocía las razones por las que no se quedaba con la otra hermana, lady Windsor, pero Nick siempre se había considerado una persona justa, que evaluaba la situación antes de juzgar, así que, aunque hubiera pruebas que demostraban las tendencias caprichosas de la dama que tenía enfrente, no se atrevía a afirmar que no tuviera una razón válida para tampoco querer quedarse en aquella casa. Después de todo, irse a vivir con un desconocido le parecía una

decisión muy radical para que no hubiera de por medio más motivos que un simple deseo de fastidiar a otros. A él incluido.

Decidió darle el beneficio de la duda y, por ende, decidió ceder a su manipulación, aunque sabía que lo lamentaría más tarde.

—Está bien, no tengo inconveniente en que siga practicando piano —dijo de mala gana.

Ella sonrió con sinceridad. Nick estaba seguro de que, si sus oídos pudieran hablar, se quejarían. Si ella practicaba a esa hora, tendría que aprender a salir de la casa más temprano.

—Gracias, milord. Confiaba en que no fuera tan autoritario como me pareció anoche.

Si bien no quería sacar conclusiones precipitadas, ella estaba haciendo muchos méritos para que inclinara la balanza a sus percepciones más desagradables.

—Sin embargo, me atrevo a sugerirle que busque algún que otro pasatiempo. Seguramente habrá alguno que se le dé con más... facilidad.

—Lo tomaré en cuenta —dijo ella sin mucho interés y volvió a alzar la tapa del piano.

Nick se preguntó si tendría algún talento o solo era una joven que había nacido con la fortuna de ser bonita. La observó y notó que, de nuevo, su cabello lucía despeinado y su vestido arrugado. Parecía tener un don para que su apariencia luciera descuidada, y se cuestionó la veracidad de que hubiera sido una dama cotizada durante la primera temporada. Aunque tenía muchos años que no pisaba Inglaterra, y pocas veces se había colado entre la alta sociedad, sabía que, en general, el prototipo de esposa que se elegía era el de una dama bonita, elegante, bien educada, con buena dote y con algún que otro don que su esposo pudiera presumir.

Hasta el momento, lady Madeleine solo contaba con su belleza y dote. Podría atrapar a uno que otro incauto con eso, pero Nick no estaba seguro de que los mejores partidos se pelearan por ella.

—Si lo que está pensando es que mi falta de talento en alguna actividad femenina pueda tener consecuencias en mi éxito en sociedad, quédese tranquilo. La gente es más superficial de lo que cree.

Nick se sobresaltó. Jamás se consideró un hombre demasiado expresivo, así que no entendía cómo había sido capaz de descifrar con tanta facilidad sus pensamientos.

—No estaba pensando en eso.

Ella le dijo con una sonrisa condescendiente que sabía que mentía.

—La temporada comenzará mañana —le dijo, al parecer fastidiada ya del otro tema—. Necesitaré vestidos nuevos para cuando me toque regresar, al menos veinte de día y quince de noche. También guantes, zapatos, y otros accesorios, aunque eso se puede arreglar después. Lo imprescindible por el momento son los vestidos. Como no puedo salir, tendrá que venir la modista a la casa. Mi tía puede arreglar todo eso, no se preocupe, usted solo debe pagar las facturas.

Nick sintió que le habló con condescendencia, y arrugó el ceño por eso. No era que le interesara meterse en asuntos femeninos de esa índole, sobre todo porque él tenía que preocuparse por su propio vestuario, o eso decía su ayuda de cámara, que la noche pasada le aseguró que su ropa más elegante no era digna para que un duque se viera en público. Sin embargo, si algo detestaba era que lo trataran como un idiota incapaz de entender sobre un tema.

La miró con desdén y ella volvió a dedicarle esa sonrisa inocente. Apostaba que era esa sonrisa tan bonita, que la asemejaba a un ángel, la que cautivaba a más de un caballero superficial.

—Como desee, lady Madeleine. Solo no olvide que todos esos gastos serán cubiertos con lo que le han dejado en herencia, por lo que le recomiendo no excederse o hacer gastos innecesarios.

—El vestuario nunca es un gasto innecesario. Es la presentación de una dama.

Nick le echó un vistazo de arriba abajo, haciendo especialmente énfasis en su vestido arrugado. Sin duda, podría vestir de satén y terciopelo, pero si siempre lucía así de descuidada, dudaba que la presentación fuera buena. ¿Acaso su doncella era negligente con su trabajo? Visto como reaccionó el día anterior ante el tema, decidió omitir lo que pensaba. No obstante, ella debió asumirlo, porque enderezó los hombros y su semblante se volvió duro.

—¿Va a quedarse para escucharme practicar? —preguntó con el reto implícito en cada palabra.

—Me gustaría, pero temo que voy tarde a algunos asuntos...

Deseó quedarse solo para borrarle la sonrisa de suficiencia de la cara, pero pesaba más su salud auditiva que su orgullo. Empezó a caminar hacia la puerta cuando recordó que quería hablar de ella con algo, así que se detuvo a pocos pasos de la entrada.

—El caballero que mencionó ayer, el que podría pedir su mano, ¿me puede decir su nombre?

Ella, que ya había colocado sus manos sobre el piano y parecía dispuesta a empezar a tocar, tensó los dedos sobre el teclado.

—¿Por qué lo necesita? —preguntó con cautela.

—Quizás sea conveniente que lo conozca.

A lo mejor podría hacerse su amigo, mencionarle que estaba asertivo a cualquier buen enlace para su querida pupila, recordarle la generosa dote que obtendría si se casara con ella. En resumen, intentar facilitar el proceso para sacarla de la casa y conseguir su parte de la herencia.

Ella giró la cabeza con brusquedad. Intentaba mantener la calma, pero había cierta alarma en sus ojos que despertó sus sospechas.

—¿Quiere evaluar si es buen partido? Creí que deseaba tan poco prolongar nuestra convivencia que no le interesaba demasiado a quien entregaría mi mano.

Él apretó los labios ante la insinuación de que podía ser tan irresponsable.

—Jamás dije eso. Por supuesto que me aseguraría de que se casara con un caballero respetable.

—Pues le aseguro que el caballero que genera mi interés lo es. Es joven, no tiene deudas, viene de buena familia y tiene un título. No tiene de qué preocuparse.

—¿Y por qué no me quiere decir su nombre?

Ella se mordió el labio y desvió la mirada.

—No es necesario. Prefiero no mencionarlo hasta que se concrete el cortejo. No es que no confíe en usted, pero no conviene despertar rumores antes de tiempo —dijo con nerviosismo.

—Es decir, ¿no la estaba cortejando antes de que tuviera que guardar luto? Ayer me dio a entender que sí.

—Sí... es decir, bailamos, y hablamos en varias ocasiones.

—¿Pero mostró un interés formal hacia usted?

—¿A qué se refiere por «interés formal»?

Nick empezaba a irritarse. Respiró hondo para no responder con amargura.

—¿Pidió permiso a su padre para cortejarla?

—No hubo tiempo, pero estoy segura de que, de haberlo, lo hubiera hecho.

Él dio un paso hacia ella y la miró con sospecha.

—Me está ocultando algo —aseguró.

Ella se puso a la defensiva.

—No, claro que no.

Él dio otro paso.

—¿Está segura de que ese caballero está interesado en usted?

—¿Por qué le mentaría?

—No lo sé. Para darme la esperanza de que no se quedará aquí mucho tiempo, para manipularme...

—Estoy convencida de que conseguiré que pida mi mano. Solo necesito tiempo. No se desespere. Su compañía últimamente tampoco me resulta grata para querer pasar más tiempo con usted —espetó.

—Estoy seguro de que sus hermanas estarán encantadas de darle una mejor hospitalidad —dijo fastidiado.

Ella guardó silencio y empezó a tocar algunas teclas del piano. Si intentaba interpretar una melodía, él no adivinó cuál.

—Parece que últimamente no soy bienvenida en ningún lado —murmuró para sí, sin girarse.

Pero él lo escuchó, y parte del mal humor se evaporó con su tono melancólico. Sabía que

era probable que fuera otro intento para manipularlo, pero sonaba lo suficientemente sincera para que su carácter se ablandara ante su sufrimiento. No le dio la impresión de que las hermanas Rednoy despreciaran a la menor, entonces, ¿por qué ella se sentía así? Era un enigma que quería descubrir, pero dudaba que pudiera hacerlo. Desde que se conocían, la relación entre ellos había sido tensa, con pocos indicios de mejora en el futuro. Ella lo despreciaba por su carácter y a él no le agradaba demasiado por lo mismo. A lo mucho, llegarían a una cortesía tolerable hasta que ella se casara y él pudiera solventar su economía con lo que le concedieron de herencia, que por algo había regresado.

Sin saber qué decir, caminó hasta la puerta. No obstante, algo lo impulsó a detenerse antes de salir.

—Es bienvenida aquí el tiempo que quiera, lady Madeleine —dijo de mala gana, como si algo lo obligara a decirlo, aunque supiera que no era prudente—. También puede tocar el piano cuando quiera, pero insisto en que no estaría de más buscar una actividad con la que fuera más afín.

Dicho eso, se marchó, resignado por todo lo que tendría que soportar los próximos meses.

Madeleine lo observó marchar, un tanto sorprendida por sus últimas palabras, pero sobre todo fastidiada por la conversación. ¿Por qué querría el nombre del vizconde? ¿Para qué deseaba conocerlo?

No era que fuera un mal partido, porque no lo era. Todo lo que había dicho de él era verdad. Sin embargo, tenía cierto recelo de mencionarlo. Era consciente de que el vizconde no había manifestado por ella lo que otros considerarían un «interés formal», y sentía que, si alguien le insinuaba algo semejante, podría arruinar el cuidadoso plan que ella tenía para conquistarlo. A los hombres no les gustaba sentirse presionados.

Pero eso no podía decírselo a lord Clarence, sentía que no lo entendería. Creería que ella le mintió, o le diría, como sus hermanas, que ese matrimonio no se iba a dar. Madeleine no estaba dispuesta a escuchar algo semejante de nuevo. Ya tenía suficientes cosas que manejar en su vida.

Por otro lado, ¿buscarse otro talento? ¿Quién se creía que era para sugerirlo? Ella sabía que no era una prodigio en el piano, y también era consciente de que, aunque practicara a diario, su mejoría no era notoria, pero tenía fe de llegar a tocar de forma al menos aceptable. Siempre le habían recalcado que una buena dama tenía uno o dos talentos de los que su esposo se sentiría orgulloso. Amanda sabía llevar muy bien una casa, Samantha hacía dibujos preciosos y a Emily se le daba bien tocar el violín y cantar. Madeleine solo era bonita.

Y eso no era un talento.

Así pues, había decidido poner todo su empeño en aprender a tocar el piano, que era una práctica bien aplaudida entre la alta sociedad. No era la primera vez que le decían que debería

dejarlo, pero sí la primera ocasión en la que alguien le sugería que podía tener afinidad para algo más, y eso, aunque fuera de mala gana, se lo concedía. Como toda dama, había practicado en su momento dibujo, bordado, canto, administración del hogar... y nada se le había dado extraordinariamente bien; no obstante, no les había puesto tanto empeño como al piano. ¿Y si lo intentaba? No perdía nada con retomar. A lo mejor, se le daba mejor que en años atrás.

Eso no significaba que dejaría el piano. Si algo caracterizaba a Madeleine, era la persistencia. Además, admitía que sentía un perverso placer de atormentar un poco a su nuevo tutor con su melodía desafinada, no porque no le agradara —aunque sin duda no era su persona favorita—, sino porque era la clase de personas que parecía siempre estar conteniendo su carácter y por ello despertaba la necesidad en otros de pincharlo para ver hasta donde aguantaba. La noche anterior había sido grosero, pero Madeleine sospechaba que sus palabras habían sido producto de alguna clase de frustración más que de un rasgo de personalidad.

Le generaba curiosidad, no lo negaba. A veces era amable y un tanto comprensivo, y otras veces tenía un carácter insoportable y amargado. Aunque, en general, se mantenía serio y educado. ¿Quién era entonces Nicholas Rednoy? ¿Por qué estaba amargado si acababa de recibir un ducado? ¿Qué parte de su personalidad era la que tenía retenida bajo una barrera de seriedad y contención? ¿Era sarcástico? ¿Divertido? ¿Un completo canalla? Madeleine decidió ponerse el propósito de averiguarlo.

Estaba segura de que sería una tarea muy interesante.

Capítulo 6

No era buena para nada.

Madeleine contuvo las lágrimas ante esa penosa revelación mientras observaba el fruto de su fracaso frente a ella.

Durante esas dos semanas, se había propuesto desenvolverse, aunque fuera de forma decente, en alguna actividad, y lo único que había conseguido era un total de cinco cuadros horribles, tres pañuelos con un bordado cuestionable y unas galletas duras.

Observó cada uno de los elementos que simbolizaban su incapacidad de ser buena en algo. Había decidido llevarlos todos al salón de música para observarlos detenidamente, ver cuáles eran sus defectos y mejorarlos en el próximo intento. No obstante, en cuanto los había puesto frente a ella, y se había sentado en el suelo para observarlos con detenimiento, solo había sentido ganas de llorar.

Un niño pintaría mejores cuadros y bordaría mejor los pañuelos. Respecto a las galletas, la cocinera le había dicho que habían quedado ricas, y que solo le había faltado más mantequilla, pero al tocarlas, Madeleine supo que podría dejar inconsciente a alguien con ellas y lo poco que logró masticar le supo a carbón.

En el piano había avanzado lo mismo que en los últimos dos años, a pesar de no haber dejado la costumbre de practicar por la mañana. Lord Clarence no se había vuelto a quejar, pero ella sabía que la escuchaba porque de vez en cuando lo sintió asomarse a la sala de música. Tenía que agradecerle que a esas alturas no hubiera mandado a desaparecer el instrumento. Madeleine estaba a punto de destrozarlo.

Desanimada, se levantó del suelo y se sacudió la falda, la cual aún estaba llena de harina y salpicaduras de huevo que había usado para las galletas esa tarde. Se sentó frente al piano y tocó con desánimo algunas teclas. ¿Por qué era incapaz de obtener fluidez en la melodía? ¿Por qué siempre se equivocaba en una nota? ¿Por qué le costaba tanto ser buena?

Sintió las lágrimas de frustración llenar sus ojos y empezó a tocar para distraer su mente. No seguía ninguna melodía en particular, solo el sonido de su decepción.

—No me considero un avezado en música, pero conozco muchas canciones y esa no logro identificarla. Lo que sí puedo decir es que la considero algo escandalosa para estas horas de la noche. ¿Puedo pedirle por favor que, si va a practicar a esta hora, toque algo más calmado? Necesito dormir.

Madeleine se sobresaltó y se limpió el asomo de las lágrimas antes de girarse para enfrentarlo. En las últimas dos semanas lo había visto muy poco. Como la temporada había comenzado, él había tenido que ejercer sus deberes como duque, y pocas veces estaba en la casa.

Se levantaba temprano, y las sesiones del parlamento lo retenían fuera hasta altas horas de la noche, como ese día.

Le echó un vistazo y le dio la impresión de que estaba algo descuidado. Aunque el traje era nuevo y le sentaba muy bien, su rostro estaba apagado y los hombros caídos evidenciaban cansancio.

—No tocaba nada en particular. Y no se preocupe, ya me retiraba.

Madeleine se levantó del taburete con pereza y caminó hasta todos sus intentos fracasados, que reposaban en el suelo como recuerdo de su martirio. Él los observó y también se acercó.

—¿Qué son? —preguntó con curiosidad.

—Mis intentos de desarrollar otro talento —dijo con amargura. Le lanzó una mirada acusatoria, en el fondo culpándolo por haberla instado a probar nuevas cosas y causarle esa decepción—. ¿Le gustan? —preguntó con sarcasmo y le mostró un cuadro.

La expresión de él lo dijo todo. Arrugó la cara e inclinó la cabeza, como intentando descifrar el dibujo que había sido plasmado en el papel entre manchas verdes, azules y rojas.

—¿Es un... paisaje?

—El jardín de la casa.

—Ah. Sí, se parece un poco —dijo sin convencimiento.

—No es necesario que sea condescendiente conmigo, está horrible, lo sé —espetó ella—.

Hice el mismo dibujo tres veces, pero como ve, no hay mucha mejoría entre cada uno.

Él los observó.

—Algunas flores están más definidas en este último —dijo señalando un cuadro.

—Ese es el primero.

Y él no supo qué responder.

—También intenté bordar —comentó y se inclinó para recoger un pañuelo. Se lo tendió. Él lo tomó y lo observó con detenimiento.

—¿NR?

—Bueno, al menos son legibles —dijo con burla—. Pero niégume que están horribles y poco prolijas.

Él no pudo contradecirla.

—¿De quién son las iniciales? —preguntó en cambio.

Ella lo miró con incredulidad. ¿Acaso era tonto?

—Son la tuyas.

—¿Las mías? —repitió, sorprendido—. ¿Por qué?

Madeleine entonces cayó en la cuenta de que no debió habérselo dicho. Se sonrojó. La idea había sido que, si le quedaba bien, obsequiarle el pañuelo como muestra no solo de que

podía hacer lo que cualquier dama de buena cuna haría, sino como símbolo de paz. No obstante, al pensarlo mejor, sonaba como algo muy romántico y absurdo.

—Probé con las iniciales de todos los que conocía —respondió inclinándose para recoger el resto de los pañuelos antes de que se diera cuenta que mentía.

—Entiendo.

Parpadeó como si necesitara salir de su conmoción. Para cambiar de tema, Madeleine tomó la bandeja con seis galletas y se las ofreció.

—Hoy intenté hacer galletas.

Él tomó una y se la llevó a la boca. Los esfuerzos que hizo por morderla fueron evidentes. Cuando por fin lo consiguió, su rostro tampoco pudo ocultar el desagrado por el sabor.

—Sin duda pueden mejorar —fue lo único que dijo. Dejó la bandeja con las galletas sobre un mueble cercano.

Ella sonrió con amargura.

—¿Entonces, estas dos semanas se las ha pasado intentando desarrollar un talento? —preguntó con curiosidad.

Madeleine se encogió de hombros quitándole importancia.

—No tengo más nada que hacer.

Sus días solían ser mortalmente aburridos. Se levantaba, desayunaba, tocaba algo de piano, y luego vagaba por la casa como alma en pena. Su tía se había tomado muy en serio la tarea de establecer contactos para su regreso en sociedad, y salía durante casi todo el día. Con suerte, la veía en la cena y algunas veces en el desayuno. Se sentía muy sola, aunque no podía decir que los esfuerzos de lady Dudley fueran en vano, pues ya habían empezado a llegar algunas invitaciones para dentro de un mes, y Madeleine estaba emocionada.

La mañana era el mejor momento para experimentar en las artes, porque no tenía absolutamente nada que hacer.

Sus hermanas la iban a ver casi todos los días a la hora del té. A veces iban las tres, y en otras ocasiones llegaban por separado, pero pocos eran los días en que no aparecía ninguna. Siempre le preguntaban que, si se encontraba bien, y le aseguraban que cualquiera de ellas estaba dispuesta a recibirla si lo pedía. Madeleine les aseguraba que estaba bien, cosa que no era mentira. Quizás no se encontraba tan feliz como hubiera esperado al regresar a casa, pero sin duda estaba mejor que con ellas.

En las tardes, antes de la cena, volvía a sus prácticas de piano, y de algún otro instrumento. O se dedicaba a perfeccionar otro talento que no tenía.

Hasta que regresara a la sociedad, tenía todo el tiempo del mundo para seguir fracasando.

Se desanimó ante el pensamiento. Por lo general, no solía ser pesimista, pero ni siquiera ella podía ignorar las pruebas.

—Dos semanas no es suficiente tiempo para volverse bueno en algo —dijo él a modo de consuelo.

Al parecer, esa noche estaba tratando con el duque modo agradable y no amargado.

—Y dos años tampoco —replicó echándole un vistazo al piano—. Empiezo a pensar que o se nace con talento, o no.

—Apuesto a que esas galletas le quedarán mejor en un futuro. Y quizás con un poco más de práctica en el bordado...

—A lo mejor debería rendirme —dijo, abatida, sin prestarle demasiada atención a lo que hablaba—. Ser bonita y tener buena dote debe de ser suficiente, es más de lo que muchas tienen, supongo. Los hombres no tienen ningún talento, así que no deberían tener que una esposa tengo uno. ¿Tiene usted algún talento, lord Clarence?

Por su expresión, el discurso y la pregunta lo tomaron por sorpresa.

—No que yo sepa. Soy bueno en algunas cosas, pero no sé si podría considerarse un talento.

—Ve, no es importante que un hombre desarrolle uno —dijo, molesta ante esa injusticia.

—La educación es diferente —intentó explicar él—. Se espera que el hombre sea el proveedor del hogar, así que su educación se centra en darle medios para que lo sea.

—Ah, ¿sí? —Ella no estaba muy convencida—. Pero si la mayoría recibe herencias de sus padres o abuelos. Lo único que deben hacer es mantenerla. Eso no me parece tan difícil. ¿Lo es?

Su expresión cambió por completo. Pasó de estar relajada a tensa. Cruzó los brazos y apretó los labios.

—No, no lo es. Pero hay gente muy idiota que aun así la pierde.

El comentario tenía demasiada saña para no ser algo personal. Madeleine lo miró con curiosidad.

—Usted debió heredar algo de su padre, ¿no es así?

—Una casa de campo que este heredó de mi abuelo —dijo sin dar muchos detalles—. No es demasiado próspera actualmente.

—¿Por eso se fue a América? ¿Para conseguir más dinero?

—En parte, y porque me gusta viajar.

—Ah, ¿sí? ¿Qué países ha conocido? —preguntó emocionada.

A Madeleine siempre le encantaban las historias de viajes. Cuando era niña, su padre solía contarles todas las que hacía en su juventud.

—Francia, Roma, España, la India y América.

—Son muchos —dijo sorprendida—. No es un alma sedentaria.

—En absoluto.

Y entonces, Madeleine comprendió por qué odiaba tanto ser duque. El título lo había atado a Inglaterra. No hizo falta que se lo dijera para que empezara a sentir empatía por él.

—¿Qué tal han sido estas semanas? ¿Le ha sido difícil adaptarse? —preguntó con amabilidad.

Él debió notar que no tenía malas intenciones, porque relajó su postura y caminó hasta sentarse en el banco frente al piano.

—Quizás un poco complicadas.

Madeleine supo que ese «poco» era en realidad «mucho».

—No he visto que haya asistido a ninguna velada, cuando sin duda lo habrán invitado a varias.

—Unas cuantas sí, pero no tengo demasiadas ganas de ir.

—Tiene que aparecer en sociedad —lo reprendió ella—. Sería mal visto que no lo hiciera.

—¿Y eso en qué me afectaría a mí? —preguntó con aburrimiento—. ¿O es que teme en cómo pueda afectarla a usted?

—Una de las principales razones por las que alguien querría casarse conmigo es por tenerlo a usted de aliado —dijo ella con calma—. Si lo ven como una persona arisca y poco social, no querrán una alianza con usted, y eso implicaría una reducción considerable en mis pretendientes. —Sonrió con malicia—. ¿Eso es lo que quiere?

La indirecta surtió efecto, porque él se levantó de un salto y su expresión se tornó preocupada.

—No, por supuesto que no... Sucede que... Maldita sea. —Se pasó una mano por los cabellos, al parecer ignorante de que acababa de decir una mala palabra frente a una dama. Anotó en su mente el error para comentárselo después—. Tengo más de diez años que no piso un salón de baile inglés, y dudo que los que frecuentaba en mi juventud estuvieran a la altura de las grandes fiestas londinenses.

—Ah, es eso. Yo podría ayudarlo —dijo con dulzura—. No sé tanto de sociedad como Amanda, pero he estudiado toda la vida para ello, y creo haber entendido todo. Puedo decirle cómo comportarse, qué esperan de usted, qué jamás hacer... ¿Tiene planeado casarse, milord?

La pregunta lo tomó por sorpresa y la miró con extrañeza.

—No estaba en mis planes cercanos.

—Entonces también tendrá que aprender a esconderse y huir de las jóvenes casaderas con elegancia. Es un duque, y joven; sobrarán mujeres que deseen casarse con usted. Recuerde, para no generar ilusiones, no le preste demasiada atención a ninguna en particular y jamás se quede a solas con ella. Por norma general, un caballero debe bailar al menos una vez con alguna joven en los bailes, intente pedirle la pieza a alguien que tenga muchos pretendientes, para que no se fije

solamente en usted. Jamás baile dos veces con la misma dama si no tiene intenciones de cortejarla. No tiene que asistir a todos los bailes, pero hay veladas que no puede rechazar. La primera fiesta a la que vaya tiene que ser de una anfitriona importante, porque será un honor para esta. Mañana revisaré las invitaciones y le diré cuál es la ideal para hacer su presentación en sociedad. Le pediré ayuda a mi tía. Me da la impresión de que ha recaudado mucha información estas últimas semanas.

O eso esperaba, ya que casi nunca la veía.

Él la observó con una mezcla de fascinación y confusión.

—Gracias... —dijo, no muy convencido. No estaba emocionado, sino aterrorizado por lo que venía.

Madeleine sintió que debía decirle algo más.

—La vida en sociedad no es fácil, y quizás no es lo que quiere, pero siempre tenemos que aceptar cosas que no queremos, ¿verdad? Es mejor hacerlo que lamentarse por siempre —dijo con una sonrisa melancólica.

Ella jamás hubiera querido que su padre la abandonara, pero tenía que aceptarlo.

Él asintió. La estaba mirando de forma extraña, como si quisiera descifrar algo, y ella se sintió incómoda. Decidió recoger los cuadros del suelo para llevárselos. Optó por dejar las galletas ahí y al día siguiente deshacerse de ellas. Empezó a caminar hacia la entrada.

—El optimismo también es un talento, lady Madeleine, sobre todo cuando la situación es dura —dijo él provocando que ella se detuviera—. Siga buscando e innovando, no pierde nada. Feliz noche.

Sin saber muy bien qué decir, Madeleine asintió y continuó su camino.

Al día siguiente, se levantó más temprano que de costumbre, pero con muchos ánimos de seguir el día. La frustración y melancolía de la noche anterior se habían esfumado, y en su lugar quedó la determinación de adivinar para qué era buena.

Llamó a su doncella para que la ayudara a vestirse y decidió prescindir del peinado y atar su cabello con un lazo. Bajó las escaleras con rapidez directa a la sala del desayuno, y se sorprendió de encontrarse con lord Clarence. Aunque era de esperar. Él solía salir temprano. Estaba leyendo el periódico y tenía frente a sí un plato vacío y una taza de café. Al parecer había traído malas costumbres de América.

—Madrugó, milady. ¿Tuvo una mala noche? —apartó la vista del periódico.

—Para nada. Dormí de maravilla. Solo madrugué.

Se sirvió comida de los platos que estaban dispuestos en la mesa. Unas tostadas, mermelada y los huevos que tanto le gustaban. La cocinera debió haberle hecho su desayuno favorito por ser un día especial. También sirvió té. Tenía mucha hambre, así que empezó a engullir todo sin demasiada delicadeza. Sintió la mirada de él encima de ella, pero no le prestó

demasiada atención. Finalmente, el regresó la vista al periódico.

—Le he dejado en el vestíbulo las invitaciones que han llegado, para que me haga saber a cuáles considera prudente que asista —comentó él sin mirarla.

—Por supuesto. Las revisaré con mi tía.

—Casi no he visto a su tía en estos días. ¿Sale mucho?

—Prepara mi regreso a la sociedad —respondió Madeleine sin mucho interés.

—Entiendo.

Lo dijo como si dudara de ello. Madeleine alzó la vista para replicarle, pero una noticia en el periódico llamó su atención.

—No —musitó incrédula.

Antes de que él pudiera preguntar, ella le arrebató el diario y observó el titular que se encontraba en una esquina de la página principal.

«Lord Portman anuncia compromiso con lady Sophia en la fiesta de lady Jessel».

Madeleine leyó la noticia al menos tres veces hasta que se convenció de que no había malinterpretado las palabras.

El vizconde se había comprometido.

Se iba a casar.

Las lágrimas llenaron sus ojos. No, no podía ser.

—¿Suced algo? —preguntó el duque, alarmado.

—Se ha comprometido —musitó Madeleine, aún si poder creerlo.

Él escaneó el periódico hasta hallar la noticia que la había perturbado.

—¿Este era el hombre con el que esperaba casarse?

Ella asintió.

—Bueno, es evidente que no tenía hacia usted intenciones formales.

Madeleine le lanzó una mirada furibunda que lo hizo caer en cuenta de su error.

—Lo lamento, no debí decir eso.

Ella se levantó con brusquedad y salió corriendo del comedor. Escuchó que él la llamaba, pero no le hizo caso. También ignoró los golpes en su puerta intentando llamar su atención.

Lo único en lo que podía pensar era que el vizconde se había comprometido.

Por supuesto, era una posibilidad que había contemplado una o dos veces durante esos meses de luto, pero no se había detenido a pensar en ella porque no quería que sucediera. El vizconde iba a ser la corona de su vida perfecta. Era la única esperanza que le quedaba de esa vida que comenzó a desmoronarse con la muerte de su padre, y ahora no tenía nada.

Tenía mucha gente alrededor, pero parecía que estaba sola. Sus hermanas apenas la toleraban, al igual que el duque. Los pretendientes que se consiguieran, verían solo su belleza y dote, porque no tenía nada más que ofrecer. Nadie la querría a ella.

Quizás porque no había nada valioso en ella que querer.

Ese pensamiento trajo una nueva oleada de lágrimas que soltó hasta que se quedó seca.

Le había dicho al duque que a veces había que aceptar las cosas, aunque no se quisieran, pero había ocasiones en que la aceptación se volvía tan complicada que desgastaba por completo el alma, al punto de ser difícil la recuperación.

Y sentía que eso le estaba pasando a ella.

Capítulo 7

Nick estaba preocupado.

Tocó una vez más a la puerta de lady Madeleine, pero la única respuesta que recibió fue un sollozo.

¿Tanto le había afectado la noticia? Debía de estar verdaderamente enamorada de ese caballero para que el anuncio de su compromiso la afectara tanto.

Y supuso que su comentario al respecto no había ayudado a consolarla.

Era un idiota.

Y el caballero que la hacía llorar así también.

Había tenido a su disposición a la hija de un duque, que tenía una dote magnífica, era bonita y, aunque no estaba dotada de algún talento particular, se veía que lo quería con intensidad, y se había atrevido a comprometerse con otra.

No conocía lo suficiente a lady Madeleine, pero la noche anterior había descubierto facetas de ella que le resultaban agradables. Era amable y comprensiva, y no solo caprichosa. Era una joven que simplemente quería destacar en algo porque, quizás, no se sentía suficiente. Pocas veces había verdadera malicia en su actuar. Su ofrecimiento de ayuda lo sorprendió por la sinceridad que detectó en su tono. No había intereses propios, aunque eso quiso hacerle creer, sino puro deseo de ayudar porque lo consideraba correcto. Y algo le decía que había muchas cosas más que desconocía de ella. No era una dama desagradable como había imaginado en un principio, y por eso se atrevía a afirmar que el vizconde no la merecía. Nadie que hiciera llorar así a una dama por su desprecio merecía ser recompensado.

Ya casi daba la hora del té y lady Madeleine no había ido ni siquiera a almorzar. Nick no había podido salir por la preocupación de si ella estaba bien o no. Cada vez que pasaba por la habitación, la escuchaba llorar. ¿Acaso no se le acababan las lágrimas?

Bajó al salón principal y oyó unos gritos en el vestíbulo que le hicieron ir hacia allá.

—Jonhson, esto es ridículo —dijo una voz airada, que reconoció de inmediato como la de lady Scarbrough—. Si Madeleine no nos puede recibir en el salón del té, entonces iremos a su habitación.

—Milady, no tengo autorización para dejarla pasar.

—¿Desde cuándo necesitamos autorización para pasar? —replicó ella.

—Desde que la casa dejó de ser de su padre, supongo —respondió Nick, fastidiado por el tono autoritario de la dama. No entendía cómo su marido la aguantaba—. No te preocupes, Jonhson, yo atiendo a las damas.

El mayordomo asintió y lo dejó frente a lady Scarbrough, que lo miraba con desafío, lady

Windsor, quien parecía divertida con la situación, y lady Bearsted, que tenía los brazos cruzados y semblante incómodo.

—Entonces, ¿por eso nos prohíbe la entrada a la casa? —preguntó lady Scarbrough

—No prohíbo nada. Pero deduzco que Jonhson conoce las reglas y por eso no deja entrar a nadie sin preguntar.

—Milord —dijo lady Bearsted, conciliadora—, solo queremos ver a Madeleine, pero nos ha dicho que no quiere recibarnos. ¿Podría usted explicarnos mejor por qué?

—No creo que sea personal. Lleva todo el día encerrada en su habitación... —dudó, pero finalmente la preocupación lo instó a preguntar—: ¿Es normal que se altere hasta el punto de pasar toda la mañana llorando?

—Ay, no —dijo lady Windsor—. ¿Qué sucedió?

—Espero que no sea por su culpa, milord —dijo lady Scarbrough. La amenaza fue directa.

Nick le devolvió la mirada desafiante.

—No disfruto haciéndole la vida imposible a su hermana, si es lo que insinúa. Ha visto el compromiso de un tal lord Portman en el periódico y se ha alterado.

Ellas se miraron entre sí.

—Oh, yo sabía que pronto se daría cuenta —dijo lady Bearsted—. Pobrecilla.

—Y justo el día de hoy —comentó lady Windsor, apesadumbrada—. Qué terrible cumpleaños debe estar pasando.

—¿Es su cumpleaños? —preguntó, asombrado.

Nadie se lo había dicho. Aunque claro, nadie tenía por qué hacerlo.

—¿Podemos entonces subir a hablar con ella? —preguntó lady Bearsted.

—Bueno...

—No creo que sea tan insensible para negarnos la entrada, milord —dijo lady Scarbrough con una mirada retadora.

Él la observó con fastidio.

—Como le mencioné, milady, no tengo ninguna razón para negarles la entrada. Solo quería comentarles que está encerrada en su habitación y parece dispuesta a no recibir a nadie.

—Oh, eso se arregla pidiéndole una copia de las llaves a la señora Taylor —dijo lady Scarbrough con naturalidad, como si invadir la habitación de alguien sin la autorización de esta no fuera grosero.

—Amanda, ve por las copias y nosotras iremos subiendo. Con un poco de suerte, nos recibirá —dijo lady Bearsted.

Nick lo dudaba, pero no las desanimó.

Ellas se encaminaron a las escaleras y lady Scarbrough hacia la cocina; sin embargo, solo

había dado unos pasos cuando se detuvo y se giró.

—¿Dónde está la tía Agatha?

Nick bufó. No pudo evitarlo al recordar la conversación que había tenido con la dama esa mañana. Él había esperado a que se despertase para contarle la situación, con el fin de que quizás su presencia supondría un consuelo para la joven, pero la mujer le había respondido que tenía un compromiso muy importante al que no podía faltar y ni siquiera se había asomado por el cuarto de lady Madeleine.

—Si le soy sincero, milady, no lo sé. Apenas la he visto en estos días. Creo que se ha tomado en serio su papel de abrirle camino a lady Madeleine en sociedad.

Lady Scarbrough apretó los labios, asintió y continuó su camino. No dijo ni una palabra, pero él supo que tendría una conversación seria con su tía.

Se debatió entre quedarse para saber el resultado de la plática entre hermanas o salir, y al final optó por lo último. Él no tenía nada que hacer allí y tampoco tenía que preocuparse tanto por ella. ¿Por qué le importaba tanto? ¿Empatía, quizás? Sin duda, su llanto ablandaría al más duro. No obstante, temía que su preocupación por la joven se debiera a que le estaba tomando cierto aprecio.

Vaya tontería. Si bien no esperaba llevarse mal con ella, tampoco esperaba tomarle aprecio. Él no la conocía, y lo único que sabía era que por capricho había decidido invadir su casa, volviendo su vida aún más caótica, y que tenía que casarla lo más pronto posible si quería estar en paz. No deberían importarle tanto, más que lamentarse por la pérdida de un posible sentimiento.

No obstante, le importaban, y quiso decirse que era solo solidaridad natural ante la desdicha ajena; después de todo, él no se consideraba una persona insensible.

Conforme con esa idea, salió de la casa, sabiendo que en la noche pasaría a ver cómo seguía ella, aunque fuera todo menos prudente.

Sus hermanas habían invadido su cuarto.

Madeleine observó con molestia a las tres mujeres que acababan de entrar a su habitación, a pesar de que les había dicho explícitamente que no quería hablar con nadie. Les dedicó solo una mirada antes de volver a ocultar su cara enrojecida por el llanto entre sus manos. Sabía que ese gesto de rechazo no las haría marcharse, pero la salvaría a ella de ver sus expresiones llenas de pena y condescendencia.

—Querida —dijo Samantha sentándose a su lado en la cama—. Sé que no querías vernos, pero estamos preocupadas por ti. No tienes por qué pasar por esto sola.

—Vosotras lo sabíais —las acusó sin mirarlas—. Por eso se miraron cuando lo comenté en casa de Amanda aquella vez.

—No lo sabíamos —dijo Samantha.

—Pero había ciertos rumores —admitió Emily. Samantha debió de lanzarle alguna mirada reprobatoria, porque esta se justificó—. Mentirle no sirve de nada.

—Hay muchos caballeros respetables que estarían interesados en ser tus pretendientes —comentó Samantha—. Solo tienes que darles la oportunidad.

Madeleine alzó la cabeza. Samantha la observaba con preocupación, al igual que Emily, quien se encontraba recostada en la columna de la cama. Amanda estaba sentada en la silla cerca de la ventana, con su acostumbrada expresión de seriedad.

—No lo entendéis —dijo con voz ahogada—. Yo lo quería a él.

—Pero si apenas se conocían —protestó Samantha.

—Y él no estaba interesado en ti —añadió Amanda.

Sus hermanas miraron a la mayor con reproche, pero Madeleine ya estaba acostumbrada a la sinceridad letal de su hermana. No obstante, eso no impidió que el comentario le doliera.

Sí, él no estaba interesado en ella. Siempre se había dicho que solo necesitaba conocerla mejor, pero ya ni siquiera tenía esa posibilidad para darse esperanzas.

Él no era como todos. Él no se deslumbraba por su físico o su dote. Lord Portman era el único que pudo haber visto más allá, y había concluido que ella no tenía nada interesante que ofrecer. Era una cabeza sin conocimientos, un cuerpo sin talento.

Era solo una niña consentida cuyo único amor sincero había sido el de su padre.

Las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas. Samantha le rodeó los hombros con los brazos y ella no se negó a su consuelo.

—Querida, sé que es doloroso, pero no es el fin del mundo, te lo prometemos. Pasará.

—¿Cómo podéis saberlo? —reprochó—. Vosotras os casasteis con quien queríais.

—Ningún dolor es para siempre, y ningún amor tampoco. Me han dicho que esta temporada hay solteros muy codiciados —dijo Emily a modo de chisme—. Nuestro querido primo entre ellos, aunque no se ha dignado a aparecer en ninguna fiesta.

—Cuando lo haga no le darán tregua. Pobre, me compadezco de él si no sabe cómo manejarse en sociedad.

Madeleine recordó que había prometido echarles un vistazo a las invitaciones, pero la tarea quedaría pospuesta indefinidamente. No sabía cuándo volvería estar de ánimos para hacer nada. En ese momento, solo podía pensar que había perdido al único hombre que le había parecido interesante, y el que se hubiera tomado la molestia de indagar más en ella. Era egoísta, lo sabía, después de todo, le había prometido su ayuda. Sin embargo, era muy difícil ser empático cuando se estaba sufriendo mucho. Quizás al día siguiente sus sentimientos se hubieran calmado.

—Seguramente aprenderá —dijo Amanda sin mucho interés mientras se levantaba—.

Madeleine —dijo con firmeza acercándose a ella—, no te tomes a mal mis palabras. Simplemente creo que ninguna mujer debería casarse con alguien que no ha mostrado el mínimo interés en ella y ese es un sentimiento que no se puede forzar; hay que aceptarlo. No siempre obtendrás lo que quieres en la vida... o al menos no de la manera en que quieres, pero si te abres a la oportunidad, la vida puede llegar a sorprenderte.

Amanda no era de dar discursos largos ni optimistas, pero desde que se había casado, su carácter en ciertas ocasiones se ablandaba, y sus consejos, además de sinceros, podían llegar a ser amables.

—¿Y si no? ¿Y si nadie más se interesa en mí?

—¿Cómo no se van a interesar en ti? —dijo Samantha con incredulidad—. Eres una joven hermosa.

Madeleine no pudo evitar que su semblante se volviera apesadumbrado.

Amanda debió percatarse, porque se acercó.

—Como persona que no creía demasiado en el amor, te aseguro que hay quienes miran más allá de la apariencia.

La comprensión brilló en el rostro de sus otras hermanas. Por fin habían entendido qué le preocupaba a Madeleine.

—¿Y si no hay nada más allá? —preguntó relevando su peor temor.

—Hay mucho más allá, cariño —dijo Samantha sin dejar de abrazarla—. Hay una joven divertida, amable, y que es capaz de entregar todo por la persona que quiere.

—Si un caballero no lo ve, no vale la pena —añadió Emily.

—Por lo tanto, lord Portman no vale la pena —concluyó Amanda—. Al menos evita sufrir por él hoy, que es tu cumpleaños y veníamos a celebrarlo.

—Oh, sí —dijo Emily, entusiasmada—. Vamos a Gunter's por unos dulces y esos helados que tanto te gustan.

—Pero si seguimos de luto —replicó Madeleine con una sonrisa triste, aunque la boca se le hacía agua por probar de nuevo el helado de limón de Gunter's.

—Falta un mes para que acabe. Estamos en esa fase final en la que dejarse ver un poco no es tan terrible —argumentó Samantha—. Y es una fecha especial.

Madeleine miró a Amanda, quien solía ser la más estricta cuando de normas sociales se hablaba. ¿Había aprobado ella ese plan?

—En dos semanas me voy al campo —dijo con una indiferencia que intentaba camuflar un gesto noble—, será la última vez en mucho tiempo que pruebe uno de esos postres, y se me antojan bastante.

—No se diga más, vamos. En el carruaje tenemos tus regalos —indicó Emily.

Ante la mención de los obsequios, a Madeleine se le iluminaron los ojos y se levantó con

entusiasmo. No se le había pasado la tristeza, pero la conversación con sus hermanas había servido para mejorarle el ánimo y ella nunca permitía que nada la amargara en su cumpleaños. Ese día no sería la excepción.

Se dijo que podría volver a llorar por lord Portman y carcomerse la cabeza con pensamientos pesimistas en la noche, cuando cayera en cuenta de la amarga soledad que la rodeaba. Por el momento, fingiría que todo estaba bien y que era todo lo que sus hermanas le habían dicho y más, soñaría con que alguien podría quererla de verdad y guardaría la esperanza de que su vida volviera ser la mitad de perfecta de lo que era antes.

Después de todo, había veces en los que era necesario engañarse a sí mismo.

Capítulo 8

Nick cenó solo, aunque sabía por el mayordomo que Madeleine había salido con sus hermanas, y se encontraba en ese momento en su habitación. Supuso que se sentía mejor, y consideró con seriedad la idea de no verla como lo había previsto. ¿Qué razón tendría para buscarla? Sentía que admitir que estaba preocupado por ella era mostrarse débil, y no sabía si la joven se aprovecharía de su debilidad ante las lágrimas en un futuro.

Lo mejor sería que se fuera a dormir.

Se levantó de la mesa y subió hasta el piso de las habitaciones principales. La suya quedaba al fondo, al final del pasillo, pero detuvo su recorrido mucho antes, y sin ponerse a pensar en lo que estaba haciendo, tocó la puerta de la habitación de lady Madeleine.

—Adelante —respondió desde adentro.

La voz no sonaba muy animada, pero tampoco había señales de llanto. Entró con cautela, esperando encontrarse con ella echada en la cama, sollozando desconsoladamente. En su lugar, estaba de pie frente al tocador, observando cómo le quedaba un bonito sombrero rosa con flores de varios colores. Su expresión no comunicaba la alegría acostumbrada, pero tampoco parecía tan apesadumbrada como en la mañana. No obstante, no llegó a detallarla bien, porque se dio cuenta de que estaba en camión.

Avergonzado, se giró, no sin antes haber detallado los pezones que se asomaban bajo la delgada tela y la forma en que esta moldeaba su cadera. Si ya se había vestido para dormir, ¿por qué diablos lo había recibido? ¿Habría creído que era otra persona?

Carraspeó para llamar su atención. La escuchó jadear, pero no parecía demasiado horrorizada.

—Quizás no es un momento prudente.

—No, espere.

Escuchó que se movía por la habitación y luego el sonido de la tela al rozar la piel.

—Puede girarse.

Nick lo hizo, no sin recelo. Se había colocado una bata bastante recatada. Sin embargo, esta seguía moldeando una figura exuberante, y no hacía que la atmósfera de la habitación se volviera menos íntima.

—Disculpe —continuó ella, aunque no parecía demasiado avergonzada, como si fuera común estar en ropa de dormir frente a un hombre—. Pensé que podía ser mi doncella.

—Es mi culpa. Debí haberme identificado.

Y en el fondo sabía que no lo había hecho por temor a que ella no lo dejara entrar. En ese momento se lamentaba de tal absurdo. No solía ser extraño que un hombre admirara la belleza

femenina, después de todo, estaba hecho de carne, pero cuando dicho cuerpo pertenecía a su pupila, resultaba, cuanto menos, perturbador y cuestionable. Y a pesar de saberlo, no podía dejar de repasar cada detalle de su proporcionada figura.

Requirió fuerza de voluntad y tragar varias veces saliva y apartar la vista. Si ella había notado su descarado escrutinio, no dio muestras de ello. Los observaba con atención, esperando con paciencia que le dijera a qué había ido.

—Quería saber cómo se encontraba —dijo. Su voz sonó un poco ronca.

—Oh, estoy bien, supongo —dijo sin mucho ánimo.

Se quitó el sombrero y lo dejó encima de un baúl. Sus cabellos estaban, como de costumbre, despeinados, aunque habían intentado someterlos a unas trenzas. En su rostro no había rastro del desconsuelo de esa mañana, pero sí una fuerte y triste resignación, acompañada del pesar por haber perdido toda esperanza de obtener la felicidad.

Nick se identificó con el sentimiento y sintió empatía hacia ella. Su mirada parecía perdida, como si no supiera qué hacer. Como si de pronto tuviera que reestructurar toda su vida y no quisiera no pensar en eso, porque no tenía las fuerzas necesarias para ello.

—También quería disculparme. Mi comentario esta mañana fue imprudente e innecesario.

Ella lo miró sin entender.

—¿Cuál...? Oh, ya —lo dijo como si no tuviera mucha importancia—. Solo dijo la verdad, pero yo no tenía ganas de escucharla. Eso es todo. No se preocupe.

Se sentó frente al tocador y empezó a deshacerse las trenzas. Nick observó cómo la melena se mostraba en todo su esplendor. Tenía los cabellos lacios, que le llegaban casi hasta la cintura. Eran negros y brillantes como una noche sin luna.

La escena le parecía muy íntima, y no entendía cómo ella podía actuar con tanta naturalidad. ¿Solía ser tan atrevida o le tenía confianza por el escaso vínculo de sangre que les unía? Porque a él le empezaba a parecer la mujer más hermosa del mundo, y no la veía en lo absoluto como familia.

Debería irse. Ya se había asegurado de que estaba bien. No tenía nada que hacer ahí.

Pero no dio ni un solo paso hacia la puerta.

—¿Cómo ha ido la salida con sus hermanas?

—Fuimos a Gunter's. Fue extraordinario salir después de tanto tiempo. Creo que incluso valió la pena las miradas juzgadoras que nos dirigieron —comentó con malicia.

Él sonrió. Dio inconscientemente un paso hacia ella, queriendo verla más de cerca. Ella dividió su cabello en dos y empezó a rehacer la trenza.

—Me enteré de que era su cumpleaños —dijo con suavidad.

—Así es. Está usted un año más cerca de librarse de mí si me convierto en una solterona

—dijo con sarcasmo.

Pocas veces la había escuchado hablar con tanto negativismo.

—No creo que se convierta en una solterona —dijo con amabilidad.

—¿Por qué soy bonita, tengo dote y familia influyente? Sí, seguramente conseguiré algún buen pretendiente.

La amargura en su tono lo extrañó. ¿No era eso lo que todas las jóvenes deseaban? La belleza y el dinero era un pase seguro al matrimonio, y considerando que el peor temor de una dama era quedarse soltera, no entendía por qué parecía disgustarle que tuviera esos atributos.

Aunque, si usaba ese razonamiento, cualquier hombre querría convertirse en duque. Y él estaba harto de serlo. Esas semanas habían sido una pesadilla. Había tenido que quedarse despierto hasta altas horas de la noche por las sesiones del parlamento, fingir amabilidad, soportar la presión.

A veces las condenas venían disfrazadas de bendiciones, y solo la persona que las recibía podía percatarse de ello.

Quiso indagar más.

—¿Le molesta que alguien la escoja por eso? —preguntó con tiento.

Ella terminó de hacerse una trenza y procedió con la otra antes de responder.

—Debe parecerle extraño, supongo —dijo con la vista fija en el espejo—. El mercado matrimonial se maneja por qué tan conveniente es una pareja y no por amor. Lamentablemente, siempre he sido una romántica.

Él no respondió. Su vista se quedó fija en sus delicadas manos, que hacían con habilidad una trenza que posiblemente no duraría mucho. Tenía el cabello muy suave. Por eso siempre se le soltaba. Por eso siempre andaba despeinada. Sintió el absurdo impulso de extender las manos y acariciarlo.

—Pero no se preocupe. Mi vena romántica no interferirá en la búsqueda de marido —dijo con tristeza—. Si eso es todo lo que tengo para ofrecer, tendré que conformarme con ello.

Ella intentó ocultarlo, pero él identificó el dolor en su voz. Se acercó y se recostó en el borde de la cómoda. La miró a los ojos con intensidad.

—Tienes más que ofrecer, Madeleine —dijo con voz aterciopelada.

No supo por qué decidió usar su nombre. Quizás para darle más fuerza a su declaración, o porque el momento era tan íntimo que vio absurdo seguir con tantas formalidades. Ella se sorprendió y posó sus ojos claros en él, llenos de una esperanza que aún no se atrevía a admitir.

—¿Como qué? Porque habilidad en el piano u en otro instrumento no es —comentó con diversión—. Tampoco en pintura o en bordar. O me va a decir, como mis hermanas, que soy amable y simpática.

—Son cualidades a apreciar. No me gustaría estar casado con una amargada.

—Es usted el único hombre que escucho que le importa eso más que el dinero y la posición. Bueno, usted y el vizconde. —Su mirada se quedó fija en algún punto del espejo—. A él tampoco le importaba el dinero, ni la posición. Creo que por eso no vio nada en mí que le interesara.

Bajó la vista, no sin que él se percatara de que sus ojos se llenaban de lágrimas.

Le puso una mano sobre el hombro.

—Que él no lo viera no significa que otros no lo harán. Eres persistente, Madeleine. Si después de tantos años no has abandonado el piano, no creo que te rindas ahora en la búsqueda de un hombre que te aprecie. Te aseguro que es más fácil conseguir eso que habilidades musicales.

Ella lo miró con rabia, pero sus labios traicionaron sus verdaderos pensamientos curvándose en una sonrisa nerviosa.

—O, quizás, al igual que las habilidades musicales, nunca lo consiga.

—No pierdes nada con buscarlo.

—Oh, sí. Puedo perder la oportunidad de casarme con un buen partido. Cuando una mujer se hace mayor, las posibilidades de casarse son menores.

—Tonterías. Eres una chiquilla aún. Te puedes permitir uno o dos años para intentar cumplir tus ilusiones.

—¿Y me toleraría uno o dos años, milord?

—Estoy dispuesto a hacer el sacrificio —dijo con fingido dramatismo. No obstante, su expresión se volvió seria de pronto—. No es como que fuera el primero.

Ella lo miró con curiosidad. Se levantó de la cómoda y él también se enderezó. Quedaron uno frente a otro.

—No es feliz siendo un duque porque le gustaría seguir viajando, ¿verdad?

La pregunta lo sorprendió, aunque supuso que después de aquella conversación en el salón de música, no era difícil deducirlo. Nunca se había molestado en ocultar su desprecio por la situación actual.

—Admito que era más feliz desvelándome conociendo la cultura de un lugar, que una sesión de parlamento. Al menos en otros lados nadie esperaba demasiado de mí.

En cambio, allí todos escuchaban con atención su opinión, la valoraban, y sería increíble si no tuviera que esforzarse por opinar algo que fuera digno de un duque. En muchas ocasiones había sentido la mirada juzgadora de otros nobles, que no habían estado de acuerdo con lo que había dicho, pero, en el mejor de los casos, omitían su opinión con respeto. En el peor, usaban una suave condescendencia.

Nunca se había sentido tan presionado en su vida. Había sido hijo único de una familia pequeña, en la que su padre solo mantenía las tierras heredadas de su abuelo y esperaba de él que

podiera sostenerse por sí mismo. Cuando su padre murió y le dejó la propiedad, Nick había decidido venderla e invertir el dinero. Lo que obtenía, le daba para permitirse ir a explorar al mundo. A fin y al cabo, no tenía a nadie. Su madre había muerto poco antes que su padre, y solo se tenía a sí mismo y a un amigo al que había considerado un hermano.

Hasta que todo se vino abajo.

Y se había encontrado verdaderamente solo, sin dinero, y con la única salida de un ducado y las responsabilidades que este conllevaba. Responsabilidades para las que nunca había sido educado, pero que todos esperaban que supieran.

Ella le puso una mano sobre el hombro, como si pudiera leer en sus ojos el peso que cargaba.

—¿Por qué no me habla un poco de sus viajes?

Caminó hasta el sillón largo ubicado debajo de la ventana y se hizo un ovillo. Le hizo un gesto con su mano para que se acercara.

—¿No estás cansada?

—En absoluto. Tampoco creo que pueda dormir. ¿Está usted muy cansado, milord? —preguntó haciendo un puchero.

Niña caprichosa. Quería su cuento antes de dormir e intentaba manipularlo para conseguirlo. Lo peor era que él ni siquiera había pensado en negarse. Hablar de lo que había conocido era una de las cosas que más le fascinaban, y su compañía le resultaba extrañamente agradable.

Se sentó a su lado, intentando mantener una distancia prudencial, aunque era evidente que el decoro no era lo que más le importaba. Habló de América y como la pelea con un terrateniente del norte por el trato que le daba unos esclavos casi le había costado la vida; de los bailes en los que se había logrado colarse en salones españoles (omitiendo su romance con una dama del alto rango casada, que casi también le cuesta la vida); y cómo había presenciado en la India la quema de una viuda en la pira funerario.

—¡Pero si eso es horrible! —exclamó Madeleine, incapaz de comprenderlo. Tal y como le había pasado a él—. ¿No intentó impedirlo?

—Oh, sí, pero Arthur me detuvo a tiempo. De haberlo hecho, creo que habría terminado yo también en el fuego. Para ellos, es una tradición sagrada. Se llama Sati. La mujer pertenece al marido, y una vez este muere, ella no tiene razones para seguir viviendo.

—Pero... pero... ¡es salvaje y cruel!

—Es su costumbre —dijo él con paciencia—. Y las mujeres la siguen con orgullo. Si te consuela, la práctica ha tenido numerosas críticas incluso dentro de la misma India, por lo que es menos común que antes. Aunque temo que pasarán varios años antes de que desaparezca por completo.

Ella lo observó, atónica. Era la misma mirada que había tenido él cuando observó el ritual. La mujer en cuestión era la esposa de un militar con el que había entablado cierta amistad, y quien había muerto de una herida de bala. Lo que más le sorprendió fue la actitud con la que la viuda entró a la pira. No lloraba, no suplicaba por su vida. Caminaba orgullosa y feliz de ir a reencontrarse con su marido. Ahí fue donde Nick comprendió el peso que tenían las diferentes creencias. La diversidad que había en el mundo. Lo que para unos era inconcebible, para otros era normal.

—¿Suficientes relatos por hoy? —preguntó él.

Sacó su reloj de bolsillo y vio que eran casi las dos de la mañana. Llevaban tres horas hablando, y era más que inapropiado que aún estuviera dentro de su habitación.

—Mencionó a un tal Arthur, ¿quién es?

Nick contuvo una maldición. Había intentado evitar su nombre en los relatos, pero supuso que su mención en alguno sería inevitable. No se podía sacar con facilidad a alguien en una historia.

Y tampoco del corazón.

—Un amigo. Nos separamos cuando vine aquí. Ya es hora, es tarde. Deberíamos dormir —dijo para desviar el tema.

—Supongo, pero dudo que la imagen de la viuda en el fuego me deje hacerlo.

Un bostezo contradijo su afirmación.

—Tú insististe en que te lo contara —adujo él con una sonrisa.

—No creí que algo así existiera. Vaya, y yo creía que los americanos eran salvajes. Al menos ellos no queman a sus mujeres si enviudan.

—Son costumbres, querida —dijo con dulzura mientras se ponía de pie—. Cuando conoces muchas culturas, te das cuenta de que no hay creencias buenas o malas, solo creencias, y deben ser respetadas como esperamos que respeten las nuestras.

—Pero debe haber alguna viuda que no querría morir cuando lo haga su esposo —dijo—. No creo que todas se sometan al ritual sin miedo.

—Sin duda las hay. Y obligarlas a hacerlo es donde la práctica se vuelve salvaje y cruel. Por eso, más importante que la creencia, lo es el respeto a lo que el otro piense o desee. Hasta que todos entendamos eso, seguramente seguiremos viviendo entre atrocidades.

Ella se quedó pensativa, y él decidió dejarla reflexionar sobre el tema. Se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Madeleine.

—Buenas noches, lord... Nicholas.

Ella debió haber decidido que, si él podía usar su nombre, ella también podía usar el de él. Nick compuso una expresión severa.

—No me llames así —dijo con fingida dureza. Ella se sobresaltó y lo miró con el ceño fruncido—. Me gusta más que me digan Nick.

Él se rio ante su expresión de enojo e hizo ademán de salir, pero lo pensó mejor y dijo:

—Tengo un regalo para ti. Mañana nos vemos en la sala de música, a las ocho.

Se marchó antes de que ella pudiera hacerle alguna pregunta, o de que se le ocurriera arrepentirse del absurdo plan que se le había ocurrido esa tarde.

Cuando se acostó en su cama, estaba cansado. Pero no era un cansancio lleno de estrés y frustraciones, sino la relajación del cuerpo cuando se había estado por mucho rato en paz, y solo quería cerrar los ojos para completar la dicha.

Las horas habían pasado rápido, y hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una buena noche llena de conversación y tranquilidad.

Hablar con ella le había generado paz, lo cual era irónico, porque cuando la conoció, estaba seguro de que sería una dama que solo le generaría estrés. Pero era una mujer que sabía escuchar, y tenía comentarios interesantes para cada anécdota.

Había disfrutado de su compañía como nunca imaginó que sucedería, y eso le preocupó un poco porque era novedoso. Pero estaba tan feliz que no se dejó atormentar por ello. Se estaban llevando bien, eso era todo. Y no había nada de malo en eso, ¿o sí?

Quiso creer que no, y con ese pensamiento, cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 9

Madeleine llegó a la sala de música a la hora estipulada, con muchas invitaciones en su mano y un humor renovado. Seguía un poco triste por la noticia del compromiso del vizconde, pero una noche de sueño y las palabras de ánimo que todos le habían dado la noche anterior habían funcionado para que su optimismo regresara.

«Si después de tantos años no has abandonado el piano, no creo que te rindas ahora en la búsqueda de un hombre que te aprecie», había dicho él. Era un comentario que en cualquier otra circunstancia le habría molestado, pero viniendo de él solo terminó por causarle gracia, porque no había malicia en la sugerencia, ni desdén, solo buenas intenciones para que se sintiera mejor. De todas las personas que pensó que pudieran querer consolarla, él había estado el último en la lista, por eso, lo sucedido la noche anterior, era algo que aún la tenía reflexionando.

Pocas veces había pasado una noche tan agradable con alguien, excepto con su padre. Sin embargo, aunque a ella solían gustarle las historias de aventuras y viajes, ni siquiera él había conseguido lo que Nick: que se olvidara de todo. La pasión con la que relataba todas sus aventuras la había mantenido con la mirada fija en él. Su manera de narrar la llevaba al tiempo y lugar de los hechos, y hacía que viera todo como si fuera una espectadora. Se había aislado del mundo, y lo único que la conectaba con este era el sonido de su voz. Una voz ronca pero suave, mágica. Madeleine incluso llegó a compadecerse de él por todo lo que había tenido que abandonar para regresar a Inglaterra. Si ella hubiera estado en su lugar, habría sido de las que se hubiera escondido para siempre. Se preguntó por qué él no lo hizo, ¿por qué había regresado? De no haberlo encontrado, se habría buscado a otro heredero. Habría sido un proceso engorroso, pero no imposible. Y él hubiera podido seguir la vida que tanto quería. Por lo que entendió, no tenía familia que lo presionara, ni ninguna razón para asumir ese cargo. Entonces, ¿qué lo había motivado a embarcarse en esa nueva aventura que no pintaba ni de lejos tan interesantes como otros de sus viajes?

Una incógnita que tendría que averiguar luego.

—He ido a buscar todas las invitaciones para elegir cuál podría ser tu primera aparición en sociedad —dijo Madeleine. Echó una mirada de reojo por el cuarto de música, pero no vio nada inusual. ¿Cuál sería su regalo?—. He pensado que, ya que regreso a la sociedad en un mes, podrías hacer tu primera aparición junto a mí, y así podría apoyarte en lo que necesites.

—Es un ofrecimiento muy amable.

No lo dijo con sarcasmo, aunque sí con cierta burla. Quizás le parecía absurdo que ella pensara que necesitaba su apoyo. Era un hombre grande, un duque. Pero él no sabía lo que le esperaba. Pronto lo agradecería, así que intentó no ofenderse.

—No sabes cuánto. Toma —dijo extendiendo las invitaciones hacia él, que las tomó con recelo—. Más tarde las revisaremos. ¿Cuál es mi regalo?

No pudo contener la pregunta. Si había algo que le encantaba a Madeleine, eran los regalos.

Él se rio ante su impaciencia. Dejó las invitaciones en una pequeña mesa y se acercó al piano. Se sentía en la mesa frente a este y lo señaló con ademán dramático.

—Este es su regalo.

Ella frunció el ceño.

—Que yo recuerde, siempre estuvo ahí. Oh, no me digas que lo has mandado a afinar, porque te juro que...

Ella calló en cuanto en él empezó a mover las manos con destreza sobre el instrumento. La melodía que inundó el pequeño salón era precisa y armónica. No diría que era una de las más bonitas que había escuchado antes, pero sí podía asegurar que Nick sabía tocar el piano algo más allá de lo que se consideraba decente. Madeleine reconoció la música como la sinfonía que había estado tocando el primer día que estuvo en la casa.

Cuando él terminó, ella tenía la boca ligeramente abierta.

—Mi regalo, querida, es que voy a enseñarte a tocar el piano.

Ella lo miró, atónita. ¿Habría escuchado mal? Intentó buscar burla en su voz o en su expresión, pero parecía hablar completamente en serio.

—No sabía que tocabas el piano —dijo, sin saber qué comentar.

Seguía muy sorprendida. ¿Por qué había decidido ayudarla en ese momento? ¿Se habría cansado de escucharla arruinar las melodías tradicionales? Quizás la pregunta más importante sería ¿por qué tenía fe de conseguirlo cuando todos habían fracasado?

—Mi madre me enseñó. No soy un prodigio, pero aprendí bien.

—¿Y por qué quieres enseñarme?

—Porque me cansé de que me despiertes con tu poca habilidad. Lo hago por el bien de mi buen descanso, nada más. Además, estoy convencido de que los criados también me lo agradecerán.

Madeleine ocultó una sonrisa, sabiendo que intentaba camuflar sus buenas intenciones. Siguiendo un impulso, lo abrazó.

Sintió que el cuerpo de él se tensaba y, horrorizada por tal muestra de afecto impropia, intentó separarse. No obstante, él le correspondió al abrazo antes de que pudiera distanciarse. Lo hizo de forma vacilante, pero, aun así, Madeleine sintió un extraño calor en su cuerpo ante el contacto tan íntimo. Cuando se separó un poco para mirarlo a la cara, sus rostros quedaron tan cerca que resultaba inapropiado. No obstante, no hizo ademán de alejarse. Había algo mágico que la retenía ahí, con sus narices a punto de rozarse. Quizás fue el brillo de intensidad que vio

en sus ojos, y al que no pudo ponerle nombre. La estaba observando como si mirara algo incomprensible para él, pero que le generaba emociones que no sabía controlar.

Madeleine tampoco podía controlar las suyas. La cercanía provocó que su respiración se acelerara. No solía ser una dama nerviosa, pero en ese momento su corazón latía con fuerza, advirtiéndole de algo nuevo que él le generaba. Solo que ella no sabía qué.

Se separó, confundida, y él también pareció incapaz de entender qué había pasado en esos segundos que estuvieron mirándose a los ojos. El silencio reinó en el salón y los sumió en un ambiente de incomodidad.

Él carraspeó.

—Bueno, será mejor que empecemos.

La sesión fue un desastre, aunque eso Nick ya se lo esperaba.

Descubrió que el principal problema de Madeleine no era ni la lectura de las partituras, o la confusión con las teclas, sino la incapacidad de coordinar ambas manos para una tocada fluida. Con la mano derecha tenía más habilidad que con la izquierda, y los dedos de cada uno parecían incapaces de ponerse de acuerdo. Por eso, sus tocaditas eran algo peor que mediocres.

Pero, identificado el problema, al menos podía resolverlo. Solo tenía que acordarse de los consejos de su madre, cosa que debía de resultarle sencillo, pero considerando que se pasó toda la práctica con los ojos fijos en sus labios carnosos e imaginando cosas inapropiadas, como posar su boca en ellos, no lograba conciliar ningún recuerdo en ese momento.

¡Maldita sea! ¿Qué le pasaba? Querer besar a su pupila debía ser condenable desde cualquier punto de vista, y no poder deshacerse de los pensamientos indecorosos hablaba muy mal de él. Nick nunca se había considerado un hombre guiado por los instintos. Tenía necesidades, como todos, pero jamás había sido incapaz de controlarlas. En varias ocasiones, quiso parar la práctica, tomarla de la nuca y besar esos labios que lo estaban llamando desde que ella lo había abrazado impulsivamente.

«Eres una niña», quiso decirle. Debía llevarle al menos unos diez años.

Pero tenía el cuerpo de una mujer, como comprobó la noche anterior. Y también la capacidad de seducción. Solo estar sentado a unos centímetros de ella le provocaba pensamientos impuros.

Nick sentía que estaba metiéndose en un problema muy grave. No sabía cómo, pero tenía que dejar de verla como una mujer a la que le gustaría llevarse a la cama.

—Supongo que estás decepcionado, aunque deberías haber sabido que era una misión difícil la que te proponías —dijo ella.

Sonó desilusionada. Tomando en cuenta la conversación del día anterior, Nick se hacía una idea de por qué era tan importante para ella querer destacar en algo. Al parecer, la

inalcanzable lady Madeleine creía que no era suficiente, y por eso deseaba tener algún don que presumir. Él quiso decirle que tenía mucho de lo que sentirse orgullosa, era perseverante, inteligente, tierna. Pero calló. Sentía que, si se lo decía, la intimidad que empezaba a crecer entre ellos aumentaría, y eso no era conveniente.

—También soy un hombre persistente. Mañana seguiremos.

Cuando lograra encontrar la forma de sacársela de la cabeza.

—Me halaga tu fe en mí.

—No es fe en ti, esa la perdí desde que te escuché tocar. Es fe en mis capacidades de enseñanza.

Ella le dirigió una mirada indignada que él correspondió con una sonrisa. Prefería verla molesta que frustrada.

—¿Desayunamos? —le preguntó él.

—Pero ¿no vamos a revisar las invitaciones?

—Propongo hacerlo en el desayuno —dijo levantándose—. No sé tú, pero yo tengo hambre.

Empezó a caminar hacia la entrada, diciéndose que mientras más lejos estuviera físicamente de ella, más fácil sería controlar sus recientes impulsos. Con suerte, sería algo temporal. Efectos colaterales de haberla visto el día anterior en camisón, de tenerla esa mañana entre sus brazos. De llevar tiempo sin sexo.

Llegaron al comedor, donde ya estaba servido el desayuno, y Madeleine empezó a revisar todas las invitaciones, descartando las que se celebrarían antes de un mes, porque estaba convencida de que debían hacer su aparición en sociedad juntos.

—Lady Jessel es una matrona muy influyente. Podría ser una buena opción, pero tiene dos hijas solteras, y lo más probable es que te obligue a bailar con una de ellas —dijo antes de llevarse un trozo de huevo a la boca. Nick hizo una mueca que ella notó—. ¿Todavía estás convencido de que no quieres conseguir esposa? —Él asintió—. ¿Por qué?

Nick no se atrevió a decírselo porque le daba vergüenza, pero lo cierto era que no quería casarse porque eso supondría un compromiso definitivo con la vida sedentaria. A una esposa no podía llevarla a todas sus aventuras, y menos si tenían hijos. Cuando había ido a reclamar el ducado, lo había hecho con la esperanza de arreglar todos los asuntos, dejar un buen administrador a cargo, y tener dinero para volver a empezar. La tutela de lady Madeleine había sido el primer obstáculo, pero el plan no había variado. En cuanto ella se casara, volvería a sus viajes de aventurero, donde no había responsabilidades o reclamos. Con una mujer no podría, no con una de la alta sociedad inglesa, al menos, que se sentía indisputada incluso ante un cambio de clima.

—Solo no lo deseo —dijo con más sequedad de la planeada.

—Entonces, milord, descubrirá la aventura más peligrosa de la alta sociedad. Quizás no haya hacendados esclavistas con los que pelear, barcos en lo que irse de polizón o viudas quemadas, pero lo que sí hay son madres casamenteras, y créame, si no desea casarse, no se aburrirá.

Era la segunda vez que le hacía una advertencia semejante, y la malicia en su voz le advirtió que debería de tomársela en serio. Nick no recordaba mucho de los bailes de alta sociedad. Sabía que, para aquellos buenos partidos, el asedio de las jóvenes casaderas era un problema común, pero como nunca había sido más que un candidato mediocre, nunca había sufrido de ese problema. Sin embargo, ya estaba previendo que sería una prueba dura de afrontar.

—Creo que lo más conveniente será ir a la velada de lady Richmond —dijo después de leer la última invitación—. Es una duquesa, su esposo es muy influyente y suele indignarse si rechazan su invitación. Además, a mí también me ha llegado una.

—¿No tiene hijas casaderas?

—No, todas sus pupilas ya tienen esposo, pero... —Él arqueó las cejas para instalar a continuar—. Es una casamentera declarada. Su pasatiempo favorito es armar parejas, así que no creo que se salve de dos o tres bailes. Sin embargo, creo que será más fácil que evadir a lady Jessel y sus hijas. Lo importante es no llamar demasiado su atención.

—A ti te convendría llamar su atención —observó él.

No supo por qué, de pronto, la perspectiva de verla bailando con otro hombre le generó cierta inquietud, como si hubiera algo incorrecto en eso. No dejó ni que el pensamiento tomara forma cuando se apresuró a apartarlo.

—Supongo —dijo sin demasiado ánimo.

Se preguntó si aún seguiría triste por el compromiso del vizconde. Nick no era quién para juzgar sus sentimientos, pero le había dado la impresión de que el dolor que sentía por la pérdida se debía más al orgullo herido que al amor. Ella había dicho que el vizconde no había visto nada en ella que mereciera la pena, eso significaba que lo veía a él como el único hombre que hubiera sido capaz de quererla. A Nick le entristeció que tuviera esa visión de ella misma. Quiso decirle algo, pero, de nuevo, no se atrevió.

—Me imagino que tu tía nos acompañará —comentó para cambiar de tema.

—Por supuesto.

—Casi no la he visto en estas semanas.

Madeleine jugueteó con la comida.

—Es que ha estado ocupada, abriéndome paso para la temporada. Gracias a ella, han llegado varias invitaciones en estos días.

—Entiendo. Sin embargo, puesto que su deber era ser carabina, considero que sus largas ausencias son inadecuadas. En todo el tiempo que está afuera, bien podría hacerte yo algo

inapropiado.

Ella soltó una carcajada que Nick no supo si tomarse a bien o indignarse.

—Pero tú no me harías nada inapropiado —dijo, y su confianza en él le generó ternura. Si ella supiera el cauce que tomaron sus pensamientos esa mañana...

—Aun así. Si la gente se entera que pasa más tiempo afuera que aquí, puede haber rumores.

Hablaré con ella, dijo, aunque era evidente que para ella no tenía demasiada importancia.

Desayunaron en silencio. Su ánimo pareció decaer, y Nick se preguntó si se debía a la mención del vizconde. Comía con distracción, y su mirada estaba fija en algún punto de la pared del frente.

Nick la observó. En la mañana, su pelo ya había empezado a despeinarse, pero en ese momento parecía más un nido que un moño. Notó también que le faltaba un arete.

Más que repugnarlo, su imagen le generó ternura. Todo en ello empezaba a generarle ternura.

Otra cosa más en la que no se detendría demasiado a pensar.

—¿Sabes bailar?

La pregunta lo sorprendió. Tardó un momento en asimilarla.

—Por supuesto. Aunque puede que mis dotes estén algo oxidadas por la falta de práctica.

—Puedes practicar conmigo —dijo, pensativa—. Temo también estar un poco oxidada. No quiero pasar vergüenza cuando regrese.

La imagen de ella cerca de él compartiendo un baile le gustó, pero le pareció todo menos una buena idea.

—No estoy seguro de que...

—Esta noche —dijo sin prestar atención a sus protestas. Se levantó al decidir que no tenía más hambre—; en el salón principal. Prometí que lo ayudaría a integrarse, y esta es una buena forma de comenzar. Nos vemos.

Se marchó antes de que él pudiera replicar.

Recordó vagamente los bailes de los salones ingleses. Cuadrilla, cotillón, contradanza... Sí, podría soportar una sesión de esos bailes con ella. Lo que no creía poder tolerar era el vals. Cuando Nick se marchó, el baile aún estaba prohibido en la mayoría de los salones, y esperó fervientemente que aún fuera así. Imaginarla cerca de su cuerpo trajo de nuevo una ola de pensamientos inapropiados que le costó suprimir. Dios, ¿qué le estaba pasando con esa mujer?

Sin duda, se avecinaban meses complicados.

Capítulo 10

No había probado con la jardinería.

El pensamiento le llegó a Madeleine mientras paseaba por el jardín, y observaba las distintas flores que intentaban renacer después de un duro invierno. No conocía el nombre de la mayoría de ellas, pero le resultó interesante el proceso de crecimiento y se preguntó si podría incursionar en la botánica.

Empezó a buscar al jardinero, mientras, intentaba alejar todos los pensamientos que no la dejaban en paz. La mayoría, por no decir todos, relacionados con Nick.

Desde la noche anterior, no podía dejar de pensar en él. Se había acostado con su imagen en su cabeza, contenta del rato que había pasado escuchándolo hablar de sus viajes. Aunque la mayoría de las cosas que le contó le resultaron perturbadoras, pasó momentos muy agradables con él, y esa nueva familiaridad que surgió entre ambos era tan extraña como agradable. Esa mañana, cuando descubrió que la enseñaría a tocar el piano, la embargaron muchas emociones a las que le costó ponerle nombre.

La primera fue la ternura. Le enternecía que quisiera ayudarla a pesar de saber que carecía de talento, y le enterneció su paciencia y la negativa a darse por vencido. Nadie jamás había hecho eso por ella. Nadie había creído tanto en ella, excepto, tal vez, su padre.

La segunda, no sabía cómo describirla, pero había aparecido cuando, después de abrazarlo, se habían mirado a los ojos, y su cuerpo había reaccionado como si ese contacto fuera lo que había estado esperando por décadas. Se pasó toda la lección nerviosa, con el corazón inquieto y la piel cosquilleándole, pidiéndole más cercanía. Estaba segura de que había tocado peor que de costumbre solo por eso, pero se enorgullecía de no haberle dejado notar su turbación.

O eso esperaba.

Él se comportó extraño en el comedor, sobre todo cuando hizo esas preguntas respecto a la ausencia de su tía. Había dicho que podía haberle hecho cosas impropias y esta no se hubiera enterado. ¿Significaba eso una crítica a su comportamiento? ¿Creería que Madeleine era demasiado atrevida y eso le inspiraba a él pensamientos deshonorosos?

No, no se imaginaba a Nick con pensamientos inadecuados hacia ella. Jamás había dado muestra de ello. Las pocas veces que su madre le prestó atención, solía decir que había que tener cuidado con la lujuria de los hombres, porque a veces era incontrolable e imprudente, con consecuencias detestables. En aquel entonces, Madeleine no entendió bien a qué se refería, pero cuando creció, alguna de sus hermanas le explicó con tiento que, cuando a un hombre le gustaba mucho una mujer, podía dejarse llevar por los impulsos y deshonorarla. Aún no estaba segura de que implicaba la «deshonra», pero sabía que era algo que iba más allá de los besos.

No, dudaba que él pensara en eso. Ella ni siquiera le gustaba. Madeleine sabía cuándo un hombre se sentía atraído por su belleza, porque siempre se lo comentaba, y hasta el momento, Nick jamás había dicho algo al respecto. Y como había poco más en ella que admirar, no creía que existiera esa lujuria desenfrenada de la que hablaba su madre. Estaba especulando demasiado porque ese pequeño momento en la sala de música la había dejado aturdida.

Porque, aunque le costaba admitirlo, ella había querido que él la besara.

—¡Qué tonta eres! —murmuró para sí—. ¿Cómo se te ha podido venir a la cabeza pensamiento tan estúpido?

Y vaya que era tonto. ¿Por qué querría ella que él la besara? Era su primo, nada más. Su tutor. Lo más probable era que cuando se casara no volviera a saber de él.

Y pensar que le había propuesto practicar baile con ella durante la noche. Muchas veces tomaban decisiones tontas, pero se acababa de llevar un premio.

—Tengo la teoría de que la cabeza está llena de pensamientos estúpidos —dijo una voz a su lado.

Madeleine se sobresaltó. Agachado a unos metros a su derecha, estaba un muchacho, joven, con ropa holgada, desgastada y llena de arena, que estaba pasando unas plantas de unas macetas a la tierra. Era pelirrojo, con la cara llena de pecas y algunos granos. Tenía unos bonitos ojos verdes y le sonreía con amabilidad.

—Buenos días, milady.

—Buenos días...

No sabía cuál era su nombre. De hecho, estaba seguro de que debía ser nuevo, porque no lo reconocía como algún lacayo o mozo de cuerdas.

—John —respondió el joven con amabilidad—. Soy el ayudante del señor Walker.

Ah, el ayudante de jardinería. Eso le recordó a Madeleine su propósito.

—Oh, ya. ¿Me podrías decir dónde está el señor Walker, por favor?

—Fue a recoger una tierra que le prometieron para el jardín, milady. Insistí en ir yo, pero el viejo aseguró que solo él sabría si era de buena calidad o no. Es un señor muy terco y... oh, disculpe. ¿Necesitaba algo, milady? Tal vez yo la pueda ayudar.

—¿Qué es eso? —preguntó Madeleine señalando las pequeñas plantas que estaban dentro de las macetas.

—Son dalias. Se siembran primero aquí para ver si las semillas germinan, y cuando están más grandes, se pasan al suelo para que tengan más espacio.

—¿Hacen eso con todas las flores que plantan?

—Con la mayoría.

—¿Puedo ver?

El joven asintió y le tendió una maceta, pero Madeleine se subió las faldas del vestido y

se sentó a su lado. Él la observó con incredulidad.

—Pero, milady, se va a ensuciar el vestido.

—No importa —dijo ella con desenfado—. En la tela negra ni siquiera se nota.

Tomó la planta que él le estaba ofreciendo y la observó con fascinación. La planta se veía pequeña y delicada, pero con muchas ganas de convertirse en algo grande.

—Quiero una.

Él la miró con confusión.

—Milady, la planta ya no podrá seguir creciendo en esa maceta. Es necesario pasarla a un espacio más amplio.

—Quiero una que tenga solo la semilla, y yo cuidaré su crecimiento. Y luego, te ayudaré a traspasarla.

Él la miró como si ella le estuviera diciendo algo incomprensible, pero ya fuera por su cara de súplica y o su autoridad en la casa, él respondió:

—Está bien, milady. En cuanto termine aquí le prepararé una para que la cuide. ¿Quiere de estas, o alguna otra?

—Una que no sea de cuidados excesivos.

Madeleine presentía que la iba a matar desde el primer día, pero negó a dejar que esas ideas pesimistas la embargaran. Cuidaría bien de la planta. No podía ser tan complicado.

El joven empezó a explicarle qué planta dejaría a su cuidado y qué debía hacer con ella, pero Madeleine se distrajo cuando observó a Nick saliendo de la casa. Él también la vio e hizo una inclinación de cabeza a modo de despedida antes de marcharse. Madeleine siguió con la vista el carruaje hasta que estuvo fuera de su campo de visión, y después se reprendió por haberlo hecho. ¿Qué tenía de importante su partida? ¿Por qué sentía la necesidad de buscarlo con la mirada?

—¿Me ha entendido, lady Madeleine?

—Oh, sí, por supuesto —dijo ella por instinto, avergonzada de no haberlo escuchado. De todas formas, no podía ser tan difícil.

—Entonces la prepararé y se la haré llegar con su doncella, eh... Sarah, ¿verdad?

Se ruborizó al decir el nombre, pero ella no le prestó demasiada atención. Quizás solo era un joven tímido. Le calculaba unos veinte años.

—Sí, Sarah. Gracias, John.

Se puso de pie con renovado entusiasmo y regresó a la casa. Tenía un nuevo propósito.

No, no había sido buena idea practicar baile con él.

Al principio, todo había transcurrido bien. Habían bailado una cuadradilla, un cotillón y un minué, todo mientras Madeleine tarareaba las canciones que recordaba. El duque bailaba bien,

aunque se notaba que le faltaba práctica porque sus movimientos eran algo torpes. Aun así, hicieron buenos ensayos, al menos, hasta que llegó el vals.

—¿No estaba prohibido? —preguntó. A Madeleine le dio la impresión de que se encontraba nervioso.

—No. Hace años que se baila. ¿Cuánto tiempo lleva fuera de Inglaterra?

—Unos diez años.

Eso explicaba mucho.

—El vals fue aceptado por Almack's en 1816 —informó Madeleine. Le tendió la mano—. ¿Bailamos?

Él no parecía nada convencido, y ella supuso que era por la falta de práctica en la danza. Le parecía curioso que un hombre tan aventurero le tuviera miedo a un simple baile. Movi6 su mano, instándolo a tomarla. El vals era una de sus piezas favoritas y quería volver a sentir la sensación de bailar1o.

—Debe tener cuidado de a quién le pide la pieza —comentó Madeleine mientras acomodaba sus manos, una encima de su hombro y otro en su brazo—. Es una pieza muy íntima, así que solicitársela a una dama implica que tiene interés en ella.

Al decirlo, recordó que el vizconde jamás le había pedido un vals. La melancolía amenazó con tumbarla, pero no lo permitió.

Él colocó una mano sobre su cintura. El contacto fue cálido, a pesar de que se había negado a quitarse los guantes, y entonces, Madeleine empezó a preguntarse si no habría sido mala idea insistir en esa pieza.

Empezó a tararear una melodía, pero a medida que se movían, sentía que le dificultaba más recordar. Sus cuerpos estaban a la distancia correcta, pero ella llegaba a sentir la calidez de su cuerpo, y la mirada de él, que quedaba justo por encima de la suya, tenía una habilidad impresionante para distraerla.

«Es solo un baile, calma», se recordó.

Pero se distrajo pensando en que tenía unos ojos muy bonitos. Eran marrones y verdes al mismo tiempo. Los colores se mezclaban en armonía, una combinación perfecta de la naturaleza. A Madeleine le costaba leer lo que había en su mirada, pero su intensidad bastaba para distraerla.

Dejó de tararear, y, por ende, dejaron de moverse. No obstante, no se separaron. Siguieron mirándose, igual que esa mañana, como si no hubiera nada más interesante que el otro.

Él fue el primero en separarse, y ella lamentó la pérdida de su contacto como si le hubieran quitado algo muy preciado. Quería volver a acercarse, posar sus manos en sus hombros, sentir su calor, pero sabía que no era prudente.

Pero ¿qué diablos le pasaba? ¿Qué le despertaba ese hombre?

—Creo que es suficiente práctica por hoy, ¿no crees?

Ella asintió, aunque su lado caprichoso quería decir que no y obligarlo a volver a tomarla de la mano.

—En realidad, creo que esta práctica fue suficiente para recordar la técnica. No considero que sean necesarias más. ¿Tú qué piensas? —preguntó con nerviosismo.

Ella arrugó el ceño ante su evidente deseo de no volver a bailar con ella. ¿Por qué? Solo faltaba que le dijeran que tampoco sabía bailar.

—¿He sido mala pareja? —preguntó con angustia—. Creo que la falta de música real puede haberme vuelto un poco torpe. Es difícil tararear y bailar al mismo tiempo, pero...

—No, no es eso —se apresuró a decir.

—¿Entonces? —refunfuñó.

Él se pasó las manos por los cabellos. Daba la impresión de le ocultaba algo, pero ¿qué?

—Está bien. Supongo que podemos practicar más estos días —dijo a mala gana.

Ella se cruzó de brazos y se giró para que no notara su molestia.

—Si tanto te disgusta, no te obligaré a seguir siendo mi pareja.

Masculó algo, pero ella no distinguió qué. Sintió que posaba una mano sobre su hombro.

—No me disgusta, solo... me incomoda.

Ella se giró. Había vergüenza y pesar en su cara. Entonces, comprendió que él se creía mal bailarín, y por eso no quería seguir practicando. Debía pensar que se estaba humillando a sí mismo.

—¿Por qué? Eres un bailarín espléndido, solo hace falta algo más de práctica.

Él la observó como si fuera capaz de entenderlo, y Madeleine dudó sobre su conjetura. Pero, si no se sentía incómodo por eso, ¿por qué más?

«Te has sentido incómoda solo por su toque», le recordó su conciencia. Pero no, era imposible que Nick sintiera eso. Era algo de ella, nada más. Un extraño sentimiento quizás surgido de que habían sido días complicados. Pronto se pasarían.

—Sí, supongo —respondió con resignación—. Estoy cansado. Nos vemos mañana para la clase de piano, ¿está bien?

Ella asintió y sonrió. Le conmovía que aún no se rindiera con ella, y quizás por eso, o porque su cuerpo aún quería sentirlo cerca, le dio un abrazo.

—Buenas noches, Nick.

Se separó con rapidez, consciente de que, si se quedaba más tiempo, quizás no pudiera apartarse. Sin mirarlo, se marchó a su habitación. Eso que estaba sintiendo cuando lo tenía cerca pasaría. Tenía que pasar, y Madeleine tenía que demostrarse a sí misma que podía estar cerca de él hasta que ya no sintiera nada. Por eso, continuaría con las clases de baile, y con las de piano.

Todo pasaría, se dijo.

O eso esperaba.

Nick la observó marchar y maldijo en voz alta. Sabía que practicar baile con ella no sería buena idea, y los próximos días serían una dura prueba a su resistencia.

Debió haber dejado las clases hasta ahí. Si tan solo ella no lo hubiera mirado con esos ojos tristes, que creían que habían hecho algo más para que ya no quisieran practicar con ella. Si tan solo él hubiera podido endurecer su corazón para cortar algo que sin duda empezaba a resultar un problema.

Ahora tendría que tolerar como un idiota varias clases más, e intentar sobrevivir a la tentación que le suponía la cercanía de sus cuerpos, al embeleso de su mirada y la ternura que le generaba cuando tarareaba (de forma horrible) las canciones.

Y todo sin poder confesarle a sus oídos inocentes por qué lo incomodaba tanto.

Abatido, caminó hacia su habitación.

Había supuesto que tener una pupila le traería muchos problemas, pero no se había imaginado cuántos.

Y lo peor, es que era incapaz de imaginar que estos se terminaran.

Al principio, solo había querido casar rápidamente a lady Madeleine para librarse de ella, pero en ese momento quería disfrutar de todo el tiempo que pudiera de su compañía, aunque sufriera en el proceso, porque una cosa compensaba la otra.

Se había vuelto loco, era la única explicación.

Y empezaba a temer que nunca llegara a recuperar la cordura.

Capítulo 11

Los días siguientes transcurrieron en una rutina. Por la mañana, Nick le daba sin falta sus clases de piano, y, aunque no había mejorías notables, el hombre estaba decidido a no darse por vencido. A Madeleine le enterneció esa actitud y la apreciaba muchísimo.

En la tarde, se dedicaba a cuidar de la planta que John le había hecho llegar. Le echaba mucha agua y la mantenía a resguardo en su habitación. Habían empezado a salir unas ramitas de la tierra, pero llevaba varios días como estancada, y Madeleine se decía que quizás era su proceso natural. Las plantas crecían lento, ¿no?

También dedicó varias tardes a citas con la modista, que le tomó las medidas y eligieron telas para su nuevo vestuario. Madeleine estaba impaciente por deshacerse de todas las prendas de color negro que no hacían más que recordarle su desdicha.

En la noche, continuaron las clases de baile, al menos por dos semanas. Las sensaciones que le despertaba su toque no desaparecieron como creyó, pero consideraba haberlas controlado lo suficiente para que no la distrajera. Era un avance, y estaba segura de que pronto todo volvería a la normalidad. Después de las clases, se quedaba hablando con él un rato, a veces de sus viajes, de su vida en Inglaterra, o de la infancia de Madeleine. Esa noche, que habían decidido que sería la última en la que practicarían baile (él había insistido mucho en eso), Nick preguntó:

—Tu reintegro a la sociedad es en dos semanas, ¿estás emocionada?

—Un poco.

O mucho. Madeleine se había pasado esos días imaginando su retorno con tanto ánimo como cuando dio inicio su primera temporada. Había pasado mucho tiempo afuera, y el regreso siempre era difícil. En una de las pocas conversaciones que había tenido con su tía, esta le comentó que la alta sociedad estaba esperando con ansias su regreso, pero Madeleine no podía evitar sentirse insegura, sobre todo porque su objetivo al volver había sido conquistar al vizconde y lo único que obtendría sería una invitación a su boda. Quería creer que encontraría a un caballero ideal, pero no quería hacerse demasiadas esperanzas.

Con melancolía, acomodó los pliegues de su falda que se habían movido dejando descubierto un tobillo. Fue más un acto reflejo que una preocupación por el decoro, después de todo, eran las once de la noche y estaba sentada en el suelo del salón con un hombre a su lado. Al principio, esa clase de intimidad la había perturbado, pero con los días se había vuelto tan normal que ya no sabía estar sin seguir esa costumbre.

—¿Y tú? —le preguntó ella—. ¿Estás emocionado o nervioso?

—Más lo segundo que lo primero, a decir verdad —contestó. En realidad, no parecía nada contento.

A menudo Madeleine tenía la impresión de que nunca podría adaptarse a ese nuevo mundo, por más que lo intentara. Era un alma acostumbrada a los barcos y no a los salones de baile; a las aventuras y no a las sesiones del parlamento. Veía constantemente en sus ojos la necesidad de huir, y se preguntaba por qué no lo hacía. ¿Sería por la responsabilidad que tenía con ella? La corona podría buscar otro duque si el actual desaparecía, pero el asunto de su custodia sería un proceso muy engorroso.

A Madeleine le gustaba pensar que ella le importaba más de lo que dejaba ver, aunque no quería averiguar por qué esa necesidad de que así fuera.

—Nick, cuando me case, ¿te vas a ir?

No pudo evitar preguntarlo. Era una incógnita que llevaba demasiado tiempo atormentándola.

Él tardó en responder. Llevaba rato jugueteando con los gemelos de su manga. Se los quitaba y se los volvía a poner. Evitaba mirarla por algún motivo.

—Es probable.

Y entonces, ella comprobó su teoría. Sintió emociones contradictorias. Por una parte, emoción porque se tomara en serio su responsabilidad por ella, por otra, tristeza ante la posibilidad de no verlo más. Se dijo que era solo porque había llegado a considerarlo un amigo.

—¿Por qué aceptaste venir? —preguntó, pues era otra incógnita que le atormentaba—. Creo que tienes la suficiente inteligencia para haberte ocultado hasta que se dieran por vencidos, y buscaran un nuevo sucesor. ¿Por qué decidiste tomar una responsabilidad que no querías?

Él guardó silencio por tanto tiempo que Madeleine temió que no le respondiera. Le dio la impresión de que buscaba la mejor manera de responder, y de no hacerlo. No era la primera vez que tenía la sensación de que le ocultaba algo. Cuando hablaba de sus viajes, siempre mencionaba a un amigo, pero este desaparecía en algún punto de sus aventuras en América, y nunca quería decirle por qué.

—Creo que no era tan fácil evadirla —fue lo que respondió—. Creo que no será fácil evadirla en un futuro. Supongo que a lo mucho que podré aspirar es a desaparecerme por unos meses, obligado siempre a volver para ponerme al día con todo.

—Pondré mi mayor esfuerzo en casarme rápido —respondió ella, sin mucho ánimo.

De pronto, se sentía de nuevo como una carga.

Él le colocó una mano sobre el hombro. Su toque y su mirada resultaron reconfortantes. Madeleine deseó estar siempre conectada con esa mirada.

—No hay prisa. Un matrimonio no se debe tomar a la ligera.

—Supongo que no.

—¿Qué tipo de hombre buscas, Madeleine?

La miró fijamente cuando hizo la pregunta, y ella sintió que había algo personal en esta.

—Pues... quiero que sea amable pero no condescendiente. Que me lleve a pasear al parque, que tenga algo más que decirme, además de que soy bonita, y que esté interesado en conocerme. Quiero que me mande flores y cuando se me proponga, se arrodille y diga un discurso muy romántico, diciendo todo lo que le gusta de mí. Si encuentro alguien así, me casaré y ya no seré una carga para ti.

—No eres una carga para mí —respondió con vehemencia.

La miró con intensidad, tanta, que Madeleine se vio incapaz de moverse. Él se inclinó un poco y colocó una mano sobre su mejilla. Madeleine quedó hipnotizada por el calor de su tacto, el brillo de sus ojos. Inconscientemente, se acercó a él, y antes de que se diera cuenta, sus labios se habían juntado.

A Madeleine nunca le habían dado un beso, y la experiencia resultó tan agradable como innovadora. Los labios de él se movieron con suavidad sobre los de ella. Eran cálidos, dulces, y despertaron todas esas sensaciones que había encerrado bajo llave en su cuerpo. Los vellos se le erizaron y sintió cosquillas en el estómago. Deseó que nunca terminara.

Pero terminó. Y bruscamente.

Él se separó de ella como si se hubiera quemado. Sus ojos se perdieron en algún punto del salón y parecía muy turbado.

Madeleine también estaba turbada. Su tutor la acababa de besar, y ella lo había permitido. ¿Por qué?

—Lo lamento —dijo él.

Sonaba verdaderamente apesadumbrado, y ese arrepentimiento, en lugar de confortarla, la irritó un poco.

—Yo... —continuó él, aunque no sabía cómo explicarse—. No estoy seguro de por qué hice eso.

Y ella no estaba segura de por qué se había dejado. Se levantó con lentitud, como envuelta en un trance, y él la imitó.

—Lo lamento, no volverá a pasar.

Y sin saber por qué, eso la hizo sentir decepcionada.

Madeleine recuperó la consciencia y su cabeza empezó a llenarse de muchas incógnitas. ¿Por qué la había besado? ¿Por qué ella había respondido? ¿Qué iba a pasar ahora con ellos? ¿Debía fingir que no había pasado nada y aceptar sus disculpas? En realidad, ¿qué más podía hacer? No estaba segura de a qué llevaría una conversación al respecto. Había sido un impulso, nada más. No tenía por qué significar nada. Sin duda, a él solo parecía causarle angustia y no placer.

—Nos vemos mañana —murmuró ella.

Caminó hasta su habitación. El cosquilleo seguía en sus labios como recuerdo del beso

placentero, y no desapareció hasta que pudo conciliar el sueño.

Por su parte, Nick se llamó idiota unas cuantas veces antes de ir a su cuarto. ¿Por qué se había atrevido a besarla? Bueno, esa respuesta la sabía. Ella estaba tan cerca, con esos ojos que pedían consuelos y esos labios gruesos que rogaban ser tocados. Él no había tenido la voluntad suficiente para resistirse, no cuando llevaba semanas queriendo hacerlo. Cada noche de baile era un placer y un martirio. Tocarla, pero no como quería. Disfrutar de su compañía sin poder acercarse.

Sin embargo, eso no excusaba que acababa de cometer la imprudencia de su vida. ¿Cómo le explicaba a una joven inocente que todo había resultado del deseo? No podía, no podía hacer más que pedirle disculpas y rezar porque eso su relación no se volviera tensa.

Era un idiota. Actuó como un adolescente incapaz de controlarse. ¿Qué estaría pensando ella de él? Debía de estar muy confundida, y él fue incapaz de aclararle todo.

Y lo peor, quería besarla otra vez.

Alejó todos esos pensamientos de su cabeza para poder dormir. Ya había cometido la imprudencia, y tendría que afrontar las consecuencias, fueran las que fueran. Pero, sobre todo, era asegurarse de que eso no volviera a pasar.

Al día siguiente, Madeleine seguía confundida. Asistió a su clase de piano, pero ambos estaban distraídos y fue más infructuosa que de costumbre. Antes de irse a desayunar, él la tomó de la mano para detenerla. El contacto despertó de inmediato el cosquilleo que se había esforzado por matar la noche anterior, y se dijo que tendría que empezar a rehuir su toque.

—Madeleine, sobre lo de anoche...

Ella levantó la mano para detenerlo. Había concluido que ninguno de los dos sabía lo que había pasado y que, por ende, lo mejor sería olvidarse. ¿Para qué someterse un momento incómodo? No era una relación tradicional, él no era un pretendiente que la estuviera cortejando. Había visto en sus ojos que, lo que sea que hubiera pasado, no había sido intencional, y Madeleine entonces prefería no recibir ninguna explicación.

—No importa —dijo, esperando que no se notara la decepción en su voz. Había luchado con ella toda la noche, ya que no entendía por qué la hacía sentir mal que él pareciera tan afligido por haberla besado.

Pero era mejor saber que así era a formarse la absurda idea de que la estaba pretendiendo.

Se excusó para marcharse antes y no fue a desayunar con él. Una vez en su habitación, se percató de que la planta que había estado creciendo estaba marrón, y decidió ir a buscar a John para preguntarle.

Lo encontró en el jardín, traspasando unas hermosas rosas. ¿Se suponía que así debía ser la suya? ¿Tan mal lo había hecho?

—Buenos días, milady, ¿cómo le va con...?

Ni siquiera terminó, observó la planta muerta que ella le ofrecía y suspiró.

Madeleine le relató brevemente todo lo que había hecho y él la miró con el ceño fruncido.

—Pero, si le dije que no le echara agua todos los días o podía secarla. Y el sol, milady, necesitan luz, al menos indirecta. Le dije que la pusiera unas horas en su ventana.

Madeleine sintió vergüenza, pero tuvo que admitirle al joven que no había prestado mucha atención cuando le dio las indicaciones por primera vez.

Todo por culpa de Nick, pensó con molestia.

John suspiró con decepción.

—Dame otra —le rogó—. Esta vez lo haré bien. Quiero que estén tan bonitas como esas —dijo señalando el rosal frente a sí.

Para su sorpresa, John cortó una rosa y se la tendió.

—Para que recuerde cuál es su objetivo —le dijo con una sonrisa—. Las plantas no solo necesitan agua y sol, milady, también que les hablen con cariño. Ellas entienden, se lo prometo. Se necesita paciencia y dedicación. ¿Segura que está dispuesta?

Madeleine asintió. Acarició los pétalos de la rosa con embeleso y luego le sonrió al ayudante.

—Está bien. Le prepararé otra. Pero esta vez, cualquier duda venga a mí, ¿está bien?

La sonrisa de Madeleine se amplió.

—Sí. Gracias, John.

—Se la mandaré con Sarah... eh... ¿no le dije nada cuando le entregó la última?

—Solo que la mandabas tú —dijo, distraída con la rosa.

—¿Mas nada sobre mí?

Madeleine lo miró con curiosidad.

—No, ¿por qué?

—Eh..., no, por nada. Cuando la prepare se la haré llegar.

El joven bajó la cabeza, avergonzando y cerrado a seguir hablando. Madeleine le colocó una mano sobre el hombro.

—Si dice algo esta vez, te lo diré —le guiñó un ojo y se marchó.

Nick observó desde la distancia cómo Madeleine regresaba a la casa, flor en mano, y la siguió. Sus rasgos estaban tensos debido al ceño fruncido que le estaba costando ocultar. ¿El jardinero acababa de darle una rosa? ¿Por qué?

Observó a Madeleine, que parecía muy contenta y observaba la rosa con fascinación. No pudo evitar recordar cuando le describió a su hombre ideal. Había dicho que le gustaría que le dieran flores... Pero no, era imposible. Una joven como ella jamás se fijaría en un jardinero.

«Ella sí», le dijo una voz en su cabeza.

Nick apretó los labios. Sí, ella sí lo haría. Conocía poco de Madeleine, pero sabía que tenía la clase de sentimientos intensos que no distinguían entre clase social. La veía enamorándose locamente de un jardinero y luego llorando con pasión al comprender la imposibilidad de ese matrimonio.

Porque era imposible. Él no lo permitiría. El duque le había dejado un encargo, y estaba seguro de que ese no era la clase de pretendientes que le hubiera gustado como yerno.

Además, solo la posibilidad de imaginarlos juntos le revolvía el estómago. Sin duda, aún no se curaba de ese extraño mal que lo atacaba cuando la miraba, o pensaba en ella.

Tenía que calmarse. Estaba armando una historia por nada. A lo mejor simplemente se había encaprichado de la flor y él se la había dado.

Entró en la casa después de ella y la alcanzó en las escaleras. Ella se giró al sentir su presencia.

—Linda flor —dijo él, intentando controlar sus emociones.

Ella sonrió.

—Me la ha dado John.

John... ¿No era mucha confianza?

—¿Por qué?

Ella se sobresaltó, y él supo que su pregunta había sido brusca. Por suerte, la joven era demasiado inocente para entender la bestia que estaba intentando controlarlo, y que le hacía hacer preguntas tan absurdas.

—Porque ha querido hacerlo.

Entonces ella no se la había pedido. Saberlo lo puso peor.

—Quiero incursionar en la botánica, y él prometió ayudarme —continuó ella.

Él no supo qué responder. Quería incursionar en la botánica... Sí, era algo que ella intentaría. Eso no explicaba por qué él le había dado una flor. ¿Vería en Madeleine un blanco fácil para ascender? Sobre su cadáver se aprovecharía de ella.

—Nick, ¿estás bien?

Se dio cuenta de que tenía los puños apretados, y se obligó a relajarse.

—Sí. Espero que tengas suerte. Buenos días.

Volvió a bajar las escaleras y salió de la casa. Era consciente de que su actitud pudo haberla confundido, porque él también lo estaba. ¿De verdad estaba sospechando que el jardinero y ella podrían tener algo porque le regaló una simple flor? Era absurdo, como también lo era su reacción posesiva, la necesidad de usar el poder que tenía para negarse.

Él no era así. Él no abusaba cuando tenía poder y, ¿qué le importaba con quién decidiera casarse ella?

Quiso decirse que era solo su sentido del deber, que le pedía estar atento a cualquier cazafortunadas que pudiera acercarse con malas intenciones. Madeleine todavía era muy joven para conocer la maldad del mundo, y aunque tenía todo el derecho de decidir con quién casarse, no podía dejar que tomara decisiones imprudentes.

Sí, se trataba de eso. Solo velaba por su bienestar. No eran celos, de ninguna manera. ¿Por qué estaría celoso? Sí, él la deseaba, pero ese el deseo nada tenía que ver con un interés más profundo, los celos sí. Por lo tanto, su reacción estaba solamente guiada por la responsabilidad que tenía hacia ella.

No obstante, tenía que controlarse. Aparte de la rosa, no había nada impropio que admitiera semejante pérdida de control por su parte. Podía haber sido solo un evento aislado. No era sensato que armara una historia con base en eso.

No era sensato que todo lo relacionado con ella le hiciera perder el control.

Ese hecho empezaba a preocuparle de verdad, y se dijo que, aunque necesitara toda su fuerza de voluntad, lograría controlarlo.

Necesitaba hacerlo si no quería que todos sus planes se vinieran abajo.

Capítulo 12

A medida que su rosa iba creciendo, Madeleine empezó a entusiasmarse por la jardinería, así que iba todos los días con John y se quedaba al menos dos horas a su lado, observando su trabajo y tomando nota de lo que hacía. Descubrió cómo podar las malas hiervas, cómo sacar la raíz de una flor para ponerla en otro lado y que germinara, y los requerimientos de algunos tipos de plantas, algunas que requerían más sol que otras, y otras, más agua.

El jardinero la observó al principio con extrañeza, pero terminó por acostumbrarse a su presencia y Madeleine cada vez estaba más emocionada, tanto, que decidió por fin renunciar a las clases de piano ante la sorpresa de Nick.

—Soy una causa perdida —le había dicho una mañana—, pero te agradezco mucho tu paciencia y dedicación.

Estuvo a punto de abrazarlo, sin embargo, lo pensó mejor y se alejó con una sonrisa, dejándolo estupefacto.

Ese mismo día le había mostrado a John cómo iba creciendo su planta, y este la había felicitado. Madeleine le confesó que le hablaba todos los días, e incluso le cantaba, y era maravilloso porque a la flor sí parecía gustarle cómo lo hacía, o eso creía ella, porque no se había marchitado por su falta de talento.

John se había reído y le había asegurado de que ella era muy talentosa. Madeleine le había dado un abrazo en agradecimiento.

Todas las tardes, Madeleine regresaba a la casa llena de tierra, para el horror de su doncella, y quizás también el de Nick, a quien había visto en varias ocasiones, cuando regresaba de sus clases y la observaba con ceño fruncido. En realidad, había estado comportándose más amargado que de costumbre. Madeleine se dijo que quizás estaba molesto porque se acercaba la fecha de su entrada a la sociedad, que sería en dos días, así que procuró no molestarlo demasiado.

Esa mañana, como de costumbre, Madeleine estaba al lado de John, observando cómo regaba unos hermosos narcisos de amarillo brillante. Ella había querido llevarse uno, pero John le pidió que esperara a que florecieran más, para que el señor Walker no notara su falta y lo regañara.

—Usted podrá ser la dama de la casa, milady, pero el señor Walker dice que este es su jardín, y primero muerto a que alguien se lo arruine.

Madeleine se rio. Conocía desde hacía tiempo al jardinero, y sabía de su carácter huraño y su necesidad de que todo tuviera armonía.

—No quiero ser yo quien moleste al señor Walker —aseguró con una sonrisa cómplice.

—Oh, milady, mire nada más como tiene su vestido, y no es más que mediodía —dijo la voz airada de su doncella a sus espaldas.

Madeleine se rio y se giró para observar a Sarah. De pie frente a ellos y con los brazos cruzados, parecía una dura institutriz regañando a dos pequeños. Parecía tener solo veinte años.

—En la tela negra casi no se nota —argumentó Madeleine, pero Sarah no cambió su expresión indignada.

—Tú —dijo refiriéndose a John—, no deberías dejar que milady se ensucie de esa manera. Ella es una dama.

El joven se sonrojó. Madeleine ya había notado que le sucedía con frecuencia cuando su doncella estaba cerca, y creía saber por qué.

—Vamos, Sarah, no puedes culpar a John por algo que quiero hacer yo. Él solo es un joven amable que tiene que lidiar conmigo.

Sarah soltó un chasquido de reprobación y se marchó con los hombros rectos y la mirada de alguien que tiene que soportar un duro trabajo.

—Voy a desquiciarla uno de estos días —comentó Madeleine con humor.

—No lo creo, tiene mucho carácter —comentó John con los ojos brillando de algo que solo podía ser amor.

—Te interesa, ¿verdad? —indagó Madeleine sin poder contenerse.

El joven desvió la mirada.

—Bueno, yo...

—Te interesa —aseguró ella como quien acababa de descubrir un secreto importantísimo—. ¿Por qué no se lo dices?

Él la miró con horror.

—¿Decírselo?

—Sí. Si tienes un interés serio en ella, debes hacérselo saber, o cómo piensas que vas a conquistarla.

—Es que... yo... bueno, no quiero conquistarla.

Madeleine lo miró sin entender.

—Pero sí te interesa.

—Sí, pero...

—Si alguien te interesa, lo ideal es cortejarla —dijo. Para ella no había nada más que tuviera lógica.

—Es que no creo que yo le guste a ella —confesó el joven con vergüenza—. Siempre que me habla, lo hace con indiferencia.

—Creo que es parte de su carácter —reflexionó Madeleine—, pero si no haces un esfuerzo por cortejarla, ¿cómo quieres que te haga caso?

La expresión de él se volvió pensativa, como si jamás lo hubiera considerado. Madeleine continuó:

—Tienes que llamar su atención. Dale flores, habla con ella, dile cumplidos. A las mujeres nos gustan los cumplidos, pero no solo elogies su belleza, dile también qué te gusta de ella.

El joven se puso pálido, como si acabara de pedirle que cometiera un asesinato.

Madeleine se dijo que sería más difícil de lo que pensó.

—Hagamos esto. Finge que soy Sarah, y dime lo que le dirías a ella.

Él la miró poco convencido.

—Es difícil verla como Sarah, milady.

—Haz el esfuerzo —apremió ella—. Vamos, dime qué te gusta de mí.

Él se aclaró la voz.

—Bueno, me gusta su... eh... su cabello.

Madeleine fingió cara de interés:

—Ah, sí, ¿por qué?

—Pues... me recuerda a la grama seca.

Ella frunció el ceño.

—Continúa —dijo, recelosa.

—Y tus ojos, son del color del agua que se acumula encima de la tierra

—¿Eso es?

—Marrones —respondió como si fuera obvio—. Y tu carácter, me gusta que tengas el carácter de una mujer que es capaz de golpear a alguien con una escoba.

Madeleine alzó una mano para que se detuviera.

Él la miró con aprensión.

—¿Lo he hecho mal?

—Creo que tenemos que trabajar en tus comparaciones.

Se puso de pie y se sacudió la tierra del vestido. Él iba a imitarla, pero ella le hizo un gesto para impedirlo.

—Escúchame, vamos a hacer esto como si fuera una declaración de matrimonio, ¿está bien? Ninguna mujer se resiste a una declaración así. Híncate y mírame como si no hubiera nadie más en el mundo que yo.

Él cumplió la primera orden, pero la segunda le costó. Supuso que aún le era imposible imaginársela como Sarah, así que ella confió en que esa parte del plan saliera bien cuando estuviera frente a su verdadero amor.

—A ver, si te gusta su cabello, tienes que decirle que te recuerda a la belleza de las hojas otoñales, y que, si te deja tocarlo, serás el hombre más feliz del mundo por poder disfrutar de su

suavidad. Dile que sus ojos son como el agua del que se alimentan las plantas, y al igual que ellas no pueden vivir sin estas, tú no puedes vivir sin mirarlos. Y su carácter, dile que te fascina su determinación, la fortaleza que demuestran sus gestos, que es una mujer muy valiosa y que estarías encantado si te permitiera compartir tiempo con ella para seguir deleitándote con su personalidad. ¿Has entendido?

Su expresión era completamente confusa.

—Creo.

Madeleine se inclinó y cortó un narciso.

—Pero, milady, le he dicho que...

—Uno no debe escatimar en gestos cuando se trata de la mujer que ama —explicó ella y le entregó la flor—. Cuando termines la declaración, se la obsequias. Sé que a Sarah le encantan los narcisos. Bien, te escucho.

Él se aclaró la voz. Tardó mucho en comenzar a hablar, pero Madeleine esperó con paciencia. Le sonrió para darle ánimos.

—Yo... bueno... yo... quería decirte que hay muchas cosas de ti que me gustan. Este... tu cabello me recuerda a la belleza de las hojas otoñales... y tus ojos, son para mí lo que el agua es para las plantas, no puedo vivir sin mirarlos. Tu carácter me enamoró desde el primer día. Me gusta tu determinación, tu fortaleza, y, sobre todo, la dulzura que sé que escondes tras esos rasgos duros. Sé que quizás no soy lo mejor que podrías conseguir, pero si aceptas darme una oportunidad, me esforzaré cada día por ser el hombre que mereces.

Le tendió la rosa que Madeleine recibió con los ojos aguados. Eso había sido más bonito de lo que esperó.

—Oh, John —musitó tomando la flor—. Por supuesto que acepto. Y te aseguro que eres todo lo que necesito.

Él esbozó una pequeña sonrisa. Estaba poniéndose de pie cuando una voz los interrumpió.

—Eso creo que podría cuestionarlo —dijo Nick con desdén.

Madeleine lo había visto acercarse, pero no le había prestado demasiada atención para no distraer a John. Parecía... no, estaba molesto. ¿Por qué?

John se había puesto de pie e hizo una nerviosa inclinación de cabeza a Nick.

—Excelencia.

Nick le respondió con una mirada que hubiera podido matar a un valiente. Madeleine no entendía la razón de tanto disgusto. La tomó del brazo con cierta brusquedad y la instó a caminar hacia la casa.

Ella murmuró una despedida rápida a John que no hizo más que conseguir que Nick acelerara el paso.

Fuera cual fuera la razón, estaba a punto de descubrirla.

Nick aún no podía creer lo que había escuchado.

Se le había declarado. Ese jardinero había tenido la osadía de declarársele a Madeleine, y esta la imprudencia de aceptarlo.

Nick todavía estaba asimilando lo que había escuchado.

Llevaba días observándolos. Pasaban al menos dos horas juntos cada mañana o tarde, y siempre que los veía, Madeleine le estaba sonriendo. Al principio, intentó ser razonable. Él le estaba enseñando sobre jardinería, eso era todo. Sin embargo, con el pasar de los días, empezó a dudar de que solo esas fueran las intenciones del jardinero.

Había visto como poco a poco aumentaba la confianza entre ambos. Madeleine se sentaba más cerca de él, reía más, e incluso, una tarde notó que lo abrazaba. No supo cómo se controló para no interrumpir en ese momento, pero ahora se decía que, si lo hubiera hecho, la situación quizás no habría llegado tan lejos.

No obstante, no importaba que tan lejos hubiera llegado. Él se encargaría de resolverlo.

Llevó a Madeleine al despacho y puso seguro a la puerta. Madeleine lo estaba mirando con confusión, y él se preguntó si acaso creía que iba a aceptar ese matrimonio sin ninguna protesta. Una cosa era querer casarla para obtener su libertad, y otra casarla con un jardinero. Las clases sociales no siempre eran justas, pero existían, y no sería él quien apoyara un matrimonio tan poco convencional. No cuando Madeleine no sobreviviría ni un día pasando carencias.

—¿Te has vuelto loca? —la increpó mientras se servía whisky de una botella que había sacado de la estantería.

Ella lo volvió a observar como si su actitud fuera incomprensible.

—No que yo sepa. ¿Puedo saber por qué estás tan molesto?

—Mira, Madeleine, soy consciente de que no soy tu padre, y que quizás creas que no tengo derecho a cuestionar tus decisiones, pero me tomo en serio mis responsabilidades, y bajo ningún concepto voy a permitir que te cases con un jardinero.

Ella parpadeó, perpleja. Nick sabía que estaba analizando sus palabras, y aprovechó su estado de estupefacción para continuar.

—Conociéndote, me dirás algo de que las clases sociales no importan si hay amor verdadero, y no sé cuánta cosa más. Pero te aseguro que sí, importa, y mucho. Hasta yo sé que un matrimonio así significaría el destierro de la sociedad, y no sobrevivirías un día como señora de una casa con escasos recursos.

Los labios de ella temblaron. Nick imaginó que estaba a punto de llorar y bebió el contenido de su copa de un trago antes de acercarse a ella. Le puso las manos sobre los hombros.

—Quizás me odies, pero tengo un deber y no lo dejaré de lado. ¿Qué crees que pensaría tu padre si dejara que te casaras con un jardinero? Soy consciente de que quizás pudo haberte

envuelto con sus palabras bonitas y sus gestos, pero piénsalo con objetividad. Esa propuesta ni siquiera fue buena. Nunca he visto una hoja de otoño negra. Y eso de que no puede vivir sin mirarte... bah, debe decírselo a todas. Además, ha dicho que tienes rasgos duros. Vil mentira, si tienes las facciones de un ángel. Querida mía, tienes que recapacitar.

Entonces, ella hizo algo que no se esperaba: se echó a reír.

Esta vez fue él quien la miró con estupefacción. Ella dio un paso hacia atrás y la fuerza de su risa lo confundió todavía más. ¿Pero qué diablos...?

—Oh, no me digas que has creído que... que John y yo... —Una carcajada interrumpió su discurso. Nick cruzó los brazos, esperando escuchar algo que sabía que no le iba a gustar—. No me digas que creíste que John se me estaba declarando a mí —dijo finalmente, con la respiración agitada por la risa.

—Pues considerando que estaba hincado frente a ti, y te estaba pidiendo que le dieras una oportunidad, sí, lo creí. ¿No es así?

La posibilidad de haberse equivocado lo llenaba tanto de ilusión como de vergüenza.

—No. A él le interesa Sarah, mi doncella, pero no sabía cómo decírselo. Yo solo me ofrecí a que practicara conmigo. O, Nick, pero ¿de dónde sacaste la idea de que podría haberme comprometido con él?

Parecía realmente incrédula, como si su comportamiento las últimas dos semanas no hubiera dado pie a creerlo.

—Pues has pasado mucho tiempo con él... —dijo, aunque ya empezaba a sentirse como un idiota.

—Me estaba enseñando jardinería —le recordó ella—. Y puede que nos hayamos hecho amigos en el proceso, eso es todo.

Amigos. A Nick tampoco le gustaba cómo sonaba eso.

—John es muy buena persona —continuó Madeleine, como si no quisiera dar la impresión de que lo despreciaba—, pero soy consciente de que una relación entre ambos sería... complicada.

—¿Complicada? Imposible, diría yo. Por un momento pensé que habías perdido el juicio.

Ella se tensó, la diversión desapareció de su rostro y Nick se preguntó si habría dicho algo que la ofendió.

—¿No crees que tengo suficiente juicio para saber de quién sería imprudente enamorarme?

Ah, eso la había ofendido. Él supo que tenía que cuidar sus palabras.

—No se trata de eso. Sucede que eres muy... emocional. Pensé que quizás, por el fervor del momento, no evaluaras las consecuencias.

Ella seguía frunciendo el ceño, así que Nick, desesperado, continuó.

—También consideré la posibilidad de que él te hubiera engañado.

—¿John?

Lo dijo como si lo considerara absurdo.

—Sí, John. No sería la primera vez que alguien con... menos recursos quisiera valerse de una heredera para subir de estatus. ¿Estás segura de que está interesado en tu doncella?

No podía descartar la posibilidad de que el joven utilizara eso como excusa para ganarse la confianza de Madeleine.

—Entonces... —dijo lentamente—. ¿Crees que sería lo suficientemente tonta para no discernir entre quien me quiere de verdad y alguien que solo busca embaucarme con palabras bonitas para conseguir mi fortuna? ¿O para descubrir que intentan engañarme?

Su indignación le hizo saber que lo acababa de empeorar todo.

—No es eso lo que quise decir.

—Pues yo he entendido eso. —Envaró los hombros—. Agradezco tu preocupación, Nicholas, pero te aseguro que, así como no hay una relación entre nosotros, tampoco hay ninguna intención de parte de John hacia mí... Me atrevería incluso a asegurar que él me tiene más confianza de la que tú acabas de demostrar en mí.

Salió de la habitación, furiosa, y Nick se permitió soltar una serie de maldiciones.

Analizó la situación.

Sin duda, acababa de cometer el error más idiota de su vida, y aunque tenía varias pruebas que podrían haber justificado su alocada conclusión, ninguna le servía en ese momento para mitigar su vergüenza. Y era que, no conforme con haber quedado como un idiota frente a ella, la había hecho enojar al insultar su inteligencia.

Y todo porque se había puesto celoso.

No valía la pena seguir negándolo. En cuanto vio al joven ese, arrodillado frente a ella, prometiéndole amor eterno, se había sentido celoso. Solo Dios sabría por qué, pero había temido que ella se alejara siempre de su vida.

«Esto no puede continuar así, Nick», se dijo. Él tenía planes que no quería cambiar, y si continuaba con esa actitud, solo terminaría lastimando a Madeleine. No podía hacerlo.

La mejor solución sería casarla lo más pronto posible. Seguramente le dolería alejarse de ella. Extrañaría sus horribles canciones en el piano, su conversación incesante y su aspecto desarreglado, pero con el tiempo todo volvería a la normalidad, una vez pudiera volver a la vida que ese ducado y unas malas decisiones le habían arrebatado. Además, se marcharía con la conciencia en paz de haber cumplido con su responsabilidad.

Tenía que conseguirle un esposo a Madeleine, porque era lo que le habían encomendado, porque era lo que necesitaba, y porque era lo correcto.

Lástima que hacer lo correcto no siempre se sentía bien.

Capítulo 13

El baile de lady Richmond era tal y como lo recordaba. El salón era amplio, estaba bien iluminado, y la gente hablaba y sonreía debido a que el ambiente instaba a estar de buen humor.

Madeleine respiró hondo una, dos y tres veces. Estaba nerviosa por su primera aparición en esa temporada, pero también se sentía segura y confiada de que todo saldría bien. Tenía un vestido color lila con dobladillo de color blanco y flores del mismo color que le adornaban el corpiño. A fuerza de muchas horquillas y jalones, Sarah había logrado que su peinado sobreviviera al viaje, a pesar de que estuvo todo el trayecto inquieta, tirando de los mechones que había dejado caer sobre su frente.

Todo era perfecto, excepto, quizás, la compañía que sostenía su brazo con más fuerza de la que era consciente.

Madeleine miró de reojo al duque, y admitió con reticencia que estaba muy apuesto. Tenía un traje hecho a medida para la ocasión, con una camisa blanca bien almidonada, un chaleco color gris, frac y pantalones negros. Unos gemelos de oro adornaban su muñeca y un moño negro había sido bien anudado en su cuello. Había peinado sus cabellos hacia atrás, y desaparecido cualquier rastro de barba, lo que quitaba un poco ese aire salvaje que lo caracterizaba y lo convertía en un respetable caballero que pronto sería asediado por muchas damas.

Esa imagen le generó una punzada de disgusto que se apresuró a apartar. ¿Qué le importaba que lo asediaran? Ella ya le había dicho lo que tenía que hacer, y no pensaba repetírselo porque seguía molesta por su comportamiento de hacía dos días.

Centró su mirada en su tía, pues sentía que, si lo seguía observando, caería presa de la preocupación de su mirada y terminaría por perdonarlo. Lady Dudley miraba todo con fascinación. Madeleine sabía que llevaba esos dos meses esperando a poder asistir a un evento así de importante. Presentía que incluso la abandonaría a la primera oportunidad.

Una mujer elegante se acercó a ella. Tenía los cabellos rubios, apenas pintados por algunas canas, sujetos a la coronilla. Vestía un espectacular atuendo color vino y les sonreía con amabilidad.

—Lord Clarence, lady Margaret, lady Dudley, me honra tenerlos en mi velada —comentó la dama con una sonrisa angelical.

Más que honrada, lady Richmond estaba eufórica. ¿Por qué no lo estaría? El nuevo duque había decidido hacer su primera aparición en su fiesta, junto con la joven que prometía ser uno de los diamantes de la temporada. Todo el mundo hablaría de esa velada, y eso era lo que lady Richmond quería.

—Nos honra que nos haya invitado, milady —dijo Nick con educación.

—Querida, tus hermanas estaban cerca de la mesa de postres, si quieres ir a saludarlas. En cuanto a usted, lord Clarence, ¿le importaría acompañarme? Me gustaría presentarle a algunas amigas.

Nick miró a Madeleine con angustia, pero esta se zafó de su brazo, dejándolo libre para que lady Richmond lo tomara. Ella ya le había advertido que sucedería y lo único que pudo hacer fue desearle suerte con la mirada.

Lady Richmond lo tomó del brazo y Madeleine aplastó esa punzada de celos que se despertó ante la idea de él conociendo a otras mujeres.

—No reserve el vals, lady Madeleine. Tengo un compañero ideal para usted.

Se marchó antes de que ella pudiera replicar, y le dio la impresión de que el duque se tensaba.

—Querida, iré a saludar a una amiga. En un momento regreso. Puedes ir a saludar a tus hermanas mientras tanto —dijo su tía antes de encaminarse hacia unas damas que no conocía.

Madeleine no tardó en ubicar a sus hermanas. Estaban frente a la mesa de postres. Samantha observaba todo con curiosidad mientras Emily se devoraba un pastelito con crema.

—Madeleine, cariño, te ves hermosa —dijo Samantha en cuanto la vio.

Después de su cumpleaños, las había visto con menos frecuencia. Al principio, habían ido los días posteriores para asegurarse de que estaba bien, y cuando lo confirmaron, sus visitas se redujeron. Amanda se había marchado al campo para pasar su embarazo, y Emily y Samantha aparecían dos veces a la semana por la mansión.

—Todos te están observando —acotó Emily.

Madeleine paseó la vista por el salón. Algunas mujeres la veían con curiosidad, otras con fastidio, pero muchos caballeros la observaron con interés.

—Como no —dijo Madeleine con sarcasmo—. Acaban de regresar al mercado diez mil libras de dote.

—¡Madeleine! —la reprendió Samantha, sorprendida porque esta no solía hablar con tanta amargura.

No pudo evitarlo. Recordar por qué les parecía a todos tan interesante la ponía melancólica. Se había propuesto conseguir un esposo, tenía la esperanza de encontrar a alguien que viera más allá de lo que ofrecía económica y socialmente, pero aún tenía el miedo de no poder conseguirlo, y tener que conformarse con alguno que la quisiera como una linda muñeca de aparador.

—Me pregunto quién será el primero en pedirte un baile —dijo Emily.

—Yo creo que será lord Spencer. La está observando con mucho interés.

Madeleine recordaba vagamente a lord Spencer. Había sido uno de sus pretendientes la

temporada pasada. Un petimetre que solo sabía hablar de sí mismo y asentía con condescendencia a lo que Madeleine dijera. No quería bailar con él.

—Yo creo que será el marqués —opinó Emily, señalando con la cabeza a un hombre de mediana edad y porte elegante, que Madeleine no recordaba haber conocido—. Acaba de terminar el luto por su esposa —le confió Emily.

—No quiero casarme con un viudo —protestó Madeleine—. Trae mala suerte.

—Sin duda, un argumento irrefutable —dijo una voz burlona a sus espaldas—. ¿Me concede este primer baile, milady?

Madeleine soltó un jadeo cuando reconoció al hombre fornido, de cabellos negros y rasgos duros que tenía delante de sí. Sus hermanas también lo reconocieron, pero sus expresiones estaban lejos de mostrar felicidad.

—¡William! —exclamó con entusiasmo, aceptando la mano que le tendía—. Por supuesto.

—Querida, quizás deberías... —comenzó a decir Emily, pero calló en cuanto su hermano posó la vista en ella.

Siempre había sido incómodo tratar con él. Tenía el tipo de rasgos que intimidaban y una mirada muy dura, pero desde que sabían que era su hermano, su nombre se había vuelto casi un tabú. No sabían cómo reaccionar en su presencia, al menos ella. Madeleine había decidido desde hacía tiempo que eso no interferiría en el cariño que ya le tenía.

William les hizo una inclinación de cabeza a modo despedida y la condujo a la pista de baile, donde parejas entusiasmadas ya se estaban posicionando.

—No te veía desde hace un año —le reprochó Madeleine.

Específicamente desde el día del funeral de su padre, poco después de que este les confesara que era su hijo. Habían sido días incómodos. Sus hermanas, que ya parecían sospecharlo, intentaron fingir que nada había pasado, pero para Madeleine eso cambiaba todo. Siempre había querido tener un hermano, y le parecía inconcebible fingir que el que tenía no existía. Cuando se recuperó del dolor inicial por la muerte de su padre, le había escrito algunas cartas que él había respondido con pocas ganas. También lo había invitado a verla, cosa que no había sucedido.

—El tiempo pasa muy rápido —respondió él, evasivo.

Pero ella no estaba dispuesta a dejar que la mareara.

—No me fuiste a visitar.

Él suspiró, como si hubiese sabido que recibiría reproches. Llegaron a la pista de baile y tuvieron que ocupar sus respectivas posiciones, por lo que se salvó de responder. Sin embargo, en cuanto inició la pieza, Madeleine aprovechó cada encuentro para hablarle.

—¿Y bien?

—Tengo entendido que las mujeres que están en luto no pueden recibir visitas.

—Una cada tanto no hubiera sido reprochable, después de todo, somos familia —le recordó ella.

«Y más cercana de lo que todos se imaginan», quiso decirle. Pero no era necesario. Él lo entendió.

—Me disculpo por la ausencia —fue todo lo que dijo.

Una disculpa tan real como las veces que prometió ir a visitarla en su casa.

—Tampoco estuvo en la lectura del testamento.

Él apretó los labios. La pieza los separó, y cuando volvieron a encontrarse, había conseguido dominar su semblante.

—No era necesario.

—Amanda ha rechazado su generosa donación.

Él curvó los labios.

—Me hubiese sorprendido lo contrario.

—Yo tampoco la deseo. Ese dinero es suyo.

—No lo quiero, Madeleine. Cedí en muchas cosas en su lecho de muerte, pero no pienso aceptar su dinero.

Era un tema delicado, y Madeleine se dio cuenta de que era mejor no seguir adelante con este. La pieza terminó y las parejas empezaban a regresar a su lugar, listos para buscar a su próximo compañero de baile. Él la condujo hacia donde estaban sus hermanas, aunque caminaba con lentitud.

A su lado, pasó el duque del brazo de una joven dama que ella no conocía, debutante, supuso. Este inclinó la cabeza y siguió su camino, mientras fingía escuchar lo que sea que la bella mujer le decía. Sin duda, lady Richmond tenía buen gusto, porque la señorita no solo era hermosa, si no que tenía un porte elegante y una apariencia impecable, no como ella, que ya sentía que empezaba a soltársele el cabello.

Madeleine debió seguirlo con la mirada más tiempo del necesario, porque William le dijo:

—Es el nuevo duque, ¿verdad?

Ella asintió, avergonzada por haber sido descubierta espiándolo.

—¿Lo conoce?

—No he tenido el gusto.

Cualquiera en su lugar, estaría resentido porque un extraño tuviera el título que a él le hubiera correspondido si su padre se hubiera casado con su madre. Sin embargo, Madeleine conocía lo suficiente a William para saber que, al igual que la herencia, el título le era indiferente.

—Pero ¿sabes algo de él? —insistió.

Amanda le había comentado alguna vez que William sabía muchas cosas de los miembros de la alta sociedad, aunque jamás le había dicho la razón. Solo que era un hombre con el que había que tener cuidado.

—Lo único que sé es que desde hace dos meses ha aceptado que invadas su casa porque no te has querido quedar con tus hermanas —dijo en tono burlón.

Madeleine frunció los labios.

—También es mi casa.

—Como dije, debe ser un hombre con mucha paciencia.

De haber tenido su abanico en la mano, le habría dado un golpe. No obstante, le expresó con su mirada el disgusto por su comentario. Él respondió con un esbozo de sonrisa.

—¿Por qué me has invitado a bailar?

Viniendo de William, le parecía muy extraño. Por lo que sabía, ni siquiera le gustaba bailar.

—Oh, he tenido el infortunio de toparme con un amigo y su esposa, los barones de Clifton, y lady Clifton comentó que, como acababas de regresar a la sociedad, algunos caballeros podrían sentirse cohibidos de pedirte el primer baile, así que debía hacerlo yo. Es difícil negarle algo a la baronesa, sobre todo cuando tu esposa se muestra de acuerdo con ella.

Considerando que la baronesa había sido pupila de la duquesa de Richmond, a Madeleine no le extrañaba. Había hablado con ella en contadas ocasiones. Era una mujer bonita y agradable, aunque algo intensa.

Decidió no ofenderse porque él no hubiera considerado por sí solo la idea. Ser distante era parte de su personalidad.

—¿Irás a visitarme?

Parpadeó y compuso su mejor cara de ruego. Ni siquiera William pudo resistirse a ella, porque suspiró con resignación.

—Lo haré. ¿No le molestará al duque? —preguntó echando un vistazo al lugar en donde estaba, de pie, junto con otra dama diferente a la primera.

Madeleine esta vez no se permitió mirarlo demasiado.

—¿Por qué lo haría? Si no vas a visitarme, iré yo. No te librarás de mí, William.

—No, ya sé que no.

Quizás otra persona hubiera considerado su comentario desagradable, pero Madeleine sabía que solo estaba resultando difícil para él, así como lo era para todos. Su situación no era culpa de ellos, pero los errores de sus padres siempre serían un peso con el que tendrían que cargar. Ella sabía que él, a su manera, las apreciaba, si no, no hubiera pedido dividir entre ellas su herencia. Además, Amanda lo tenía en estima, y pocas personas se ganaban su respeto.

La dejó junto con sus hermanas y se despidió con una inclinación de cabeza. Como predijo lady Clifton, ese baile fue el impulso que muchos caballeros necesitaron para invitarla. Bailó el cotillón con lord Spencer, y el minué con el marqués. Llenó su carnet de baile, y la única pieza disponible era el vals. Cuando llegó el momento, esperaba ansiosa a que lady Richmond apareciera. La noche había ido bien, pero no extraordinaria. Sus pretendientes, tanto nuevos como antiguos, entraban en el molde que se había hecho de ellos. Eran educados y amables, pero en su mayoría la trataban con condescendencia, algo a lo que Madeleine tenía menos tolerancia que antes.

La duquesa era conocida por tener un buen ojo para los pretendientes, así Madeleine se atrevía a guardarle un poco de fe a ese.

—Seguro es un soltero muy codiciado —comentó Samantha—. La duquesa siempre se pone como objetivo casar a los solteros codiciados.

—El problema es que esos nunca quieren casarse —añadió Emily.

—¿Y qué importa si quieren o no? Lady Richmond nunca les deja opción —replicó Samantha con diversión.

—Por cierto, ¿alguna ha visto a la tía Agatha? —preguntó Emily—. Ni siquiera ha venido a saludarnos.

—Espero que sea mejor carabina de lo que es ahora, querida —advirtió Samantha.

—Oh, sí —mintió Madeleine—. En casa es una carabina excelente.

Bajo su custodia solo le había robado un beso.

—Lady Madeleine.

La llegada de la duquesa la sobresaltó. Se giró de inmediato, y casi da un paso hacia atrás cuando se percató de quién era su acompañante.

Nick.

—Espero que no haya reservado el vals —dijo lady Richmond con una sonrisa calculadora.

Madeleine estuvo tentada a decirle que sí. ¿No se le habría ocurrido...?

—No, milady.

—Excelente, porque estoy segura de que el duque querrá bailar al menos una vez con su pupila, ¿no, milord?

—Por supuesto —respondió. Era una respuesta ensayada, que evidentemente había ido perfeccionando en la última hora.

—Entonces los dejo, porque ya va a comenzar. ¿Dónde se habrá mentido mi esposo...?

Se marchó sin decir más. Madeleine observó a Nick, que a su vez la miraba como si esperara que ella decidiera.

Madeleine le tendió la mano, solo porque disgustar a la duquesa nunca era buena idea.

—¿Cómo ha estado su noche? —preguntó Madeleine cuando asumieron la posición en la pista de baile—. He visto que ha bailado todas las piezas.

—La duquesa se ha encargado de ello. No me soltó hasta que me presentó al menos a seis damas y me sugirió sin tacto que les pidiera un baile. No recuerdo a las matronas tan impertinentes —dijo con fastidio.

—La duquesa es particular —argumentó Madeleine—. Le dije que sería toda una aventura.

Él esbozó una sonrisa amarga. El baile empezó. La sensación de estar en sus brazos se volvió familiar, y de nuevo, su cuerpo parecía exigir más cercanía que la debidamente correcta. Él, en cambio, parecía tenso.

—También la vi bailar todos los bailes. Me comentaron que su primera pareja era el señor Rednoy.

—Así es.

—Parecía estar muy familiarizada con él.

Madeleine no entendió el motivo del desdén en su voz.

—Creo que una vez comenté que nos conocemos desde hace tiempo.

Él inclinó la cabeza para dar por cerrado el tema, aunque Madeleine sospechaba que había algo que no le gustaba, pero no quería decírselo.

—¿Algún caballero en particular que te haya llamado la atención?

Ella no respondió de inmediato porque se distrajo con su cercanía. Recordó las veces que habían practicado en el salón, cuando muchas veces no había guantes que impidieran el contacto, y su piel cosquilleó, su cuerpo reclamó. No entendía qué tantas formalidades cuando conocía la dicha de saltárselas. Su cerebro sí lo comprendía, pero no tenía suficiente fuerza para hacer callar a las otras emociones.

—Ninguno —dijo después de un minuto—. Creo que casarme será más complicado de lo que desees.

—Ya te dije que no hay presión.

Bailaron unos minutos en silencio. Madeleine decidió que, en lugar de preocuparse por lo que le provocaba su cercanía, lo disfrutaría. No sabía si tendría otra oportunidad como esa. Bailar con un tutor una vez en cada velada podría considerarse normal, pero bailar el vals ya era una declaración más íntima, sobre todo si se miraban como lo estaban haciendo en ese momento. Madeleine sabía que lo observaba con intensidad, pero solo porque él estaba haciendo lo mismo.

—Y... —Sentía la boca seca—. ¿No hay ninguna dama que te haya llamado la atención?

—Ya sabes que no quiero casarme.

Antes esa declaración no había logrado alterarla, pero en ese momento le generó una punzada de dolor difícil de explicar.

—¿Y ninguna te ha tentado a cambiar de opinión?

Su respuesta fue una mirada aún más intensa, que pasó de sus ojos a su rostro. Ella dio un traspié. Él la sujetó con más fuerza por la cadera, y eso consiguió que estuviera un centímetro más cerca que antes. Seguía habiendo una distancia prudencial entre ambos, pero Madeleine sentía que todo lo que los separaba no era más que una ilusión, que podría desaparecer en cualquier momento para permitirle estar en sus brazos. Él inclinó la cabeza y ella alzó la suya por instinto. Su respiración se aceleró. Y entonces, la pieza terminó.

Separarse costó mucho esfuerzo y tomó una eternidad. No quiso mirar a su alrededor, en parte porque era consciente de que tal vez había llamado la atención de otras parejas, y también porque no quería dejar de observarlo. Quería grabarse la imagen de su rostro como si de algo sagrado se tratara. Como si necesitara tener sus rasgos claros para recordarlos cada día de su vida.

Y fue esa idea la que rompió el hechizo. ¿Qué le estaba pasando?

—Espero que sigas divirtiéndote —le dijo y empezó a caminar hacia sus hermanas. No dejó que la acompañara, y él no insistió en hacerlo.

Cuando se reunió con sus hermanas, estaban conversando con otras damas, por lo que lo único que recibió fueron miradas de extrañeza que decían «tenemos que hablar». Por suerte, no hubo ocasión para eso. Madeleine se aseguró de mantenerse ocupada y desviar la conversación cuando la insinuaban. No quería explicarles qué había pasado con Nick porque ni siquiera ella lo sabía.

Después de ese baile, el resto de sus compañeros le resultaron más anodinos que de costumbre. Ninguno le despertaba la intensidad de Nick, el deseo de perderse en su mirada. Las ganas de besarlo. Dios la perdonase, pero había deseado que la besara, y si lo hubiese hecho, no le habría importado que el salón estuviera lleno de personas.

«Qué voy a hacer», pensó. Sus sentimientos por él se estaban saliendo de control, y según su declaración de no casarse, dejar que crecieran solo podía terminar mal.

Muy mal.

Capítulo 14

Los días siguientes fueron bastante ajetreados. Llegaron varias invitaciones a su puerta, y muchas visitas también.

Madeleine había podido deshacerse de la mayoría, argumentando que no había compañía adecuada para recibirlos, pero después de unos días, quizás por intervención de sus hermanas, la tía Agatha había decidido pasar más tiempo con ella en casa en lugar de salir con sus nuevas amigas a tomar el té, así que varias tardes soportó a caballeros que les gustaba alardear de sus conocimientos en ciencias, en caza, o en alguna otra actividad que los honrara. Cuando le cedían el turno al Madeleine para que presumiera sus talentos, esta tenía que admitirles con pesar que no se le daban bien demasiadas cosas, y aunque en varias ocasiones intentó comentar sus progresos en la jardinería, para ese momento ellos ya habían dejado de prestarle atención y redirigían la conversación a otros lados, después de todo, la pregunta siempre era por cortesía y no por verdadero interés.

Una semana después de su gran regreso a sociedad, Nick le confesó que había recibido tres solitudes formales para cortejarla. Una era de lord Spencer, otra del marqués viudo y otra de un barón.

—¿Y las has aceptado? —preguntó Madeleine con horror. Ninguno de los tres le agradaba.

—He logrado evadir la del marqués, argumentando que prefería para ti un hombre que no tuviera ya hijos, pero me temo que no he encontrado razones para disuadir a los otros dos. No te preocupes, Madeleine, aceptar un cortejo no es aceptar un matrimonio. Recuerda que para eso también necesito tu permiso —se burló él.

La relación entre ambos se había amenizado en esos días, tal vez porque se veían poco y el rencor que Madeleine le guardaba por las insinuaciones que había hecho tras lo de John se había convertido en añoranza por su presencia. Varias veces se había encontrado extrañando sus clases de piano. Las conversaciones tras las prácticas de baile, y también las comidas juntos. Nick parecía estar huyendo de algo, pasaba muy poco tiempo en casa y se había negado a ir a aquellos pequeños actos sociales que surgieron después de la velada.

Si no fuera absurdo, Madeleine pensaría que la estaba evitando. No obstante, creía que solo había quedado agobiado, por lo que su nueva posición representaba para las damas, y necesitaba unos días para calmarse.

—Tienes que ir a la velada del sábado —le recordó Madeleine—. Ya has confirmado asistencia y sería grosero no asistir.

Él asintió secamente con la cabeza, confirmando su teoría de que los salones de baile no

serían su lugar favorito. Madeleine le puso una mano sobre la de él, causando que la otra, que llevaba un cubierto a su boca, detuviera abruptamente el trayecto.

—Sobrevivirás —dijo ella, con real intención de animarlo.

Él observó fijamente la unión de sus manos.

—No estoy seguro de eso.

Y ella le dio la impresión de que no hablaba de bailes.

Al día siguiente, después de una productiva clase de jardinería en la que le había mostrado a John el progreso de su planta y había ayudado a quitar las malezas del jardín, Madeleine regresó a la casa de buen humor, no solo porque por fin algo se le estaba dando bien, sino porque el joven le había confesado que Sarah había accedido a darle una oportunidad, y ella se atribuía el éxito de ese romance.

Se dirigía a su habitación cuando escuchó que tocaban la puerta. No prestó demasiada atención y llegó a su cuarto, donde poco después su doncella llamó.

—Milady, el señor Rednoy desea verla. ¿Le digo que está ocupada?

—Oh, no —dijo Madeleine, horrorizada ante la idea de rechazarlo y no volverlo a ver—. Llévelo al salón del té y díganle que en un momento bajo.

—Pero, milady —protestó Sarah, observando su atuendo lleno de tierra. Como ya no vestía de negro, el desastre era más notorio—, no está presentable. Y lady Dudley tampoco se encuentra para hacerle compañía.

—A William no le importará mi aspecto, y no necesito compañía. Es mi primo.

Sarah la miró con escepticismo. Para ella ni siquiera la relación que tenía con Nick podía considerarse consanguínea cercana, así que la que tenía con William era inexistente. No obstante, no protestó más y asintió con la cabeza.

—Manda a que preparen el té —le gritó Madeleine antes de que esta se marchara.

Se sacudió un poco la tierra del vestido y deshizo lo que quedaba de la trenza que le habían hecho esa mañana. Decidió no recogerse el pelo para no hacerlo esperar más tiempo, y bajó las escaleras con alegría infantil.

William había ido a verla.

Cuando llegó al salón del té, lo encontró parado frente a la ventana. Podía respirar su aura misteriosa en el espacio, que hacía que, aunque le tuviera confianza, no supiera cómo dirigirse a él. Su presencia en sí era imponente, de espaldas anchas y bastante estatura, que gritaban que había que ser muy valiente para enfrentarlo.

O muy idiota.

Madeleine quizás eran ambas.

—Hola —le dijo.

Él se giró. La dureza de sus rasgos se ablandó cuando la vio, o al menos tuvo esa

impresión.

Él inclinó la cabeza para responder el saludo.

—¿Quieres sentarte? He mandado traer el té.

Él se sentó, y Madeleine lo hizo a su lado. Con regularidad, era un hombre muy seguro de sí mismo, pero en ese momento parecía no saber qué hacer. Miraba a su alrededor como quien considera cómo salir de un problema grave en el que se acababa de meter.

—¿Has venido por propia voluntad, o alguien te ha obligado? —preguntó para romper la tensión.

—Mi esposa puede ser una mujer muy persuasiva.

Madeleine no esperaba esa respuesta, pero tampoco la sorprendió. Había sido iluso de su parte creer que había ido allí por voluntad propia.

—Me agrada Iris.

—Cómo no —dijo con sarcasmo—. Si está de cualquier lado menos del mío.

—En realidad, yo creo que siempre está del tuyo.

Se miraron durante un rato sin decir palabra. Una criada entró con el té y Madeleine lo sirvió con paciencia y una sonrisa en el rostro.

—¿Por qué querías verme?

—¿No puedo querer ver a mi hermano? —preguntó ofreciéndole el té.

Él lo aceptó, dubitativo. Parecía estar analizando su respuesta. Al ver que no decía nada, Madeleine continuó:

—Siempre quise tener un hermano.

Él siguió sin responder. Tomó del té, aunque si mucho ánimo.

—Mi mamá siempre quiso un hijo varón porque creía que así padre la querría más, entonces, yo pensaba que, si lo tenía, sería feliz, y también nos querría a nosotras.

Él se tensó, y dejó con cuidado la taza sobre la mesita.

Era un tema delicado, ella lo sabía, pero también sentía la necesidad de hablarlo. Presentía que, si no se tocaba, nunca se rompería esa tensión entre ambos.

—No creo que yo fuera el heredero que a tu madre deseaba.

—No —concordó ella—, pero si eres como el hermano que siempre imaginé. Ya sabes, una mujer ve a un hermano como un segundo padre. Alguien fuerte, que la defenderá ante las injusticias y estará allí para ahuyentar a quien le hace daño.

—¿Me ves a mí así?

Sonaba incrédulo. Ella se sonrojó.

—Bueno... ¿recuerdas la primera vez que nos vimos?

—Recuerdo que dijiste que te parecía guapo.

Madeleine se rio. Ella también lo recordaba. Había entrado al despacho de su padre

quejándose por alguna de las palabras bruscas de Amanda, y allí estaba él, de pie, con todo su porte imponente, llenando la habitación. Era todo lo que definiría la masculinidad.

—Quizás por el parecido con mi padre, pero también porque inconscientemente me recordabas a la clase de caballero medieval que daría la vida por proteger a una doncella. Soy una romántica empedernida, y esas historias me encantan.

—Estoy muy lejos de ser un caballero, Madeleine.

—Eso es lo que tú crees, para mí lo eres. No creas que no sé lo que hiciste por Iris. Mi padre nos contó que solo lo tolerabas por ella.

Él hizo una mueca de desagrado, como un ladrón que acababa de ser descubierto haciendo una buena acción.

—Ya no tengo a mi padre, William. ¿Al menos puedo tener a mi hermano? —preguntó. De pronto, le picaban los ojos.

No supo si fue su llanto o su argumento lo que hizo que él finalmente derribara la barrera de desconfianza que había alzado ante ella. Le puso un brazo sobre el hombro, pero ella lo tomó como permiso para darle un abrazo y colocar la cabeza en su pecho.

Al principio, él se tensó. Sin embargo, no la separó de él y le rodeó los hombros con un brazo.

—Debes ser la única que quiere tener relación con un bastardo.

—Tú no tienes la culpa de ser un bastardo, así como yo no tengo la culpa de ser legítima. Si tú no me odias por ello, yo tampoco lo hago. El error fue de nuestros padres, William, y ellos ya no están aquí para repararlo, pero nosotros sí podemos hacerlo.

Sintió que el brazo que la rodeaba apretaba su agarre, y ella se recreó en la seguridad de su abrazo. Sentía que tenía una figura masculina en la cual confiar.

—No creo que tus hermanas estén de acuerdo con esto.

—Amanda te tiene aprecio —dijo con cautela.

—Lady Windsor cada vez que me ve quiere mirar a otro lado, y lady Bearsted solo actúa con mínima cortesía.

Eso era verdad.

—También es difícil para ellas. Pero, dos de cuatro hermanas te apreciamos, creo que está bien por ahora.

—En realidad, es suficiente.

Ella se rio y volvió a hundir la cabeza en su pecho. Él no la alejó, y Madeleine ya se estaba sintiendo cómoda cuando un carraspeo rompió el momento.

Alzó la cabeza para encontrarse a un Nick con el ceño fruncido.

—Buenas tardes —dijo con un tono muy poco amigable.

Madeleine se separó lentamente de William, consciente de que Nick seguía todos sus

movimientos. ¿Por qué parecía tan molesto? ¿Habría tenido un mal día?

—Buenas tardes —respondió William poniéndose de pie. En su boca bailaba una sonrisa burlona—. Creo que no nos han presentado formalmente. William Rednoy.

—Nicholas Rednoy, duque de Clarence.

Nunca lo había escuchado decir el título con tanta prepotencia. Frunció el ceño. Por suerte, a William le importaba el título tan poco como a Nick. Cualquiera otro le hubiera guardado rencor a Nick por tener lo que debería pertenecerle a él, pero William era feliz con la vida que tenía, y las personas felices no se ponían a pensar en qué hubiera pasado si su situación hubiera sido diferente.

—Es un gusto —dijo William, aunque sin demasiado entusiasmo. Miraba a Nick como si no fuera digno de su atención.

—Igualmente.

—William vino a visitarme —dijo Madeleine. Era evidente, pero necesitaba romper la tensión que parecía haber envuelto la habitación.

—Ya veo. Supongo que no le importa si los acompaño, ¿verdad, señor Rednoy?

Que le preguntara a William y no a ella hizo que Madeleine frunciera el ceño, porque a ella sí le importaba. Acababa de establecer una relación con su hermano y quería aprovecharla.

—¿No estás ocupado? —le preguntó.

—Para nada —respondió este sin mirarla—. ¿Nos sentamos?

William sonrió, pero ella no lograba entender qué le parecía divertido.

Madeleine tomó asiento y los caballeros la imitaron.

—Veo que tienen una relación muy... íntima. ¿Desde cuándo se conocen?

—Poco más de un año —respondió William con indiferencia.

—¿De qué rama de la familia viene usted? No recuerdo que mi abuelo tuviera más hermanos, aparte del abuelo del duque.

—Creo que Madeleine y yo debemos compartir tatarabuelo. Sin embargo, la cercanía familiar poco tiene que ver con el afecto, ¿no cree?

Él no respondió. Madeleine se dijo que debía intervenir.

—Quiero a William como si fuera un...

—Amigo muy cercano —concluyó este. Sonrió con malicia—. Somos amigos muy cercanos.

Nick arrugó más el ceño. Madeleine se sintió partícipe de un juego que no entendía.

—Entiendo. Escuché que es usted casado, ¿no?

—Sí.

—Iris es una mujer encantadora —añadió Madeleine.

—¿Y por qué no ha venido con usted? —interrogó Nick—. Comprenderá que la visita de

un hombre, aunque este sea casado, resulta inapropiada.

Esta vez fue Madeleine la que frunció el ceño.

—Pero si somos familia.

—Sí, querida, pero una familia bastante lejana.

—Ah, no creí que fuera necesario traer carabina. Entre Madeleine y yo hay confianza —dijo William con un tono inocente que, por alguna razón, enervó a Nick—. Creo que ya pudo notarlo.

Nick se levantó con brusquedad, William lo imitó con más calma.

—Es un poco tarde, ¿no cree? Imagino que su esposa debe estar esperándolo.

—Nick —advirtió Madeleine, pero él la ignoró.

—Sí, es mejor que me vaya.

Madeleine estaba furiosa. Le había costado mucho tener un momento con él, y Nick se lo estaba arruinando.

—Pero regresarás, ¿verdad? —preguntó con ansiedad.

Nick soltó algo que sonó como un gruñido disimulado.

—No sé si sea prudente.

Madeleine le dirigió una mirada helada, pero antes de que pudiera replicar, William dijo:

—Regresaré. Quizás la próxima vez me acompañe Iris, para que su excelencia no tenga que preocuparse por tu reputación.

Tomó su mano. Madeleine creyó que la besaría, pero en último momento decidió rodearla con sus brazos. Fue un contacto corto, pero bastó para que el semblante de Nick se pusiera tenso.

—Nos vemos, Madeleine.

Se marchó. En cuanto lo perdió de vista, encaró a Nick.

—¿Por qué has sido tan grosero? Lo has echado.

—No debiste recibirlo sin carabina —replicó él—. No es apropiado.

—Es mi... primo.

—Es un primo más lejano que yo, y eso es decir mucho.

—Pero...

—¿Lo conoces bien? ¿Sabes cuáles son sus verdaderas intenciones?

La cara de Madeleine reflejó su confusión.

—¿Intenciones? ¿A qué te refieres con...? —Abrió los ojos con incredulidad—. Oh, dime por favor que no estás haciéndote una historia similar a la que te hiciste con John.

Él apretó los labios y le desvió la mirada. Esa fue toda su respuesta.

—Es mi primo —recordó ella—. Está casado.

Él colocó las manos a su espalda y caminó hasta la ventana. Estaba claramente incómodo.

—Hay... hombres casados que pueden tener intenciones poco respetables hacia las señoritas —dijo con cautela, como si no supiera cómo explicarle el tema—. Algunos no tienen honor.

—William tiene honor, y te aseguro que no hay de su parte ninguna mala intención hacia mí.

—¿Estás segura? Sus muestras de cariño me parecieron excesivas para tratarse de un primo lejano.

—¿Te refieres al abrazo? Pues hay otros que hasta me han besado, y no te veo juzgándolo con tanta dureza.

No esperó su respuesta. Se dio media vuelta y se marchó.

—Idiota —musitó mientras caminaba a su habitación.

Deseó poder decirle la verdad para que notara lo estúpidas que eran sus teorías, pero sabía que no podía hacerlo. Era un secreto muy delicado, y no le correspondía a ella revelarlo.

Madeleine cada vez lo entendía menos. Podía haber comprendido su preocupación respecto a John, pues la situación, aunque absurda, daba pie a malinterpretaciones, pero ¿lo de William? Fue solo un abrazo. El mismo Nick había hecho acciones más cuestionables.

Una vez en su cuarto, se tumbó en la cama y miró el techo.

Ese hombre terminaría por volverla loca. Estaba empezando a creer que no había sido tan buena idea irse a vivir allí y, sin embargo, no se imaginaba regresando a casa de una de sus hermanas.

Todo era tan contradictorio. Por momentos lo apreciaba y extrañaba su compañía, y en otros lo detestaba y deseaba no verlo más. Madeleine solía ser de las que sentía con intensidad, así que ese torbellino de emociones que él le generaba estaba a punto de desquiciarla. Cuando la balanza se inclinaba hacia un lado, inmediatamente sucedía algo que hacía que se fuera bruscamente hacia el otro. No lograba conseguir un equilibrio.

Tampoco quería hacerlo. Él la hacía sentir. Sí, a veces le generaba molestia y frustración, pero en otras ocasiones experimentaba felicidad y comodidad.

Así que, bueno o malo, Madeleine quería seguir sintiendo, porque le daba la esperanza de que su vida no estaba vacía.

Lo que no la convencía era que fuera precisamente él quien llenara ese vacío, porque sabía que él no estaba dispuesto a aceptar lo que ella podría ofrecerle.

Estaba metiéndose en un gran problema.

Capítulo 15

Nick ni siquiera intentó dormir.

Las palabras de Madeleine le resonaban en la cabeza desde la mañana, y sabía que meterse a la cama era un esfuerzo inútil.

«Hay otros que me han besado y no te veo juzgándolos con tanta dureza».

Si ella supiera que se equivocaba. Nick sí se juzgaba por lo que había hecho, se lo reprochaba continuamente. El problema era que no se arrepentía.

Recordó el dulce sabor de sus labios y supo que cualquier cargo de conciencia valdría la pena por haberlo probado.

Era despreciable.

Si bien la lujuria era inevitable, debió haber tenido la fuerza de voluntad para resistirse. Ella no se lo había preguntado, pero debía de estar cuestionándose por qué lo había hecho, y eso solo complicaba su relación y volvería más difícil la inevitable despedida, pues ¿cómo le decía que la deseaba, que le gustaba incluso cuando tocaba sus horribles canciones, pero que no se sentía preparado para ser un pretendiente serio? ¿Cómo le explicaba que sus protestas no eran más que celos, que era incapaz de controlar y por eso actuaba como el más vil de los canallas? Ella lo odiaría.

Si no lo hacía ya.

Salió de la habitación dispuesto a ir al despacho a buscar una botella, con la esperanza de que unos cuantos tragos no solo lo sumieran en el sueño, sino también en el olvido.

Sin embargo, de camino pasó por la habitación de Madeleine, y no pudo evitar detenerse. Había velas encendidas. Estaba despierta.

Tocó la puerta antes de arrepentirse.

—¿Sarah? —preguntó ella.

—Soy yo —respondió, sabiendo que había un riesgo de que no le abriera.

Tardó tanto en hacerlo que Nick ya se había resignado a tener que continuar su camino sin haber hablado con ella, pero finalmente escuchó pasos y la puerta se abrió con lentitud. Tenía el mismo camisón de la vez anterior, solo que en esta ocasión no se había colocado la bata. Él tragó saliva.

—¿Puedo pasar? Me gustaría hablar contigo.

—¿Sobre qué? —preguntó con recelo.

—Sobre lo que pasó en la mañana... y muchas otras cosas.

Ella se apartó para dejarlo entrar. La ventana estaba abierta, por lo que imaginó que había estado sentada en el diván, observando el exterior y deleitándose con el frío de la noche.

—¿No puedes dormir? —preguntó, aunque eso era obvio. La última vez que consultó el reloj eran las dos de la mañana.

Ella ni siquiera respondió. Nick la observó.

—Quiero pedirte disculpas.

—¿Por cuál de todas tus ofensas?

Él se pasó una mano por los cabellos, incómodo.

—Por todas. Lamento lo sucedido esta mañana con tu primo.

—Esa disculpa no me la debes a mí, se la debes a William. Lo echaste de la casa.

Nick asintió, aunque presentía que al señor Rednoy le tenía sin cuidado si se disculpaba o no. No era la clase de hombre que respondía a una ofensa con resentimiento, sino con otro ataque. Lo había notado en cuanto sugirió que su visita no sería prudente y él respondió asegurando que volvería. Seguramente su arrepentimiento no le interesaría porque ni siquiera se había tomado la molestia de sentirse ofendido.

—Sí, pero lamento haber insinuado que... bueno, ya sabes.

Ella suspiró y se fue a sentar en el diván.

—No lo entiendo, Nick, ¿por qué estás actuando así? Primero con John, luego con William...

Él desvió su mirada. ¿Cómo podía decirle que él tampoco entendía cómo había llegado a tal grado de irracionalidad? Que no tenía ni idea de cuando ella le empezó a importar tanto, y la sola posibilidad de verla con otro hacía que le ardiera la sangre.

—No volverá a pasar —fue todo lo que pudo decir.

Ella no pareció contenta por su respuesta, y no la culpaba. Quería una explicación más sólida.

—Nick... —dijo, dubitativa—, cuando decidí venir aquí, no tenía demasiadas esperanzas de que mi convivencia contigo fuera más allá de la cordialidad —confesó jugueteando con sus manos—. No imaginé que llegaríamos a ser amigos y menos que... Bueno, estarás de acuerdo conmigo en que nuestra relación pasó de la amistad a algo poco... usual.

Porque los amigos no se daban besos que robaban el aliento. Porque un amigo no sentía celos de otros hombres.

—Entenderé que no quieras seguir viviendo conmigo.

Le costó pronunciar las palabras, pero era consciente que separarse sería la decisión más prudente. Si era necesario, se iría él de la casa, aunque no tenía ni un peso para pagar un alojamiento.

—¡Es que no lo entiendes! —Se levantó con brusquedad—. Sé que debería irme, que debería haberme marchado desde aquel primer beso, pero no quiero hacerlo. —Se acercó a él—. Porque yo también lo sentí, Nick. Sentí ese deseo irrefrenable de responder a tu beso, de

continuar juntando nuestros labios hasta que no pudiéramos más. Y no lo entiendo. No entiendo qué pasa ni cómo detenerlo.

Ante tal declaración, Nick olvidó la prudencia y se acercó a ella. Su corazón se había acelerado, y solo podía pensar en que no era el único sometido a ese martirio. Llevó su mano a su mejilla, y observó maravillado como ella inclinaba la cabeza para recibir mejor el contacto.

—Se llama atracción —dijo él—. Y yo tampoco sé cómo detenerlo.

Sin pensarlo, la besó. En unas horas, o minutos, se arrepentiría, pero en ese instante todo lo que sentía por ella tomó el control, y solo pudo pensar en besar con pasión, con intensidad, como si fuera la última vez que pudiera permitírselo. Posiblemente así fuera.

Ella correspondió al beso con la inocencia de una joven, pero la impaciencia de un aprendiz. Le rodeó el cuello con los brazos, como si no quisiera dejarlo ir, y Nick la atrajo hacia sí. Cuando sus bocas por fin se separaron, fue incapaz de alejarse. En cambio, bajó los labios hasta el hueco de su cuello, consiguiendo un hermoso gemido femenino que atesoraría para la eternidad.

—Nick —musitó ella clavándole los dedos sobre los hombros.

Eso provocó que se desatara un instinto primitivo, que le exigía hacerla suya. Nick apenas podía luchar con él, y quizás fue eso lo que provocó que la alzara en brazos y la recostara en el diván. Sin tomarse tiempo para pensar en lo que estaba haciendo, volvió a besarla. Ella no se negó.

Sus manos empezaron a vagar por esa figura que lo había desquiciado desde la primera vez que la vio. Pasó por sus caderas, su cintura, y finalmente llegó y apretó los pechos. La tela del camión no era más que un pequeño obstáculo, y era tan fina que bien podía no traer nada.

Estaba en el paraíso.

Ella abrió inconscientemente las piernas y las caderas de él se encajaron entre sus muslos. Las delicadas manos recorrieron la abertura de la camisa y agradeció no haberse quitado los pantalones, porque era lo único que hacía que ella preservara la virtud.

Esa idea hizo que la consciencia de la realidad volviera poco a poco. No se separó de ella con brusquedad, pues era reticente a dejar su contacto, así que fue disminuyendo la intensidad del beso hasta que encontró el valor para alejarse.

Ambos tenían la respiración tan acelerada que les había robado las palabras.

Ella fue la primera en reaccionar.

—Creo que lo hemos empeorado todo.

—Madeleine...

Ella alzó una mano para detenerlo. Se incorporó con lentitud hasta quedar sentada en el diván.

—No te disculpes —le pidió—. Esto es culpa de ambos y... Oh, Dios mío. Ni siquiera sé

qué decir.

Se había puesto muy roja. Él quiso decirle que no tenía nada de lo que avergonzarse, que su cuerpo había respondido de forma natural, pero supuso que no sería ningún tipo de consuelo.

—¿Me podrías dejar sola, por favor? —pidió con un hilo de voz.

Su parte caballerosa le exigía quedarse y arreglar las cosas, pero su lado cobarde, tampoco deseaba enfrentarse a las consecuencias de lo que acababan de hacer.

Asintió y se marchó.

No fue por la botella, dudaba que le sirviera. Regresó a su habitación y se quedó mirando el techo.

No podía seguir así. Si no podía controlarse, y tampoco estaba dispuesto a actuar con honorabilidad, tenía que acabar con eso de raíz.

Y mientras antes actuara, mejor para ambos.

Madeleine se quedó mirando por la ventana al menos una hora más. Al principio, rememoró todo lo acontecido, y su cuerpo cosquilleaba solo con el recuerdo. Nunca imaginó que tal cosa fuera posible, y sentía una enorme frustración porque había quedado inconcluso.

Después, empezó a pensar en lo que eso implicaba. Madeleine podía ser inocente, pero sabía a la perfección que, si alguien supiera lo que ambos habían hecho, estarían ya preparando la boda. Si ella fuera cualquier otra joven, se lo comentaría a sus hermanas, y Nick no tendría otra opción que casarse con ella. Pero ¿eso era lo que quería?

«Sí», comprendió de pronto. Ella quería casarse con él, porque se había enamorado.

La revelación hizo que se pusiera de pie con brusquedad. Ya lo sospechaba, pero no podía seguir negándolo.

Se había enamorado de él.

No estaba segura de cómo había sucedido. Quizás, nació cuando no se daba por vencido a pesar de que ella ya era un caso perdido, cuando accedió a practicar con ella, aunque estaba visiblemente incómodo; cuando la animaba a seguir buscando algo en lo que fuera buena, cuando le dijo que era mucho más que una cara bonita y una dote alta. Cuando estuvo con ella después de la decepción por el compromiso del vizconde.

¿Cómo no iba a enamorarse de él si era todo lo que había deseado?

El problema era: ¿él la querría? ¿Cambiaría por ella su decisión sobre no casarse?

La perspectiva de una negativa la ponía nerviosa y melancólica. No sabía si podría soportar su rechazo. No quería ni pensar en ello.

No obstante, Madeleine siempre había sido una mujer decidida, y muy ansiosa, por lo que la idea de no decírselo ni siquiera pasaba por su cabeza. Eso no era lo que había sentido por el vizconde, un sentimiento de obsesión que no aguantaría un análisis profundo o una convivencia

prolongada, que a su lado aún podía mantener la compostura. Esto era más intenso, más fuerte, basado los momentos cotidianos, en haberlo conocido bien. Madeleine estaba segura de que era algo duradero, así que hablaría con él al día siguiente y, con un poco de suerte, lo convencería de que ella era la mujer de su vida.

Y si no lo lograba... bueno, no pensaría en eso.

Capítulo 16

—Quiero casarme con Nick —anunció Madeleine a sus hermanas, consiguiendo expresiones que iban desde estupefacción a incredulidad.

Había convocado esa reunión porque necesitaba decírselo a alguien, puesto que Nick había salido temprano y no había podido confesárselo en la mañana. Pensó que sus hermanas podrían ser una buena opción. No esperaba que les gustase la idea, casi nunca le gustaban las ideas de Madeleine, pero sí quería apoyo, y quizás algún consejo para decírselo sin que se asustara.

—¿Nick, el nuevo duque? —preguntó Emily como si no se lo creyera.

—Sí.

—¿Nick, nuestro primo? —quiso ratificar Samantha.

—Primo lejano —acotó Madeleine.

—¿El que vive en esta casa? —insistió Emily.

—¿Acaso conocen a otro? —preguntó Madeleine con fastidio—. Sí, Nicholas Rednoy, noveno duque de Clarence. Quiero casarme con él.

Ellas suspiraron.

—Yo no pienso escribirle a Amanda para informarle —advirtió Emily.

Samantha no dijo nada. Extendió las manos y tomó las de Madeleine.

—Querida, ¿estás segura de eso? Quizás vivir con él te ha generado confusión...

—No estoy confundida —dijo Madeleine— Estoy enamorada de él. Y no, no es lo que sentía por el vizconde. Esto es... diferente. Es más intenso, más fuerte. Quiero casarme con él.

Emily y Samantha se miraron.

—¿Y crees que él querrá casarse contigo?

—No lo sé —admitió Madeleine a regañadientes.

Había estado pensándolo durante toda la mañana, y había concluido que ella debía gustarle. Es decir, no se ayudaba a cualquier a intentar mejorar en el piano sabiendo que era imposible, y tampoco se andaba por allí besando a cualquier dama. Nick no. Así que, si no estaba enamorado de ella, al menos estaba muy interesado, y eso tarde o temprano desembocaría en lo primero.

—Voy a confesárselo pronto —les dijo—. Aunque no estoy muy segura de cómo. ¿Cómo se le dice a un hombre que es receptor de nuestro amor?

—Por lo general, querida, no se le dice, se espera que él lo confiese primero —murmuró Samantha, incómoda.

—Si es que lo hace. Muchos ni siquiera lo admiten ante sí mismos —añadió Emily.

—Lo prudente sería estar segura de que él... te corresponde. Dinos, ¿por qué sospechas que él podría sentir lo mismo que tú? —interrogó Samantha.

Madeleine no podía decirles todo lo que le había hecho la noche anterior, así que se limitó a contarles la anécdota de las clases de piano.

—Pues debe quererla si ha permitido que toque piano en las mañanas, y mira que ofrecerse a enseñarle sabiendo lo horrible que lo hace —comentó Emily, y se ganó un codazo de Samantha por eso.

En cualquier otro momento, Madeleine se habría sentido ofendida, pero había terminado por aceptar que algunas cosas podían no ser lo suyo.

—Entonces, ¿no sabéis cómo puedo decírselo?

Ellas se miraron.

Quizás habría sobreestimado a sus hermanas. Que estuvieran casadas no significaba que supieran mucho sobre el amor. A fin y al cabo, sus matrimonios se habían dado a lo tradicional. Había habido un cortejo, salidas vigiladas y finalmente una propuesta. Sabía que querían a sus parejas, pero se preguntó si alguna vez se lo habrían dicho.

—Lo primero sería estar en un lugar donde nadie los interrumpa —dijo Samantha, dubitativa—, aunque procura que tampoco sea un lugar muy íntimo, ya sabes que los sirvientes también murmuran.

—Después, yo intentaría averiguar lo que él siente por ti —añadió Emily—. Sé discreta con las preguntas.

Madeleine asintió, aunque nunca se le había dado demasiado bien la discreción.

—Y en caso de que parezca que sí le interesas, podrías insinuar que estás receptiva a un matrimonio entre ustedes —finalizó Samantha—. Y por Dios, no le vayas a decir directamente que quieres que se casen. Él tiene que proponértelo.

—Y si ves que no está interesado, no continúes —advirtió Emily—. Podría ser muy incómodo.

Madeleine asintió, aunque no le gustaba demasiado la idea de estar con indirectas. No obstante, sabía que sus hermanas tenían razón. Lo más prudente sería ir con cuidado. Los hombres se asustaban ante los sentimientos intensos. Lo había comprobado con el vizconde, quien más de una vez había huido de ella cuando claramente le estaba mostrando interés. A lo mejor, debió haber hecho como estaban sugiriendo sus hermanas e indagar primero si ella le era grata para no decepcionarse tanto.

Apartó al vizconde de su mente. Él era parte de su pasado.

—Madeleine —dijo Samantha con tiento—, si él no está interesado, deberías considerar la posibilidad de venirte con alguna de nosotras.

Madeleine pensó en que se había demorado en sugerir la idea.

—La gente está hablando sobre su convivencia —añadió Emily.

—Pero si la tía Agatha vive con nosotros.

Samantha arrugó el ceño.

—¿Dónde está ahora?

Madeleine optó por no responder y Samantha hizo un gesto con la mano.

—Si él no está interesado, podría ser incómodo para ti quedarte aquí.

—Es verdad, querida —apoyó Emily—. Solo te pedimos que lo pienses.

—¿Y por qué no podemos pensar que sí estará interesado y querrá casarse conmigo?

La poca fe de sus hermanas en esa relación hizo que su ánimo decayera un poco. No había querido pensar en esa posibilidad, pero ¿y si Nick tampoco veía nada de valor en ella?

—No es eso, querida, solo... planteamos una posibilidad —dijo Samantha.

Pero Madeleine supo que le tenía a ese matrimonio las mismas esperanzas que habían tenido con el vizconde.

Sus hermanas parecieron notar que su ánimo había cambiado, así que se disculparon y se marcharon, deseándole suerte y pidiéndole que avisara en cuanto hubiera hablado con él.

Madeleine se pasó el resto del día practicando qué le diría. Cambió tanto el discurso, que concluyó que lo mejor sería improvisar en el momento. Él llegó muy tarde, alrededor de la una de la mañana, pero lo estaba esperando en la entrada de su habitación. Como era natural, se sobresaltó cuando la vio sentada frente a su puerta.

—¿Madeleine? —preguntó como si no pudiera asegurar que era ella.

Ella se puso de pie para que la lámpara que él llevaba le alumbrara bien el rostro. Le sonrió.

—Buenas noches. Yo... bueno, quería hablar contigo.

—¿Ahora?

Ella asintió.

—¿Puedo pasar?

Era consciente de que estaba violando el primer consejo de sus hermanas, pero era la una de la madrugada. Dudaba que hubiera un criado espiando por ahí.

Él asintió, receloso, y abrió la puerta de la habitación. Era una estancia sencilla, decorada en tonos crema y que contaba con poco mobiliario. Estaba diseñada para ser un cuarto de invitados.

—¿Por qué no te quedas en la habitación de mi padre? —le preguntó ella, curiosa.

—Con sinceridad, me perturba un poco alojarme en el mismo cuarto que perteneció a una persona muerta.

No era solo eso, dedujo Madeleine al ver su mirada esquiva mientras colocaba la lámpara encima de una mesa y encendía otras. Había algo más que no estaba dispuesto a confesarle,

quizás que no se sentía merecedor de ese lugar.

—Yo también tengo algo que decirte —confesó él dándole la cara. Su aspecto era impoluto, pero su rostro mostraba cansancio.

—Yo primero —dijo ella, impaciente—. Pero antes, quiero darte esto.

Extendió hacia él la rosa que había estado resguardando en su mano.

—Es la primera rosa que da la planta que llevo cuidando desde hace un tiempo. Vienen otras en camino. John dijo que pronto habrá que traspasarla a un lugar más grande. Quizás tu fe en mí y en el piano estaba errada, pero si me tenías tanta confianza, es porque creías que podía lograr grandes cosas, y bueno, al final he encontrado algo que se me da bien.

Él tomó la rosa con cuidado y la observó como si no creyera que ella se la acababa de dar.

—Gracias. Madeleine...

—Sabes qué estaba pensando, que tu determinación de no casarte me parece un poco drástica —comentó ella sin dejarlo terminar—. ¿No has considerado que se debe a que no has conocido a la mujer adecuada?

—Se debe a mucho más que eso.

—Pero si la conocieras, ¿no lo considerarías? —insistió ella.

—Quizás —respondió él, evasivo. Acarició el pétalo de la rosa con nerviosismo—. Madeleine...

—Una vez me preguntaste cómo veía a mi hombre ideal, pero no me dijiste cómo imaginabas a tu mujer ideal.

La mirada de él cambió. Madeleine juraría que empezaba a darse cuenta de lo que ella pretendía. Nerviosa, empezó a arrugar la falda de su vestido.

—Temo que no hay mujer que se adapte a lo que espero.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Una familia es todo lo contrario a lo que soy. Cuando te casas, inevitablemente vienen los niños, y no puedes estar llevando a una mujer y a los niños a todas partes del mundo, exponiéndolos a enfermedades y otros peligros.

Madeleine jamás lo había pensado así. Había olvidado la libertad que él anhelaba desde que había pisado Inglaterra, y había pensado ilusamente que, si accedía a casarse, olvidaría todo lo demás.

—Bueno, pero... —No sabía qué decir—. Quizás se podría buscar un punto medio —ofreció ella, desesperada—. Los niños no siempre serán pequeños, y llegará un momento en que se pueda viajar juntos, en familia. Solo necesitas a una mujer dispuesta a aceptarlo.

—¿Y las hay? —preguntó con sarcasmo.

—Yo lo aceptaría —musitó ella.

No estaba siendo en lo absoluto discreta, pero ya no le importaba. Quería a ese hombre, y sentir que él podía rechazarla la hacía actuar con imprudencia.

Él esbozó una sonrisa triste y se acercó a ella. Le colocó la mano sobre la mejilla.

—Nunca has salido de Inglaterra, Madeleine.

—Siempre hay una primera vez.

—Los viajes por el mundo suelen ser complicados, sobre todo cuando no siempre te rodeas de la alta sociedad. Nunca sabes con qué te encontrarás. Bien puedes llevarte una buena experiencia o ver a una mujer caminar hacia la pira funeraria de su esposo.

—¿Crees que no lo soportaría?

—Sé que soportarías muchas cosas, pequeña. Lo que no estoy seguro es de que te haga feliz.

Hubo un momento de silencio en el que él acarició con ternura su mejilla, hasta que finalmente la alejó, aunque por su expresión de dolor, le costó hacerlo.

—Me voy de la casa, Madeleine.

La noticia la dejó helada. Dio un paso hacia atrás, como si así pudiera alejarse de esta.

—¿Qué? —musitó.

—Es evidente que no podemos seguir en el mismo lugar, y esta siempre ha sido tu casa, así que no es justo que te eche de ella. Me iré yo. He estado buscando residencias para caballeros...

—No entiendo —interrumpió ella—. ¿Por qué no podemos seguir viviendo juntos?

—¿Lo que pasó anoche no fue suficiente? —replicó con amargura. Estaba molesto, pero no con ella—. Está pasando lo que temí, Madeleine, y es que te estoy confundiendo. Te estás haciendo ilusiones de un futuro que no te puedo dar, y es mejor cortar todo ahora.

Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No había querido pensar en la posibilidad de que la rechazara porque sabía que no la toleraría. Definitivamente no la estaba tolerando. Sentía que se iba a derrumbar.

—Pero puede funcionar —insistió ella con la voz ahogada—. Solo hay que llegar a un acuerdo. Quizás los viajes no se volverán tan frecuentes como acostumbrabas, pero no significa que tendrás que separarte de ellos. Y yo te puedo acompañar, y lo haré encantada. Sería feliz porque estaría contigo, Nick. Yo te amo.

Vio la duda en su rostro, así que se acercó a él y le puso las manos sobre la cara.

—Sé que también sientes algo por mí. Me niego a creer que me besarías con esa pasión si no sintieras nada. ¿Por qué no podemos intentarlo?

Él dio un paso hacia atrás, y ese simple gesto le rompió el corazón.

—Porque tú vives en un mundo al que yo no pertenezco —respondió—. Estoy harto,

Madeleine. Estoy cansado de las sesiones del parlamento, donde tengo que aguantar a lores presuntuosos hablar y nunca llegar a nada que no sea para su propio beneficio. Estoy cansado de que todos esperen lo mismo de mí. En aquella fiesta, todos me asediaron como si fuera un dios, y no lo soy. Soy solo un hombre que no encaja en este mundo y lo único que desea es ser libre para marcharse de nuevo y tirar todo por la borda.

Había tanta frustración en sus palabras que, si Madeleine no se sintiera tan herida, hubiera comprendido. Pero estaba muy herida, porque ella estaba dispuesta a hacer concesiones por él que Nick no estaba dispuesto a hacer por ella.

—Quizás no debiste haber venido nunca. ¿Por qué lo hiciste? Y no me digas que era una responsabilidad difícil de evadir. Hablas con mucha pasión de la vida que llevabas, así que estoy segura de que hubieras hecho cualquier cosa por conservarla. ¿Por qué renunciaste a ella para venir por un ducado?

—¡Porque me quedé sin un penique! —confesó con brusquedad. Se pasó la mano por los cabellos, frustrado—. Hice... una mala inversión, y me quedé sin nada. Entonces, vine esperando recibir algo de dinero para volver a comenzar.

Entonces, Madeleine comprendió por qué a veces era preferible vivir en una mentira que conocer la verdad, porque esta última dolía, y dolía mucho. Él no se quedaba allí porque sentía una responsabilidad hacia ella. Se quedaba allí porque necesitaba el dinero que solo obtendría cuando ella se casara.

No pudo seguir conteniendo las lágrimas. Él dio un paso hacia ella, pero Madeleine retrocedió. Antes había anhelado su contacto, ahora no sabía si podía soportarlo.

—Entonces soy una carga.

—No...

—Mientras no me case, no recibirás lo que te ha dejado en herencia, por lo tanto, soy una carga de la que debes deshacerte para poder regresar a tu vida.

—Maldita sea, no. Es más complicado que eso.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! —vociferó. Parecía muy cansado—. Porque nunca pensé llegar a tenerte tanto aprecio, porque jamás creí que el solo imaginarte con otro me doliera. Ni siquiera se me pasó por la cabeza desearte como lo hago, ¿entiendes? Esto no es fácil para mí.

—Podría serlo si quisieras —musitó ella.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, Madeleine.

Y con eso le dijo todo. No modificaría sus planes de vida por ella; no era lo suficientemente importante.

—Lo sientes —dijo con amargura—. Debiste haber pensado en eso antes de besarme

como lo hiciste, antes de hacerme creer que era importante para ti, que te gustaba tal y como era. Aunque la culpa también es mía, por haberme enamorado como una tonta de alguien que tampoco valía la pena. —Empezó a caminar hacia la puerta. No quiso analizar su expresión de dolor por miedo a volverse más vulnerable—. No te preocupes, no tienes que irte. Yo me iré. Este tampoco fue nunca mi hogar.

Abrió la puerta y se fue. Una vez en su habitación, lloró hasta que se quedó sin lágrimas.

Nunca le habían gustado los matrimonios por conveniencia, pero Madeleine decidió que aceptaría gustosa uno si eso significaba que ningún hombre la volvería a hacer sufrir así.

«Maldito seas, Nick», dijo en su cabeza. «Maldito seas».

Y eso fue lo último en lo que pensó antes de quedarse dormida.

Nick sabía que se merecía todo lo que le había dicho. Cuando pensó que no podía arruinarlo más, lo hizo.

La había herido. Justo lo que había intentado evitar.

Pero ella tenía razón, debió haberlo pensado antes. Y solo por su egoísmo, se merecía su rencor.

Analizó todo lo que le había propuesto. Por un momento, la idea de hacerla su esposa y aceptar lo que le proponía lo tentó. Se imaginó viajando con ella, compartiendo sus aventuras y la felicidad que sintió al hacerlo fue tan grande que le dio miedo. Pero entonces, se obligó a pensar con objetividad. Madeleine no estaba acostumbrada a esa vida, así como él no estaba acostumbrado a su mundo. Casarse implicaría adaptación por parte de ambos, y dudaba que eso fuera posible. Por más que el pensamiento lo hiciera feliz, no se imaginaba a una joven de sociedad como ella, que había crecido entre algodones, yéndose en un barco mercante donde a veces la tripulación ni siquiera dejaba subir mujeres. Nick nunca había pasado penurias, pero en general, su presupuesto no le había dado para grandes lujos. No viajaba en los mejores barcos, y tampoco se quedaba en los mejores lugares. Se había acostumbrado a ello, y tener a Madeleine consigo implicaría también un cambio en ese vivir rústico que apreciaba. Implicaría más cuidado en sus aventuras. Implicarían muchas cosas que no sabía si quería abandonar.

Y mientras no lo supiera, lo mejor sería dejarla en paz.

Se sintió terrible al saber que la había inducido a marcharse de la casa. Él había estado dispuesto a irse. Había descubierto que ser duque implicaba que las personas no exigían un pago inmediato por los servicios, y, aunque no le agradaba, había decidido valerse de eso, porque sentía que al menos le debía dejar la residencia. No obstante, al parecer también había arruinado eso para ella.

Lo había arruinado todo.

Y lo único que podía hacer era intentar no hacerlo más.

Capítulo 17

Al día siguiente, Madeleine tenía casi todas sus pertenencias empacadas, pero no se había marchado de la mansión porque no se atrevía a decirle a sus hermanas que había fracasado de nuevo.

Quizás, ni siquiera debió comentarle su enamoramiento por Nick en un principio. Lo que sucedería era que la tratarían como cuando perdió al vizconde, la mirarían con compasión e intentarían inútilmente consolarla. No necesitaba nada de eso, porque estaba convencida de que no había remedio para su pena.

Por otra parte, no estaba segura de con cuál se marcharía. Samantha estaba descartada. No pensaba tolerar a Bearsted durante toda la temporada. Sin embargo, aunque ya no sentía la necesidad de practicar piano, no sentía muchas ganas de ir con Emily. Se sentía un estorbo con el recién nacido en casa, y Madeleine estaba cansada de sentirse así. Incluso consideró seriamente irse al campo con Amanda, pues tampoco le habían quedado ánimos de seguir participando en la temporada. Sin embargo, Amanda pronto también tendría un niño que cuidar, y sería lo mismo que con Emily.

Fue entonces cuando se le ocurrió una idea maravillosa. Se sentó en su tocador y empezó a escribir una carta. Después de guardarla, procedió con otra, convencida de que lo más probable era que no recibiera una respuesta afirmativa de la primera.

Satisfecha, llamó a su doncella.

—Dile a uno de los lacayos que entregue estas cartas, Sarah.

—Sí, milady.

—Y después, vienes para arreglarme. Saldremos al parque.

Ella la miró con sorpresa.

—¿Solo nosotras, milady? ¿No quiere esperar a su tía?

—Dudo que regrese antes de la cena —dijo con sarcasmo.

No estaba segura de qué haría con su tía cuando ella se marchara. No había sido la carabina más eficiente, pero Madeleine no se atrevía a obligarla a regresar al campo cuando era evidente que estaba disfrutando tanto de la temporada. Alguna de sus hermanas tendría que acogerla, pero eso era algo que resolvería después.

—Está bien, milady.

Sarah hizo lo que le pidió y regresó a cumplir sus órdenes. En las últimas semanas, la doncella ya no protestaba tanto por su aspecto desarreglado o sus excentricidades. No le había dicho nada, pero sospechaba que se debía a su reciente relación con John. Esperaba que al menos ellos sí fueran felices.

Hyde Park estaba lleno de gente. Era un día soleado, y la alta sociedad aprovechaba para hacerse ver. Madeleine saludó a cuanta cara conocida se topaba, pero no se quedaba lo suficiente para entablar una conversación. No quería ser sociable ese día, solo disfrutar del aire fresco.

Algunos caballeros se ofrecieron a pasear con ella, pero Madeleine logró excusarse diciendo que no contaba con la compañía adecuada. La ausencia de su tía que beneficiarla de algún modo.

—Milady —dijo Sarah de pronto con la expresión más tímida que le había visto nunca—, John me comentó que usted lo había ayudado a acercarse a mí y bueno... yo quería agradecerle. A mí me gustaba desde hacía un tiempo, solo que no me atrevía a decírselo. Se supone que una no debe decir esas cosas, porque espanta al hombre, ya sabe.

Sí, Madeleine lo sabía muy bien.

—Pero como él no se decidía, empecé a temer que no sintiera lo mismo por mí —continuó ella—. Debido a su ayuda, por fin se atrevió, y por eso tiene todo mi agradecimiento, milady.

Madeleine le sonrió a su doncella.

—Fue un placer, Sarah. Ya sabes que me gustan los finales felices.

Al menos alguien en esa casa lo tenía.

—Usted pronto tendrá el suyo, milady —le aseguró la doncella como si le hubiera leído el pensamiento—. Estoy segura de que hay muchos caballeros disputándose su mano.

«Y el único que deseo, me rechaza», pensó con tristeza. Así era la vida de irónica.

—Todavía es muy pronto para escoger —respondió, distraída.

Sus pensamientos evocaron a todos los pretendientes de esa temporada, y casi se le llenaron los ojos de agua al pensar que ninguno le gustaba tanto como Nick. Estaba enamorada de un hombre que ni siquiera se había planteado modificar un poco sus planes para estar con ella, y temía no poder querer nunca a nadie más.

Centrada en esa idea, no se fijó bien por donde caminaba hasta que tropezó con un hombre que parecía igual de distraído que ella.

—Mis disculpas, señora.

El caballero en cuestión debía rondar los treinta años, era rubio y tenía unos preciosos ojos azules muy dulces, de esos que recitaban poseía y reflejaban un alma bondadosa. También era alto, tanto que Madeleine tuvo que echar la cabeza hacia atrás para observarlo.

—Perdone usted, venía distraída.

—Temo que yo igual. Quizás usted me pueda ayudar. Llevo mucho tiempo que no piso Inglaterra. ¿Me podría recordar hacia dónde queda Mayfair?

Madeleine señaló hacia su espalda.

—Siga recto, al salir del parque en aquella dirección se encontrará con el barrio. ¿Va a un

sitio específico?

—Pues ahora que lo menciona, sí. ¿Sabrá usted dónde queda la casa del duque de Clarence?

Madeleine se tensó y lo observó con recelo.

—¿Busca a Nicholas Rednoy? —preguntó para confirmar.

Él sonrió con satisfacción. De pronto, sus ojos dejaron de parecerle dulces y brillaron con una malicia que generó en Madeleine cautela.

—Así es. ¿Sabe usted dónde es?

—¿Es usted amigo del duque? —preguntó, ignorándolo.

—Podría decirse que sí. Hicimos en su momento muchos viajes juntos. Arthur Hatman, a su servicio.

Hizo una reverencia que era más burlona que real. Madeleine siguió observándolo con recelo. Así que era ese amigo. Por lo poco que hablaba Nick de él, no estaba segura de que le gustase la idea de verlo, pero ¿quién era ella para decidir por él? De una forma u otra llegaría a la casa, así que no ganaba nada ocultándole la dirección. Si Nick se molestaba no era su problema. Con el humor que tenía, incluso lo disfrutaría.

—Encantada. Lady Madeleine Rednoy, prima lejana de Nic... del duque.

Extendió su mano y él le dio un corto beso en ella. Sarah observaba la escena con recelo. No era correcto que una dama se presentara sola a un caballero, pero para Madeleine, había ocasiones en la que bien podría violar el protocolo.

—Eso sí que es una coincidencia —dijo él con una sonrisa incrédula.

—Así es, y para su fortuna, vivo en la casa que está buscando, ya que soy la pupila del duque. Si me acompaña, lo llevaré hasta allí.

El hombre abrió los ojos, sorprendido. No se debía esperar tal coincidencia.

—Milady, ¿está segura? —preguntó Sarah en su oído.

Ella asintió y le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara. Quizás llevar a un desconocido a su casa no era prudente, pero, aunque era un caballero le generaba cierta cautela, no creía que fuera a hacerles daño. Tampoco era que pudiera. Sentía varios ojos encima en ese momento, y sin duda habría más en el camino.

El caballero le ofreció una mano, pero ella no lo aceptó.

—No creo que sea prudente —le dijo—. Hay muchas personas mirando y apenas nos conocemos.

—Tiene razón. Disculpe. Temo que tantos años fuera de Inglaterra me han hecho olvidar las buenas costumbres.

—¿Estaba usted en América? —preguntó con curiosidad.

—Así es. De hecho, me encontraba con Nick cuando le informaron que sería duque.

Madeleine quiso preguntarle cómo había reaccionado Nick, indagar si sabía por qué no tenía un solo penique en el bolsillo, resolver las incógnitas que él no le había resuelto. Sin embargo, sabía que sería imprudente hacer esas preguntas, y revelarían más interés del que quería.

—Somos amigos de la infancia —continuó él con una sonrisa de quien se acuerda de viejos tiempos—, y hemos sido compañeros de viaje desde que salimos de Oxford. Quizás le haya escuchado mencionarme.

Parecía muy interesado en la respuesta a su pregunta. Madeleine supo que él también quería saber algo de ella.

—Estoy segura de que lo ha hecho, pero nunca dio muchos detalles.

La sonrisa de él se amplió, y a ella le pareció que incluso se relajaba.

—Nick siempre fue bastante reservado. Temo que el hablador soy yo. Si en algún momento la llego a importunar, puede decírmelo con confianza.

Su sonrisa era tan contagiosa que Madeleine se la devolvió. El recelo que le causaba mermó, y se dijo que podía ser un hombre agradable. Después de todo, los petimetres de la sociedad nunca admitirían que hablaban demasiado de ellos mismos.

—Yo siempre disfruto de una buena conversación. Dígame, ¿qué lo trae de vuelta a Inglaterra? ¿Extraña la compañía del duque? —De pronto, le vino una idea a la cabeza y lo miró con alarma—. ¿Quiere... quiere convencerlo de que regrese a viajar con usted? —preguntó, intentando no demostrar la ansiedad que le generaba una posible respuesta positiva a esa pregunta.

Sabía que Nick no se iría hasta que ella se casara, pero la presencia de su amigo podía hacer que la tardanza de ella en hacerlo se volviera inoportuna.

«No, Nick jamás me presionaría», se dijo. Pero ya no estaba convencida de nada en lo referente a él. Tampoco imaginó que jugara con ella de esa manera. Agradeció a su padre por dejar establecido que ella tendría que aceptar al su futuro esposo. No estaba segura de cuál era la validez legal de esa orden, pero cualquier caballero con honor respetaría la voluntad de un muerto. Ella quería creer que Nick era uno.

El señor Hatman resultó una compañía bastante agradable. Habló sobre su relación con Nick sin que Madeleine lo interrogara, y así fue como descubrió que parecían tener una amistad muy cercana. Si eso era cierto, no comprendía por qué Nick lo mencionaba lo menos posible cuando relataba sus aventuras.

No obstante, tampoco se habló solo de sí mismo, también la interrogó a ella. Le preguntó cuáles eran sus aficiones, sus gustos, e indagó discretamente la relación que tenía con Nick. Madeleine se cuidó mucho de la información que revelaba en ese aspecto, y se limitó a decirle que Nick era su tutor, y en que, aunque en ese momento vivía con él, estaba planeando mudarse

con otra persona.

—¿Alguna razón en particular? —preguntó sin poder disimular su curiosidad. Madeleine lo miró con reprobación, y el carraspeó, incómodo—. Discúlpeme si fui impertinente.

—Ninguna en particular —dijo evasiva. Por suerte, acababan de llegar a la casa, y el mayordomo, que debió verlos acercarse, los esperaba con la puerta abierta—. ¿Está su excelencia en casa? —preguntó Madeleine.

—Sí, milady —respondió, echándole una rápida mirada al señor Hatman.

Madeleine se giró hacia el invitado.

—Tiene suerte, a esta hora es difícil encontrarlo en casa. —Volvió a mirar al mayordomo—. Puede decirle que el señor Arthur Hatman ha venido a verlo.

—En realidad —interrumpió él, un poco nervioso—, me gustaría darle una sorpresa, si es posible. ¿Podría decirle solamente que un amigo ha venido a verlo?

El mayordomo no mudó su expresión, pero Madeleine lo conocía lo suficiente para saber que sus hombros se habían puesto ligeramente más rígidos, y eso significaba que no le había gustado la petición. Madeleine hizo un gesto de asentimiento al mayordomo para que cumpliera la orden.

—Lo esperaremos en la sala de té —le dijo al mayordomo.

Este hizo una seca inclinación de cabeza y se marchó. Madeleine acompañó al señor Hatman a la sala de té. Sarah, como buena carabina, no se despegó de ella.

—No me imaginé que Nick podía llegar a tener una pupila —comentó para romper el silencio—. Debió ser toda una sorpresa para él.

—No se imagina cuánto —dijo con la voz teñida de amargura.

Él lo notó, porque borró su sonrisa.

—Nick no está acostumbrado a las grandes responsabilidades, menos las familiares. Siempre ha sido un alma libre. Si la ha agraviado de algún modo, pido en su nombre que lo disculpe. A veces es necesario tener mucha paciencia con él.

—¿Siempre ha sido así? ¿Él ofende y usted se disculpa en su nombre? —preguntó para desviar la conversación.

Él se rio.

—Nick no suele ofender a la gente. He hecho el comentario porque... bueno...

Porque había notado la amargura en su voz, porque ya le había dicho que no pensaba quedarse allí más tiempo, y porque era un hombre inteligente, que seguramente estaba atando cabos y llegando a conclusiones que, tal vez, se asemejarían a la verdad.

Madeleine sonrió para eliminar la tensión de la conversación.

—No se preocupe. En realidad, ha sido un muy buen tutor. Temo que he sido yo la que ha puesto a prueba su paciencia.

Él esbozó una sonrisa tímida.

—No me imagino cómo. Usted me parece una joven encantadora. Creo que cualquier hombre sería dichoso de tenerla todos los días llenando la casa con su agradable presencia.

Acostumbrada a cumplidos similares, a Madeleine no la impresionó demasiado el comentario, por lo que se limitó a mantener una sonrisa cortés. Había algo en ese hombre que le generaba sentimientos contradictorios. Por una parte, parecía sincero y agradable cuando bromeaba o hablaba de sus viajes, e incluso su interés por saber sus aficiones se le hizo genuino. No obstante, comentarios como ese le sonaban falsos, cuidados, destinados a un objetivo que solo lo beneficiaría a él. Y estaba su mirada... Por momentos, sus ojos brillaban con sinceridad, otras veces le parecía ver en ellos malicia. Había una dualidad que era, como menos, interesante, pero también peligrosa.

Iba a responder con cualquier banalidad cuando otra voz reveló la llegada de alguien.

—No te lo contradigo, Arthur. Madeleine es una presencia muy apreciada, no como la de otros, que resultan desagradables. ¿Se puede saber qué diablos haces aquí?

Capítulo 18

Nick era consciente que a veces a la vida le daba por mandar un problema tras otro, todo con el fin de probar la paciencia de una persona en particular. Él había experimentado ese desagradable trato varias veces, pero nunca como en ese momento, cuando fue a recibir a la visita misteriosa y se encontró con Arthur, que no solo había decidido darle por fin la cara, sino que estaba coqueteando con Madeleine.

Ese día su humor no era particularmente nuevo, y ese acontecimiento solo había provocado que estuviera a punto de explotar. Sus ojos estaban fijos en Arthur, y su mente divagaba entre echarlo de su casa con brusquedad o caerle a golpes para cobrarse la afrenta que le debía.

—Nick, tanto tiempo sin verte. ¿Podemos hablar? A solas.

Señaló con el mentón a Madeleine. Ese maldito Arthur, siempre encontraba alguna forma de desviar los instintos primarios de Nick, y este decidió usar a Madeleine para recordarle que no querría hacer un escándalo frente a ella.

—Vamos a mi despacho.

Se giró sin asegurarse de si lo seguía o no, pero escuchó sus pasos y comprobó que, desgraciadamente, así era.

Abrió la puerta de la estancia y le hizo un gesto brusco para que entrara. Arthur lo hizo con naturalidad y confianza, como si se tratara de su casa. No había cambiado en nada. Todavía tener ese andar seguro, esa sonrisa embaucadora y esa mirada mentirosa que era capaz de engañar a los ingenuos que creyeran en él. Como Nick.

Apenas cerró la puerta tras ellos, Nick le atravesó la cara con un puñetazo.

Logró borrarle la sonrisa, pero no consiguió que Arthur perdiera el control. Pocas veces lo hacía.

—Nick, qué grato recibimiento. Me recuerda un poco a cómo nos conocimos en Eton.

Nick había conocido a Arthur el primer año de Eton. En aquellos años era un joven de buena familia, pero que no tenía la sangre azul suficiente para ser considerado digno por algunos hijos presumidos de lores. Por lo general, Nick era bastante tranquilo, pero incluso él tenía sus límites, y cuando un joven de esos que se creían mejor que todos lo provocó demasiado, Nick decidió que debía defenderse, o nunca lo dejarían en paz. Entonces, inició una pelea en la que intervino Arthur, quien por mala suerte recibió un golpe en la cara cortesía de los puños furiosos de Nick.

Al final, habían terminado haciendo las paces y siendo muy buenos amigos. Algunos veranos Nick los pasaba en casa de Arthur, quien era el hijo mayor de una familia numerosa.

Tres hermanas y dos hermanos. Disfrutaba del ambiente familiar de la casa de los Hatman, y de tener muchos compañeros de juego. En otras vacaciones, Arthur iba a su casa, donde aprovechaba la paz de una casa menos bulliciosa y se las ingeniaban para hacer perder los estribos a la madre de Nick. Con frecuencia, jugaban a que vivían grandes aventuras en alguna parte del mundo, y eso fue lo que más adelante afianzaría su vínculo.

Hasta que Nick cometió el error de confiar demasiado en él.

Que trajera a colación el inicio de su amistad le parecía una prueba más del cinismo que lo caracterizaba, y que se había negado a ver.

—Esta vez me la debías. Te busqué mucho antes de venir a Inglaterra. Me sorprende que hayas decidido darme la cara.

Por primera vez, el semblante de Arthur mostró algo semejante a la vergüenza. Caminó hasta la silla que estaba detrás de su escritorio y se sentó con parsimonia.

—¿No puedo querer ver a un viejo amigo?

—Al menos que traigas todo mi dinero y una buena explicación, temo que tu presencia no me es grata.

Arthur se quedó callado por varios segundos. Pasó un dedo por encima del escritorio.

—No tengo tu dinero, y, aunque tengo una explicación, no te la puedo decir.

Nick ignoró la punzada de dolor en el pecho. No negaría que había tenido la esperanza de obtener una buena explicación. Una parte de él se resistía a creer que la persona con la que tenía casi veinte años de amistad era en realidad un completo desconocido.

—Lárgate —musitó.

—Nick...

—Vete de aquí si no quieres que pida a unos lacayos que te echen, Arthur.

—Lo lamento.

Nick soltó una risa amarga.

—Lo lamentas, pero no estás dispuesto a rectificar tu error, y tampoco me das una explicación.

—Nick, te lo compensaré. Lo prometo. Solo necesito tiempo.

—No entiendes que no se trata solo de dinero, ¿verdad?

Arthur desvió la mirada. Lo entendía, por supuesto que sí, pero no estaba dispuesto a admitir que era un maldito traidor y que eso había arruinado para siempre la relación entre ambos. Arthur pocas veces admitía sus errores. En cambio, se puso de pie y empezó a pasear por la habitación.

—Regresé a Inglaterra porque decidí que era un buen momento para buscar esposa —dijo, como si todavía fueran dos amigos poniéndose al tanto de su situación actual—. Estoy a punto de cumplir treinta, ya es hora de sentar cabeza, ¿no crees?

Nick no respondió. Se dirigió a la esquina en donde estaba ubicada la campanilla y tomó el cordón dispuesto a tocarla. Iba a pedirle a los criados que lo sacaran de allí.

—Tu pupila es una joven hermosa. Y deduzco que también tiene una dote cuantiosa, ¿no?

Tal y como debió suponer Arthur, el comentario evitó que realizara la acción. Se giró lentamente, cuidando su expresión para que no supiera cuánto le había afectado esa insinuación.

—Tiene diez mil libras de dote. Lamentablemente para ti, yo tengo que autorizar su matrimonio, y jamás le daría su mano a un hombre como tú.

—Vamos, Nick. Sé que no tengo título, pero mi familia es respetable. Además, si convenzo a la dama, ¿su opinión no importaría?

Arthur siempre había tenido el defecto de sacar de quicio a las personas en los momentos más inoportunos. Según él, era un don. Las personas más vulnerables eran aquellas que estaban lo suficientemente molestas para no pensar, y muchas veces se podían obtener beneficios de ellos si se jugaban bien las cartas. Arthur tenía mente de empresario. Por suerte, Nick había convivido lo suficiente con él para conocer el truco.

—Ni siquiera la voy a dejar acercarse a ti. —Caminó hasta él—. Cásate con quien se te antoje, Arthur, pero si aún me tienes algo de respeto, déjame a mí y a los míos en paz.

—Estaba pensando —dijo Arthur, dando un paso hacia atrás. El cinismo en su semblante le pareció a Nick muy desagradable—, que ahora que eres duque, tienes abiertas muchas puertas en la sociedad. Quizás, podrías ayudarme a entrar y conseguir una esposa adecuada.

Nick se carcajeó.

—Por supuesto. ¿No quieres también que te preste más dinero?

—Si no es mucha molestia...

Nick bufó.

—Eres peor de lo que pensaba, Arthur. Lárgate de mi casa.

—Sería una pena —continuó él como si Nick no hubiera hablado— que la gente supiera que el duque de Clarence se dejó engañar y perdió toda su fortuna cuando estaba en América.

Nick apretó los puños y respiró hondo. No se dejaría provocar.

—¿También piensas contar que fuiste tú el estafador? —replicó con sarcasmo—. No creo que sea buena publicidad para un matrimonio.

—Se puede omitir el detalle.

—Ah, pero si tú cuentas esa historia, yo daré los detalles. No te engañes, Arthur. Jamás me ha importado lo que la gente piense de mí, y menos me importará lo que crean personas a las que ni siquiera aprecio. Al final, sigo siendo un duque. Tengo poder, y aunque hablen a mis espaldas, cuando me vean me sonreirán y me halagarán. A ti, en cambio, no creo que te vaya tan bien. Si has venido solo por chantaje, lamento decirte que no te funcionará. ¿Ahora, te marchas o te echo?

Por primera vez en la visita, Arthur se mostró tenso. Sus labios estaban apretados en una fina línea, y parecía pensar en qué hacer. Finalmente, tomó la sensata decisión de dirigirse hacia la puerta. Cuando Nick la abrió, no se sorprendió en encontrar a Madeleine muy cerca de esta. Ya se imaginaba que escucharía detrás de la puerta, y por eso se cuidó de no levantar la voz.

La miró con las cejas arqueadas.

—Quería comunicarte algo —dijo ella como excusa—, pero regreso en un rato.

—No te preocupes, Arthur se marcha.

Él hizo una inclinación de cabeza y tomó la mano de Madeleine.

—Un placer haberla conocido, milady. Me preguntaba si pudiera visitarla en alguna ocasión.

Nick contuvo un gruñido. A veces, se podía pasar años conviviendo con el enemigo sin saberlo. Por suerte, era tarde para desligarse de este.

—No eres bienvenido a mi casa.

—Ah, pero la dama me comentó que pronto se mudaría.

Quiso borrarle la expresión autosatisfecha de un golpe.

—Johnson —llamó de un grito al mayordomo, quien se apresuró a acercarse.

—Milord.

—Acompañe al señor a la puerta. Si alguna vez vuelve, no lo recibiré. ¿Entiende?

El mayordomo asintió.

—Señor, si es tan amable de acompañarme...

Arthur sacó una tarjeta del bolsillo de su chaleco y se lo entregó a Madeleine.

—Si lo desea, puede escribirme a esa dirección comunicándome su nuevo lugar de residencia, y con gusto iré a verla.

Hizo ademán de tomar la mano de Madeleine para besarla, pero Nick se interpuso entre ambos. Se miraron con desafío. Arthur inclinó la cabeza y se marchó.

—Se está volviendo costumbre echar con grosería a los visitantes, ¿no crees?

—Él no es un buen hombre, Madeleine. No dejes que se acerque a ti.

—¿No se supone que era tu amigo?

Nick apretó los labios.

—Ya no lo es.

—Y, ¿podrías explicarme por qué?

Nick lo pensó. Aunque le había dicho a Arthur que no le interesaba lo que otras personas pensasen de él, lo cierto era que sí le preocupaba la imagen que dejaría ante Madeleine. Su orgullo se resentía al recordar la confianza ciega que había puesto en su amigo, y lo estúpido que había sido. Cualquiera que supiera la historia, concluiría que era un tonto al que se podía engañar con facilidad, y eso siempre sería contraproducente.

No quería que Madeleine pensase eso. No quería que se decepcionase de él más de lo que la lo estaba.

—¿Por qué mejor no me explicas tú con quién has decidido irte?

—Con William.

Él la miró, estupefacto.

—¿Con tu primo?

—¿Por qué no? Le he escrito a él y a su esposa, e Iris me acaba de contestar.

Le tendió una nota.

Nick la leyó con rapidez.

Querida Madeleine.

Temo que William está bastante ocupado, y por eso no podrá responder la carta que le has enviado. No obstante, te aseguro que será un placer tenerte con nosotros lo que resta de la temporada. Estamos muy emocionados por tu futura compañía.

Siempre tuya, Iris.

Nick cerró los ojos y contuvo la maldición que iba a salir de su boca. Había varias razones por la que esa elección de destino le irritaba, y no se molestaría en negar que una era que aún sentía celos del dichoso primo, aunque supiera que era irracional. La otra tenía que ver con Arthur. Si se hubiera ido con alguna de sus hermanas, Nick estaba seguro de que podría haberlas convencido de que no le permitieran la entrada a su casa a ese canalla. No obstante, no sentía la confianza suficiente para hablar con el señor Rednoy. Sumado a que estaba seguro de que, así como a Nick le desagradaba, Nick tampoco le caía demasiado en gracia a él.

—Sería más apropiado que fueras con tus hermanas —argumentó con fingida calma—. La gente murmurará que prefieras a un primo en lugar de a ellas.

—Oh, ya han murmurado cuando me he venido a vivir aquí. ¿Qué importa que sigan haciéndolo?

Nick empezaba a desesperarse.

—¿Qué pasará con tu tía? ¿Él también la recibirá?

Ella se mordió el labio.

—Creo que ella tendrá que irse con alguna de mis hermanas.

—Madeleine, por favor. Sé sensata.

—Ya deberías saber que no es una de mis virtudes. Quiero irme a vivir con William, y lo haré. No tienes derecho a opinar al respecto, y tampoco tengo por qué seguir dándote explicaciones. Tú no me las das a mí.

Se marchó, airada, y Nick regresó a su despacho, donde se sirvió una generosa copa de oporto y se dejó caer en el sillón con cansancio.

La visita de Arthur había agotado sus energías. En cuanto lo vio, sentado en el sillón y

coqueteando con Madeleine, necesitó unos segundos para confirmar que no estaba alucinando. Después, necesitó de todo su autocontrol para controlar la furia que se había despertado ante su presencia.

«¿Cómo se ha atrevido?», pensó. Nick lo había buscado con desespero después de que lo había engañado, y regresó a Inglaterra resignado por haber perdido su único patrimonio y a aceptar que había sido traicionado. Le costó mucho asimilarlo, y se planteó varias veces la posibilidad de que hubiera una explicación razonable.

«Arthur no pudo haberme hecho eso», se decía, porque el corazón siempre se negaba a romper los lazos profundos, no importaba cuantas pruebas el cerebro hubiera recolectado en su contra.

Pero había tenido que aceptarlo. Nick se propuso olvidarlo, seguir adelante con esa improvisada oportunidad que la vida le había dado para no quedar en la ruina absoluta, y tomar la lección de nunca confiar demasiado en alguien. No obstante, la esperanza de que hubiera una explicación quedó guardada en el fondo de una caja llena de rencor, y cuando lo vio, esta había resurgido, para después asesinarla por la negación de su antiguo amigo a contarle la verdad.

Nick entonces había tenido que aceptar que nunca lo había conocido. La persona leal, bromista y que siempre tenía un plan para un apuro, no era más que un cínico, manipulador y descarado, que siempre velaba por la conveniencia. Entonces, quedó de verdad roto. Antes, tenía la ilusión de que habría una explicación. En ese momento, solo tenía la certeza de que había estado conviviendo con el enemigo por más de veinte años.

«Nunca más», pensó. La soledad tendría que ser su única amiga a partir de ese momento.

Se bebió dos vasos de oporto antes de decidir que era suficiente. Tampoco podía permitirse perder el sentido. Había problemas que requerían de su atención, como Madeleine.

Más allá del hecho de que no estaba de acuerdo con que se fuera de la casa, y mucho menos a la de su primo, tenía que buscar la manera de advertirla sobre Arthur sin tener que revelar tantos detalles de su bochornoso engaño. Una parte de él esperaba que Arthur no se atreviera a tanto, que tuviera al menos ese respeto hacia el que fue su amigo. No obstante, si llegaba a poner en práctica su plan, tenía que buscar la forma de mantenerlos alejados. No podía haber un matrimonio, legal, sin su autorización, pero temía los daños emocionales que Madeleine podía sufrir si ese canalla la embaucaba.

Arthur siempre había sido bueno con las mujeres, y Madeleine... bueno, ella estaba vulnerable.

«Gracias a ti», le recordó su conciencia. Nick la mandó a callar. Desde que había llegado a Inglaterra, había hecho todo mal cuando de ella se trataba, pero había llegado el momento de resarcirse. No importaba que para ello tuviera que hablar con el señor Rednoy, o, en caso extremo, revelar la verdad. No le importaba si ella al final lo odiaba o lo despreciaba más de lo

que ya lo hacía. La salvaría de Arthur.

Y también de él mismo.

Capítulo 19

La casa de William e Iris era considerablemente más pequeña a lo que estaba acostumbrada, pero tenía algo que las otras no: la sensación de que se encontraba en un hogar.

Iris la recibió con un cálido abrazo, mientras William le dio la bienvenida con un tono que, si bien podía indicar que no estaba seguro de haber tomado la decisión correcta, tampoco mostraba desprecio. Era bien recibida en esa casa, y eso hizo que Madeleine sintiera ganas de llorar. Después de tanto tiempo, por fin parecía tener un sitio donde estar tranquila.

Sus hermanas, por supuesto, habían protestado. Argumentaron que la sociedad iba a hablar, que con ellas estaría más cómoda, y otras tantas razones a las que Madeleine apenas prestó atención. No quería irse con ellas, y menos recibir sus condolencias después de informarles que el duque había rechazado su amor. Había estado evitándolas desde que envió la carta, y procuraría seguir haciéndolo. Estaba segura de que habían escrito a Amanda pidiendo apoyo, pero hasta que llegara la ayuda (si era que llegaba), Madeleine se quedaría en esa casa. Nick era su tutor, y lo había autorizado. Reticente, pero lo había hecho.

Madeleine recordó su despedida esa mañana.

—No tienes por qué irte —le había dicho con tanto pesar en su expresión que Madeleine casi se había arrepentido. Casi.

—Lo cierto es que esto será un escándalo —había comentado su tía—. Lo mejor sería quedarnos aquí.

No estaba en lo absoluto contenta con la decisión, principalmente porque estaba convencida de que, ya que Madeleine no la necesitaría, terminarían mandándola de nuevo al campo. Ella le había asegurado que podía quedarse con Emily toda la temporada, pero la dama no confiaba en su palabra.

—Ya tomé la decisión —había rectificado Madeleine, y con esas palabras se dirigió a la puerta y se montó en el carruaje que ya las estaba esperando.

—No sabes cuánto nos alegra que estés aquí, querida —dijo Iris, animada—. Desde que mi hermana se casó, la casa se siente muy sola.

—Yo lo llamé paz —añadió William, lo que le ganó una mirada reprobatoria de su esposa.

—Ven, te mostraré tu habitación —continuó la dama y se encaminó a las escaleras.

Su andar era lento y tranquilo. Era de esas mujeres que generaban simpatía y confianza de inmediato. A quien se le podía confiar un secreto y desahogar con ella las penas, porque envolvía el ambiente en un aire agradable. Ni siquiera la presencia tosca de William lo rompía.

—Si lo deseas, tenemos un piano en el salón de abajo. Me dijeron que te gusta tocarlo.

—Y a mí me advirtieron que no la dejara tocarlo —comentó William a sus espaldas. Se ganó otra mirada reprobatoria de su esposa.

Madeleine se giró para observarlo y le sonrió.

—Te alegrará saber que me he resignado a no tener habilidades musicales, así que ya no practico piano. Pero me gustaría ayudar en el jardín.

—Oh, por supuesto. El jardinero estará encantado de tener alguien que se interese por ello. Temo que a mí no se me da demasiado bien.

Caminaron por un pasillo y se detuvieron frente a una gran puerta de madera.

—Espero que te guste. Tengo que dejarte, porque hay una cosa urgente que debo decirle al ama de llaves. William, muéstrales la habitación y asegúrate de que todo sea de su agrado. Nos vemos en la cena.

Se marchó con la calma que la caracterizaba, pero el apuro en su voz había delatado la mentira. Supo que William también se había dado cuenta cuando puso los ojos en blanco. Abrió la puerta de la habitación y le hizo un gesto a Madeleine para que entrara. Era de tamaño mediano, con una gran cama, un tocador y una puerta que debía de conducir al baño. Estaba decorada en azul pastel y blanco; la luz que entraba por la ventana le daba un toque celestial.

—Es precioso —musitó. Se giró para mirar a William—. Gracias por aceptar que me quedara.

—No tuve muchas opciones —dijo él con desdén, aunque Madeleine notó que era fingido—. Le enviaste una carta a Iris.

—También te envié una a ti —acotó ella.

—Y como sabías que diría que no, le enviaste una a Iris.

Madeleine sonrió con inocencia.

—Vamos, ¿tanto te desagrada tenerme aquí? Te prometo que no molestaré.

Él suspiró con resignación.

—No me desagrada. Solo es... extraño.

Madeleine podía entenderlo. Eran hermanos, pero no habían crecido como tal, y apenas llevaban poco más de un año de conocerse. Madeleine lo había aceptado como familia, pero a él le costaba más.

Ella le puso una mano sobre el hombro.

—Me alegra estar aquí, William.

Los labios de él se curvaron.

—Tus hermanas van a matarme.

—Samantha es consciente de por qué no me fui a vivir con ella, y Emily... bueno, casi nunca se toma nada personal. Amanda no está en condiciones para reclamar.

—Amanda siempre está en condiciones para reclamar.

Ella soltó una risita.

—Es verdad. Pero creo que le agradas, así que solo mandará una carta con ciertas órdenes disfrazadas de sugerencias.

—¿Voy a tener la casa llena de pretendientes? —preguntó. Por su expresión, la idea no le gustaba nada.

—No tantos como crees. Esta temporada no hay caballeros que me llamen la atención.

«Solo uno, y no me quiere». Intentó apartar la idea de su cabeza. No obstante, algo debió revelar, porque él la observó con suspicacia.

—Nunca nos dijiste por qué te marchaste de la casa del duque.

Madeleine desvió los ojos de esa mirada penetrante. Siempre le había parecido que tenía unos ojos capaces de sacar la verdad solo con su intensidad.

—Bueno... creo que nuestra convivencia ya no podía sostenerse.

Era una verdad a medias.

—¿Por qué? —insistió él.

Madeleine se encogió distraídamente de hombros y fingió detallar el tocador.

—Desde el inicio fue complicada.

Si él sospechaba (o estaba seguro) de que mentía, no la confrontó más. En cambio, se dirigió a la puerta.

—Cualquier cosa que necesites, me dices. Cualquier cosa —recalcó. Ella supo que su oferta no se limitaba a algo que quisiese en la casa.

Asintió, conmovida.

—Esta noche vamos a Vauxhall, si quieres acompañarnos eres bienvenida —dijo, un poco más brusco, y se marchó.

Los jardines de Vauxhall siempre habían sido uno de los lugares favoritos de Madeleine. Las lámparas colocadas sobre los árboles y los fuegos artificiales a medianoche hacían del jardín un lugar mágico. En el centro, una gran orquesta tocaba, las personas bailaban y los árboles y pasadizos invitaban a dar un paseo.

Lamentablemente, Madeleine nunca podía dar un paseo. Al ser una joven soltera, había que vigilarla bastante, sobre todo en un sitio como Vauxhall, que se prestaba para escapes amorosos entre parejas. A ninguna de sus hermanas le fascinaba demasiado ese lugar, por lo que las pocas veces que había ido no quisieron adentrarse más allá de la orquesta. Decían que era peligroso, pues en Vauxhall no solo se congregaba la alta sociedad, sino todo aquel que pudiera pagar un chelín por la entrada, y preferían quedarse en la seguridad del jardín principal, donde acontecían la mayoría de las atracciones.

Esa noche, no se sentaron en un recinto privado. William dijo que era un desperdicio alquilar uno cuando eran tan pocos, pues estos tenían capacidad de diez a doce personas, así que

tomaron una de las mesas ubicadas bajo los árboles. De esa manera, estuvieron más cerca del tumulto que bailaba en el centro, y Madeleine se deleitó con cada uno de los detalles, desde el aire fresco que la despeinaba hasta las risas de alegría de los presentes.

Algunos caballeros que conocía se acercaron a pedirle un baile y ella lo aceptó, ya sea porque esa noche estaba de ánimo y quería bailar, o porque eran pocos los valientes que se acercaban cuando se percataban de la expresión dura de su hermano.

Se estaba divirtiendo tanto que casi se olvida de Nick. Quizás lo hubiera hecho por completo si el señor Hatman no hubiera aparecido en su mesa.

—Lady Madeleine, qué coincidencia encontrarla aquí.

—Señor Hatman, es un gusto —dijo con tiento.

Después de lo que le había dicho Nick, Madeleine desconfiaba de él, aunque no podía emitir un juicio severo porque no sabía la verdad. Lo observó con curiosidad. ¿Sería ese hombre tan malo como decía Nick, o solo lo había dicho para que se alejara de él? Después de sus acciones con John y William, no se sorprendía de nada.

—Le presento a mi primo, el señor William Rednoy. Y su esposa, la señora Iris Rednoy.

El señor Hatman hizo una perfecta inclinación de cabeza. No parecía en absoluto amedrentado por la mirada juzgadora de William.

—Un gusto.

—El placer es nuestro —respondió Iris con cortesía, ya que William no parecía dispuesto a decir nada. Observaba al señor Hatman como si algo en él le resultase familiar.

—¿Lady Madeleine, querría bailar conmigo? —le preguntó.

La orquesta tocaba un vals.

Madeleine dudó, pero la posibilidad de obtener por él la información que no le había dado Nick ganó la batalla. Se levantó y dejó que la condujera a la pista de baile.

—Hace una hermosa noche, ¿no cree? —preguntó Madeleine para iniciar la conversación.

—No tan hermosa como usted.

Ella sonrió con cortesía.

—No tiene que deshacerse en halagos, señor Hatman. Le aseguro que no soy vanidosa.

—Entonces es usted una mujer con una gran virtud, sin duda.

Madeleine rio.

—Tiene un sentido del humor particular.

—Me lo dicen con frecuencia.

—Es diferente al de Nick —dijo con cautela, para llevar el tema a donde quería.

—En general siempre hemos sido muy diferentes.

—¿Alguna de esas diferencias fue la que ha causado el distanciamiento entre ustedes? —

se atrevió a indagar.

Era una pregunta indiscreta, pero Madeleine había tenido que soportar muchas de esas a lo largo de su vida. Si los otros podían hacerlo, ella también.

Él no dio muestras de estar incómodo. Más bien parecía intrigado.

—Entonces no se lo ha dicho... ¡Qué tonto! Si se lo hubiese dicho, no habría aceptado bailar conmigo.

—¿Tan terrible es?

—No. Es solo que... Quizás Nick podría haber tergiversado un poco la historia. Ya sabe, uno siempre tiende a contar los hechos a su favor.

—¿Eso quiere decir que, si usted me los dice, también los narrará a su conveniencia?

Él le sonrió.

—Es usted una dama muy lista.

—Ese es un halago más apropiado. Entonces, ¿me dirá su versión?

—Podría hacerlo... Si me acompaña a dar un paseo a los jardines.

Madeleine arrugó el ceño.

—No me dejarán ir a solas con usted.

—Podemos escabullirnos —sugirió con voz sedosa.

Era un canalla, de esos de los que cualquier jovencita debería cuidarse.

—Cuando esté terminando la pieza, empezamos a movernos entre la gente hasta una esquina, y de ahí damos un paseo.

—Temo que no será posible —dijo Madeleine mirando por encima del hombro de él.

—¿Por qué? ¿Sigue usted con rectitud las reglas del decoro?

—Sí, pero no es solo por eso. Nick nos está observando, y no parece que vaya a dejar de hacerlo.

Él se giró y notó a lo que Madeleine se refería. Nick estaba sentado junto a William, y los miraba como un perro guardián miraría a un extraño: preparado para atacar.

Madeleine se resignó a no saber qué había sucedido entre esos dos.

—Si hubiera sabido que tendrías toda la noche esa cara, no te hubiera avisado que vendríamos aquí —comentó el señor Rednoy antes de beber con parsimonia de su copa.

Nick solo le dedicó una mirada antes de volver su atención a la pareja. Cuando había llegado al jardín principal de Vauxhall, sus ojos habían buscado con desespero a Madeleine. Apenas habían pasado unas horas desde que se había marchado, pero Nick lo sentía como una eternidad; la extrañaba. Necesitaba mirarla, saber que seguía existiendo, que estaba bien. Su imagen se había convertido en una droga, y la abstinencia era peor de lo que imaginó.

Hallarla bailando con Arthur fue una puñalada en el pecho.

El muy maldito.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó sin despegar la vista de la pareja.

Lo había llenado de curiosidad la nota que había recibido esa tarde. En frases cortas y secas, le indicaban que Madeleine había llegado bien a su casa, y que esa noche irían a Vauxhall para disfrutar de una velada en familia.

—Eres parte de la familia, ¿o no? —dijo en tono burlón.

—No veo aquí a sus hermanas.

—Oh, ellas. Debí haberme olvidado de escribirles.

Nick no estaba seguro de qué tramaba el hombre (porque algo tramaba), y tampoco tenía tiempo para pensarlo. Su atención estaba en idear un plan para separar a Madeleine del canalla de Arthur.

—No puede permitir que ese hombre se acerque a ella —dijo con brusquedad, y se permitió mirarlo por un segundo para darle más intensidad a su afirmación—. No es un buen hombre.

—¿Lo conoce, o solo tiene el presentimiento de que no tiene intenciones honorables con Madeleine, tal y como le pasó conmigo? —dijo con tono burlesco. Nick desvió la mirada. Él continuó—. ¿Puedes creer, querida, que milord pensó que yo podía tener intenciones deshonorables hacia mi querida prima?

Tomó la mano de su mujer y le dio un cálido beso. Ella se rio.

—Una conclusión un poco precipitada, ¿no cree, excelencia?

—Ofrezco disculpas —dijo entre dientes.

—Aceptadas —dijo él. Se recostó en el asiento en una pose relajada—. ¿Ha visitado la galería de su casa, Clarence?

Nick lo miró con confusión.

—No.

—Debería echarle un vistazo —comentó como si nada. Era un hombre muy extraño—. Hay retratos interesantes allí. En fin, ¿puede decirme por qué el señor Hatman es alguien a quien debo alejar de Madeleine?

Nick apretó los labios. Si quería su ayuda, tendría que decir la verdad. O gran parte de ella.

—Era mi amigo. Cuando estábamos en América, me engañó y robó todo mi dinero. No es de fiar.

—Interesante —dijo el señor Rednoy. Sus ojos se fijaron en Arthur. Lo analizaba como si intentara descifrar un enigma.

Nick agradeció que no pidiera detalles y volvió a centrar su vista en Madeleine.

—¿Puedo contar con que le negará el acceso a su casa si se presenta?

—Puedo hacerlo —dijo él con cierta indiferencia—, pero no sé si será lo más conveniente.

Nick arrugó el ceño y lo miró con fastidio.

—¿Por qué no?

—¿Alguna vez le han negado algo, milord?

—Muchas veces —respondió, sin saber a dónde quería llegar.

—Y la mayoría de esas veces, ¿no deseó lo que le prohibían aún con más fuerza?

Nick guardó silencio, dándole implícitamente la razón.

—Prohibirle la entrada al señor Hatman podría despertar en él, y en Madeleine, el natural impulso de rebeldía.

—Pero...

—Si quiere que se aleje de Madeleine, le recomiendo que le cuente a ella la verdad.

Nick supo que tenía razón, y que no hacerlo antes había sido una idiotez por su parte. A lo mejor si lo hubiera hecho, no estarían bailando.

La música terminó. Madeleine caminó hasta ellos, pero Arthur tuvo la prudencia de no acercarse. Nick se puso de pie con brusquedad, y sin ni siquiera saludar a Madeleine, fue a buscar a su viejo amigo.

Logró acorralarlo cuando entraba en El Gran Paseo. Lo llamó, y Arthur tuvo la cortesía de esperarlo. Le sonrió con su típico descaro mientras Nick hacía grandes esfuerzos para mantener su semblante neutral.

—No recordaba que te gustara perder el tiempo —le dijo Nick deteniéndose frente a él—. Ya te dije que nunca aprobaré un matrimonio entre tú y Madeleine, y ni pienses que puedes fugarte con ella, porque entonces no recibirás un penique de la dote.

—El único que habla de matrimonio eres tú. Yo solo le he invitado un baile.

Odiaba cuando se tomaba la situación a burla. Apretó los puños.

—No me imaginé que fueras tan protector —comentó, observándolo con curiosidad—. El viejo Nick estaría ansioso por deshacerse de la responsabilidad que lo retiene en Inglaterra.

—Siempre me he tomado en serio mis responsabilidades.

—Sí, pero tu preocupación excesiva me intriga. —Se inclinó ligeramente hacia él, como si pudiera averiguar lo que le pasaba escrutándolo más de cerca—. ¿No será que has desarrollado cierta fijación por esa hermosa pupila?

Nick guardó silencio, concentrado en mantenerse inexpresivo.

—No me sorprendería —continuó—. Es una chica hermosa y se ve simpática. Si te gusta, dímelo. Ya sabes que por mujeres nunca peleamos. Está en nuestro código de honor.

Nick sonrió con amargura.

—Ah, es que todavía tienes honor. Gracias por la aclaración.

La sonrisa de Arthur se borró y desvió la mirada. Si Nick no hubiera perdido toda esperanza, juraría que parecía culpable.

—Ayúdame a entrar en sociedad —pidió Arthur—, y me alejaré de ella.

Nick negó con la cabeza.

—No pienso prestarte ningún tipo de ayuda. Si no te quieres alejar, hablaré con ella para que sepa qué clase de alimaña eres.

—Ah, le vas a contar la verdad. Estoy seguro de que te lo agradecerá. Hoy estaba muy interesada en saberlo.

Nick ya había supuesto que Madeleine intentaría eso, pero también sabía que Arthur no se atrevería a contarle la verdad con tanta gente a su alrededor, al menos que tuviera la historia ya bien planeada. No podía arriesgar a quedar como un ladrón.

—Adiós, Arthur.

Se dio media vuelta y empezó a caminar de vuelta a la orquesta.

—En realidad, me dio la impresión de que tiene cierto interés en ti. Incluso te llama por tu nombre.

Nick no respondió y siguió caminando.

—Si tú estás interesado en ella, y el sentimiento es recíproco, ¿por qué no se casan, Nick?

Nick se detuvo, pero no lo miró.

—No tienes idea de lo que hablas.

—Oh, sí me doy una idea —continuó él con tono cantarín—. Ella te gusta, pero no quieres casarte porque tendrías que replantearte cambiar tu forma de vida. Sin embargo, olvidas que ya nada podrá ser igual, porque las circunstancias cambiaron, y tú también Nick.

El duque no respondió y continuó su camino, solo que, en lugar de regresar al jardín central, decidió ir a la salida. En realidad, no tenía nada que hacer allí.

Durante todo el trayecto, pensó en las palabras de Arthur. ¿Había cambiado? Era probable. Antes era un joven sin responsabilidades, ahora tenía demasiadas para que no surtieran algún efecto en él. ¿Qué parte del viejo Nick había dejado ir? Todavía quería seguir viajando, conocer mundo... Sin embargo, se dio cuenta con melancolía que eso ya no sería suficiente para ser completamente pleno. Porque desde que había conocido a Madeleine, también la necesitaba a ella.

Ser absolutamente consciente de eso hizo que se replanteara muchas cosas. ¿De verdad podría seguir su vida como si nada? ¿Lograría olvidarla algún día?

No, supo. No podría. Tenía que aceptarlo y tomar una decisión al respecto.

Y tenía que conseguir que lo perdonara.

Con esa determinación en mente, llegó a su casa. Se dirigía a la habitación, pero el repentino recuerdo de las palabras del señor Rednoy lo condujeron hasta la galería. El lugar

estaba a oscuras, y la luz de la lámpara de gas que había tomado en la entrada apenas iluminaba las facciones de las pinturas. Había una colección amplia, duques y duquesas, los respectivos nombres escritos en un membrete colocado en la parte inferior de cada cuadro. Nick hizo un recorrido desde donde creyó que era el principio, y cuando vio el último retrato, casi deja caer la lámpara de aceite.

El hombre del retrato debía tener en ese entonces cerca de cuarenta años. Tenía los cabellos negros y facciones duras, pero lo más sorprendente era el increíble parecido con el señor Rednoy.

Comprendió que el caballero no era primo lejano de Madeleine. Era su hermano.

—Es un bastardo —murmuró.

Tal parecido era imposible con un parentesco más lejano. Tenía que ser hijo del duque. Miles de preguntas le llenaron la cabeza. ¿Cómo había conseguido hacerse con el apellido? ¿Le guardaría rencor por llevar el título que le correspondía a él? Lo dudaba. El señor Rednoy parecía la clase de hombres a los que el mundo le daba igual.

Se sintió como un idiota por las acusaciones que sus celos lo habían instado a hacer. Era evidente que se trataban con tanto aprecio porque sabían la verdad.

Salió de la galería, conmocionado.

Al menos, tenía una excusa para ir a verla al día siguiente. Lo que le diría respecto a su relación, lo resolvería en el momento.

Capítulo 20

Cuando Nick llegó a la casa, se encontró con la desagradable noticia de que no solo no había nadie, sino que Madeleine había salido a dar un paseo con Arthur.

Frustrado, se debatió entre ir a buscarlos a Hyde Park o esperar a que volvieran. La posibilidad de encontrarlos en el inmenso parque era escasa, pero la sola idea de imaginárselos juntos hacía que quisiera correr el riesgo. Tomó la decisión cuando le preguntó al mayordomo de la casa si la señora Rednoy los había acompañado, y este respondió que la señora Rednoy estaba visitando a su hermana y Madeleine se había ido solo con la compañía de su doncella.

Muchacha imprudente. Iba a volverlo loco.

Estaba caminando hacia su carruaje cuando notó que otro se acercaba. Identificó al señor Rednoy por la ventanilla, y esperó a que se bajara.

Él hombre lo observó como si hubiera esperado verlo allí.

—Buenas tardes —le dijo con fría cortesía mientras se dirigía a la entrada.

Nick creyó que cuando lo volviera a ver, se sentiría incómodo en su presencia. Después de todo, estaba ocupando un lugar que debería ser de él si la vida tuviera solo un poco de justicia y menos moralidad fingida. No obstante, estaba demasiado inquieto por Madeleine para sentir otra cosa que desespero.

—Madeleine ha salido a pasear con Arthur —dijo en tono acusatorio.

William se limitó a arquear una ceja.

—Sola —añadió.

Él frunció el ceño.

—¿Sola?

—Se ha ido con su doncella, milord —interrumpió el mayordomo. Nick le dirigió una mirada de fastidio.

El semblante de William volvió a relajarse.

—Entonces no es tan terrible.

—Una doncella no es una carabina absolutamente respetable —protestó Nick.

—Es mejor a estar sola —respondió William dirigiéndose a la entrada.

Nick lo tomó del brazo para detenerlo.

—¿No se preocupa ni siquiera un poco por ella?

—Me preocupo por ella, pero también confío en ella. No es tan tonta como cree, Clarence. Además, son las dos de la tarde. Hyde Park está a rebosar de gente. ¿Qué cree que pueda pasar?

En lugar de tranquilizarlo, Nick se alarmó más. Arthur necesitaba dinero. Madeleine tenía una dote de diez mil libras. Un matrimonio en Gretna Green no era posible, porque requería tiempo para convencer a la novia y le daría a Nick la excusa para no entregarle la dote. Pero un escándalo...

Arthur siempre había sido fan de armar un buen espectáculo.

William pareció leer en su rostro lo que pensaba, porque de pronto su semblante se endureció.

—Voy a buscarla —anunció Nick.

—Lo acompaño.

—¿Ha decidido que sí hay que preocuparse? —preguntó con ironía mientras se subía al carruaje.

—Me preocupa más usted que ella, a decir verdad. Voy a evitar que cometa una tontería.

—No soy un hombre imprudente, Rednoy.

—Cuando se está enamorado, todo hombre es imprudente, Clarence.

Nick no lo desmintió. Había decidido no seguir mintiéndose a sí mismo, y eso implicaba tampoco hacerlo con otros. Había ido, de hecho, dispuesto a decirle a Madeleine todo.

William se sentó a su lado en el carruaje y cerró la puerta. Nick lo miró.

—Es igual a él —musitó, asombrado.

—Un peso que tengo que cargar —respondió de mal humor.

Supuso que su condición de nacimiento no era algo de lo que le gustara hablar, así que Nick no siguió con el tema. No era como si no tuviera cosas más importantes en las que pensar.

Madeleine quería golpear al señor Hatman. Había aceptado salir con él solo por una razón, y él muy canalla le estaba dando largas para darle lo que quería.

No era una compañía desagradable. La hizo reír en varias ocasiones y no se mostraba disgustado por los constantes comentarios cortantes de su doncella, quien insistía en que eso no era correcto. No obstante, Madeleine solo había aceptado ir con él porque quería saber el motivo de su pelea con Nick, y hasta el momento le había estado desviando el tema.

—Entonces, querida lady Madeleine, ¿no hay ningún caballero que le llame la atención esta temporada?

Ya le había hecho esa pregunta, pero parecía querer ratificarlo.

—Ninguno que merezca la pena ser mencionado.

Nick sin duda no lo valía.

—Y... ¿con qué tipo de hombre le gustaría casarse?

Ella se encogió de hombros.

—Actualmente no tengo un modelo definido —dijo, evasiva.

No podía permitir que su corazón la delatara y empezara a describir a alguien con las características de Nick.

—Entonces, cualquiera se podría ganar su corazón.

—Supongo.

Lo más acertado sería decir que nadie se ganaría su corazón, porque ya se lo habían robado. Pero él no tenía por qué saberlo.

—¿Qué opina de los escándalos, lady Madeleine? ¿Alguna vez ha estado involucrada en uno?

El abrupto cambio de tema la confundió.

—No.

Al menos que contara rechazar el asilo de sus hermanas e irse a vivir con el primo lejano que había heredado el ducado.

—¿Y le disgustaría estar envuelto en uno?

—Creo que a nadie le gusta estar envuelto en un escándalo.

—No, supongo que no.

Su expresión se volvió pensativa.

—Sus preguntas me parecen extrañas, señor Hatman.

—Sucede que quería complacerla, y decirle aquello que ha estado esperando, pero no quisiera que más oídos lo escucharan. Entonces, me preguntaba si podría pedirle a su doncella que se aparte un poco —le susurró cerca del oído—. Espero no lo considere demasiado escandaloso.

Madeleine echó un vistazo a Sarah, que estaba arrugando el ceño.

—Es de fiar —le aseguró Madeleine.

—Temo que el asunto es delicado. Comprenderá mi cautela. ¿Gusta sentarse? —dijo señalando un banco.

Madeleine lo hizo, no sin cierto recelo. Estaban en una parte del parque oculta por los árboles, no era tan transitada, pero si alguien pasaba, no lo verían venir hasta que fuera muy tarde, por lo que, si los veían sentados juntos, habría murmuraciones.

—Sarah...

—No —se negó la doncella, al parecer consciente de la situación—. No me separaré de usted. Mi deber es proteger su reputación.

—Solo será un momento —pidió Madeleine, ansiosa por conocer el motivo de separación entre los amigos—. Y no tienes que irte tan lejos. Solo un poco para allá —dijo señalando a sus espaldas.

—Milady...

—Por favor, Sarah.

Puso cara de súplica, esa que ni siquiera su estricta doncella podía ignorar. Con un resoplido poco femenino, se alejó.

—Una joven de admirable lealtad.

—No podemos tomarnos mucho tiempo —dijo con impaciencia—. Cuénteme, ¿qué pasó entre Nick y usted?

Él se rio.

—Al menos podría fingir que está aquí por mí, y no solo por la curiosidad de saber qué diferencias nos han separado a mí y a Nick.

Madeleine no se avergonzó por ser descubierta.

—Su compañía ha sido grata, señor Hatman, pero creo que jamás oculté mis verdaderas intenciones.

—No, supongo que no.

Se inclinó hacia ella. Sus ojos la miraron con ternura... y pesar. Arrugó el ceño. ¿Por qué parecía arrepentido de algo?

—Creo que puedo entender por qué le fascinas tanto.

—¿Perdón?

Él no respondió de inmediato, echó un vistazo al frente. Madeleine no se fijó en lo que estaba mirando, porque sus ojos quedaron fijos en las personas que se acercaban detrás del señor Hatman.

—No puede ser... —murmuró.

—Lo siento, querida, es por causas mayores —dijo él como si no la hubiera escuchado.

Antes de que Madeleine pudiera entender qué estaba sucediendo, él le agarró la nuca y la besó.

Al principio, la sorpresa le impidió reaccionar, pero tampoco fue necesario. No habían pasado ni dos segundos cuando se lo quitaron de encima con tanta brusquedad que incluso ella se tambaleó. El señor Hatman estaba en el suelo, y Nick estaba muy molesto.

—Has sobrepasado los límites, Arthur —masculló. Hizo ademán de golpearlo, pero William le sostuvo los hombros para mantenerlo al margen.

—Últimamente mis límites son difusos, Nick. Y temo que es muy tarde. La he comprometido y nos han visto.

—Si tus testigos son aquellas damas, no me parece que estén muy escandalizadas —comentó William con ligereza.

El señor Hatman desvió la mirada y masculló una maldición. Madeleine también se giró, cerca de los árboles, había un par de damas, que estaban hablando animadamente con Sarah.

Bendita fuera su doncella. Debió haber previsto las intenciones de Nick, y como las damas estaban más cerca que Madeleine, atinó a distraerlas para que no vieran lo que pasaría.

Sarah les dijo algo y las damas se apresuraron a internarse de nuevo entre los árboles, para tomar algún otro camino.

El señor Hatman se levantó con lentitud, observando como parte de su plan fracasaba con la partida de las damas. Sarah le sonrió con satisfacción, pero no se acercó, quizás intimidada por la presencia de Nick y William.

—Que no la hayan visto, no significa que no la haya comprometido. La he besado.

Madeleine bufó, furiosa. Aunque el señor Hatman se había comportado como un pretendiente, ella creía haberle dejado claro que no estaba interesada, y que llegara a ese nivel de bajeza la enfureció. Se había ganado su confianza con chistes ingeniosos y palabras amables, y la había traicionado. Solo pensar en lo que estuvo a punto de suceder la ponía enferma.

—Tonterías —replicó, queriendo hacerle daño—. No es el único que me ha robado un beso, y como verá, nadie ha conseguido llevarme al altar por eso.

Nick se tensó y William arrugó el ceño.

—No necesitaba saber eso —dijo su hermano.

—¿Cuántos te han robado un beso? —inquirió Nick.

—Algunos —mintió ella. No pensaba decirle que era el único—. No es tu problema...

—Oh, por supuesto que lo es. Yo...

—Dejemos esa discusión para después —interrumpió William, fastidiado—. Creo que es importante aclarar ciertas cosas con el señor Hatman.

—No hay nada que aclarar. Si te vuelvo a ver cerca de ella, nos encontraremos al amanecer con el arma de tu preferencia.

—Los duelos me parecen algo dramáticos y excesivos —respondió, sacudiéndose el polvo del chaleco.

La indiferencia con la que llevaba la situación sorprendió e irritó a Madeleine. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿No sentía remordimiento, vergüenza, o al menos miedo de que sus familiares cobraran la afrenta? Su cinismo llegaba a niveles inverosímiles.

—¿Y no te parece excesivo intentar deshonar a una dama solo para obtener su dote? —rebatía Nick. Madeleine podía notar que estaba dolido por el tono ronco de su voz—. Ese no es tu estilo, Arthur. Por Dios, ¿qué situación te tiene tan desesperado?

—Un hermano con amenaza de cárcel, en el mejor de los casos, y de muerte, en el peor —anunció William, con tanta tranquilidad con la que hubiera dicho comunicado que ese día iba a llover.

Todos se tensaron, incluso Madeleine.

Nick observó al señor Hatman.

—¿Es eso verdad?

Él no respondió.

—¿Lo cuentas tú, o lo cuento yo? —presionó William.

—¿Cómo te has enterado? —indagó el señor Hatman, observando a William con rencor.

—Tengo amigos en muchos lados, y esta mañana he hecho varias visitas. Tu apellido me sonaba conocido.

El señor Hatman apretó los labios, negado a decir la verdad. Madeleine pensó en la ironía del asunto. Había estado a punto de revelarle un secreto sobre Nick, pero guardaba con la misma terquedad uno suyo.

—El hermano del señor Hatman tiene afición por el juego y las bebidas caras —continuó William—. Tiene deudas en varios clubs, tanto decentes como cuestionables. La situación se alarga varios meses. Lo han amenazado con mandarlo a Fleet, pero los menos pacientes quieren su cabeza.

—¿Robin o Charles? —le preguntó Nick a William.

Para sorpresa de todos, respondió Arthur.

—Robin.

Nick se acordaba muy bien de Robin. Era el que le seguía a Arthur en edad, y siempre había mostrado interés por parecerse a su hermano. Si Arthur subía a un árbol, Robin también lo hacía. Si Arthur se le ocurría una idea, Robin lo secundaba. Cuando Nick visitaba a la familia de Arthur, Robin siempre los acompañaba a los juegos. A Nick le dolió saber que el joven entusiasta que siempre bromeaba con ellos y los veía con admiración había caído en los vicios.

—Mi padre murió hace años, y yo soy el cabeza de la familia. Tengo que cuidar de ellos —se justificó Arthur.

—No se puede cuidar de quien ni siquiera intenta cuidarse a sí mismo, muchacho —le dijo William.

Nick estaba absorto en sus pensamientos, y Madeleine también. No justificaba su proceder, pero se imaginaba lo horrible que debía ser que a un familiar lo estuvieran amenazando de muerte, más si este era un hermano.

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió Nick.

—¿Y qué hubieras podido hacer? —replicó el señor Hatman. Había envejecido diez años en unos minutos—. Me hubieras ayudado, lo sé, pero las deudas de mi hermano eran descomunales, y tu generosidad no llegaría tan lejos.

—Entonces decidiste estafarme —murmuró Nick.

Madeleine dio un respingo. ¿Estafa? ¿El señor Hatman había estafado a Nick?

—Te acababas de enterar que habías heredado un ducado. Serías rico. No necesitarías ese dinero.

—Tú sabías que yo no quería esta vida.

—Pues yo tampoco quería tener que salvarle el pellejo a mi hermano, pero la vida no

siempre es justa. A mi modo de ver, tú podrías salir adelante. Esa estafa no te arruinaría definitivamente porque tendrías otra vía de escape, pero yo aun así debía seguir buscando dinero.

Parecía tan frustrado, triste... Cargaba sobre sus hombros una responsabilidad que no le correspondía y le estaba matando.

—¿Por qué no me lo has dicho al volver? —indagó Nick.

El señor Hatman se encogió de hombros.

—No me enorgullece decir que mi hermano es un vicioso, y tampoco quería tu perdón, sé que no lo merezco. Al principio ni siquiera pensé en buscarte, pero la presión sobre Robin se volvió más fuerte, y concluí que la única manera de conseguir tanto dinero rápido era comprometiendo a una rica heredera y casándome con ella, y esas nada más se consiguen en las más altas esferas de la sociedad. Con tantos años fuera, y la reputación de mi familia entredicho, no podía acceder a esta sin ayuda.

Se dejó caer en la banca, agotado. Madeleine podía sentir su desesperación.

—¿A cuánto asciende la deuda?

—Casi ocho mil libras. Al menos tres mil son los que necesitamos con urgencia. Hemos regresado a Robin al campo, y puesto a la venta la casa de Londres. Pero las amenazas todavía llegan. Temo por la seguridad de mi familia.

—¿Y si entregas la casa como pago? —sugirió Nick.

—No la aceptarán —intervino William—. Los acreedores más respetables sí, pero la gente de los bajos fondos prefiere el dinero, y de esos son de los que hay que deshacerse primero.

El conocimiento de William sobre cómo se manejaba ese lado del mundo la sorprendió. Madeleine sabía poco de su vida antes de que su padre lo ayudara, pero presentía que no había sido agradable.

—Y aunque pagues la deuda, tu hermano no tardará en meterse de nuevo en problemas —continuó William—. No estoy seguro de que salvarlo sea la solución.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Dejar que lo maten? —preguntó, exasperado.

—Darle una lección —sugirió su hermano—. Deja que los acreedores lo manden a la cárcel. Allí le pagas lo suficiente para que su condición de vida sea decente, y estará seguro durante un tiempo, al menos mientras logras vender la casa para saldar la deuda. Ese tiempo le servirá para desintoxicarse de la necesidad de alcohol, y reflexionar sobre por qué no puede seguir jugando.

—Pero...

—Es verdad, Arthur. Aunque le salves el pellejo en esta ocasión, seguirá por el mismo camino, y tú vivirás con esa inquietud constante. Hacerle creer que no lo piensas apoyar más es la mejor manera de que entre en razón —secundó Nick.

—Pero el resto de mi familia también corre peligro si no les pago.

—Nosotros te ayudaremos a vender la casa —dijo William. Dirigió una mirada a Nick—. ¿Verdad?

Por la expresión de Nick, estaba teniendo un fuerte debate consigo mismo. Finalmente asintió.

—También sería conveniente asustarlo un poco —añadió William.

Todas las miradas se posaron en él, algunas con incredulidad y otras con recelo.

—¿A qué te refieres?

—Quizás aprenda más rápido la lección si, una vez en la cárcel, se le comenta que tú, o alguien de tu familia, sufrió un ataque por su culpa de las deudas que adquirió —dijo con desenfado.

—¿No te parece algo extremista? —preguntó Nick, no muy convencido del plan.

—No tiene que ser nada muy grave. Podríamos decirle que intentaron entrar a la casa, o acorralar a alguien, pero que no lo consiguieron. Solo es para asustarlo un poco, que sea más consciente del daño que han causado sus acciones, y esté más predispuesto a cambiarlo.

El señor Hatman, sin embargo, no parecía nada convencido del plan. Madeleine se sentó a su lado y le puso una mano sobre el hombro. El enfado se había esfumado en cuanto comprendió el enorme peso que cargaba.

—Cuando era niña y hacía algo mal, mi padre me regañaba con dureza. Rato después, me explicaba que, si no hacía de esa forma, yo no lo tomaría en serio. Con el tiempo descubrí que tenía razón, pues yo tendía a olvidar lo que me pedía amablemente porque sentía que a él no le importaba demasiado. Uno tiende a comportarse mejor cuando sabe que está haciendo daño a otra persona con sus actos.

El señor Hatman se puso de pie.

—Yo... tengo que pensarlo —musitó. Miró a Madeleine—. Lamento lo que estuve a punto de hacerte. Nada justifica mis acciones, pero estaba muy desesperado. Quiero decirte que hubiera hecho lo posible para que fueras feliz a mi lado.

Madeleine no lo dudó. Ya se había dado cuenta de lo que era capaz de hacer por su familia.

Él se giró hacia William y Nick.

—Gracias por todo. Y Nick... de verdad lo siento.

Se marchó. Su andar demostraba lo abatido que se sentía.

—¿Crees que aceptará? —le preguntó a Nick.

—No lo sé —respondió, observando por donde se había ido su anterior amigo—. Es muy apegado a su familia, y a Robin más que todo. Le cuesta mucho hacer algo que podría dañarlo.

—¿Aunque fuera por su bien?

—A veces, son cosas que el corazón no entiende.

Madeleine sintió la tentación de preguntarle cómo se sentía, porque él también parecía abatido, pero se contuvo. Ya se había involucrado suficiente con sus sentimientos.

—¿Qué hacéis aquí?

—Yo estaba llegando a mi casa, cuando alguien decidió que tenía que venir a buscarte, así que tuve que acompañarlo para evitar que cometiera una tontería —explicó William.

—¿Fuiste a buscarme? —le preguntó. Él asintió—. ¿Por qué?

—Yo... quería decirte algo, pero creo que será mejor después. Ven a cenar esta noche a mi casa, por favor.

Madeleine dudó. Había algo diferente en la forma en que le hablaba, e incluso en su expresión. No era la del hombre terco y confundido que había tomado la decisión de sacarla de su vida porque no le convenía, sino la de alguien que estaba arrepentido y quería rectificar un camino. ¿Sería posible?

No quiso ilusionarse, pero tampoco pudo evitar hacerlo. Sería solo una cena. Y no podía quedar más herida de lo que ya estaba.

Asintió.

—Deduzco que Iris y yo no estamos invitados a esa cena —comentó William con socarronería.

Madeleine se ruborizó. Había olvidado que él estaba allí.

—Preferiría que no fueran —respondió Nick sin ningún pudor.

—Por supuesto. A quién le importan las reglas del decoro, ¿verdad? —replicó.

Madeleine se rio, porque sabía que a él no. Nick también sonrió.

Tuvo un buen presentimiento.

Capítulo 21

Aunque se odió por ello, Madeleine se puso su mejor vestido ese día, e intentó mantener una apariencia impoluta en todo el trayecto. Iris y William la acompañaron. No dijeron nada de esa cena tan inapropiada. William mantenía una expresión indiferente mientras Iris sonreía con complicidad.

Si sus hermanas supieran...

Cuando llegaron a la casa, el mayordomo estaba esperando, y Nick estaba a su lado. Madeleine entró rápidamente.

—Supongo que usted la devolverá a casa, milord —dijo Iris desde la ventanilla.

—Si es que la devuelve. —Escuchó que decía William desde adentro.

Iris giró la cabeza, y Madeleine supuso que lo estaba regañando con la mirada.

Nick carraspeó, incómodo.

—Por supuesto, yo me encargaré de ella.

El carruaje con su hermano y su cuñada se marchó, y Madeleine se quedó a solas con Nick.

Él le tendió la mano y ella la aceptó.

—¿Por qué no me dijiste que era tu hermano? —le preguntó mientras caminaban.

No era un reproche, así que ella no se puso a la defensiva. No supo cómo se había enterado, y tampoco le importaba mientras no despreciara a su hermano.

—No era mi secreto.

Él asintió, entendiendo.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿A dónde vamos? —preguntó, al ver que no se dirigían al comedor.

—Ya verás.

Caminaron hasta llegar al salón principal, que estaba bien iluminado por una araña central llena de velas. Madeleine observó que en la terraza había una mesa.

—Hace una noche hermosa, así que pensé que podíamos cenar aquí.

Se acercaron a la terraza, donde la luz de la luna y las estrellas hacía destellar la vajilla de plata y las velas en el centro de la mesa envolvía en el espacio con su calidez. Había una rosa sobre la mesa. Él la tomó y se la entregó.

—Temo que no la he cuidado yo mismo, pero me la he llevado del jardín a pesar de los regaños del señor Walker. Espero que tenga algún mérito.

Madeleine aceptó la hermosa rosa roja y su corazón empezó a latir con fuerza, más esperanzado que esa mañana, y que nunca.

—¿Nos sentamos? Pronto traerán la comida.

Madeleine se sentó, y Nick lo hizo frente a ella. La mesa no era muy grande, así que, si ella quisiera, podría extender y tocar la mano que había dejado sobre la mesa. Deseaba hacerlo, pero se contuvo. Ella había dado el primer paso y él había retrocedido. Le tocaba a Nick avanzar todo el terreno perdido por su estupidez.

No se lo pondría fácil.

—Quería hablar contigo en la tarde, pero consideré que sería mejor hacerlo así, ¿no crees? Es más íntimo, y más romántico.

Madeleine no respondió.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Madeleine, sé que he sido un idiota, pero ¿me darías al menos la oportunidad de reivindicarme?

—Tal vez.

Lo haría, pero primero lo quería ver rogar.

Los criados entraron en ese momento con varios platos. El olor del cordero asado le llenó las fosas nasales y le puso de buen humor. Amaba el cordero, y casi dio un brinco cuando vio que los acompañantes eran zanahorias confitadas con patatas, por no decir que todo estaba acompañado con una deliciosa salsa de nata que solo la cocinera sabía hacer.

—¿Nos saltaremos el primer plato? —preguntó Madeleine mientras le servían.

—No lo vi necesario, siempre lo dejas.

Era verdad. Por lo general, eran sopas, y Madeleine detestaba las sopas. Le pareció interesante que hubiera notado ese detalle.

Empezaron a comer, al principio en silencio. Por momentos, él parecía querer decir algo, pero callaba como si no encontrara las palabras. Madeleine decidió comenzar la conversación.

—No vas a contarme sobre la estafa a la que te sometió el señor Hatman.

Él suspiró, como si hubiera esperado ese momento.

—Estábamos en América. Mis ingresos venían de la tierra heredada de mi padre, pero no eran demasiados, así que de vez en cuando lo invertía en uno que otro negocio para que se multiplicaran. Arthur hacía lo mismo, y cuando uno conseguía un buen lugar donde invertir, se lo recomendaba al otro —dijo con voz ausente, como si se hubiera transportado a aquellos momentos—. Ese día, Arthur me comentó que había conseguido un negocio que prometía buenas recompensas, era una empresa naviera que estaba empezando a tener éxito en el mercado, y necesitaba inversores. Al principio, no quise. Pedían una cantidad muy alta, casi todo con lo que contaba en ese momento, pero Arthur me convenció de que los beneficios serían rápidos, que el dinero lo necesitaban para pagar un barco para el que ya tenían cuadrados algunos contratos. Me dijo que él también iba a invertir, pero que necesitábamos ofrecer el dinero ya

porque eran muchos los interesados en ser socios. Yo confié en él y le di el dinero. Se suponía que al día siguiente firmaría el contrato, pero cuando fui al lugar acordado, nadie se presentó.

Se quedó en silencio y apretó los labios.

—Regresé a la posada donde nos quedábamos, y se había marchado. Me costó mucho aceptar que me había estafado. Nos conocíamos desde hacía veinte años. Lo recibí en mi casa, él me recibió en la suya. Cuando uno estaba mal por alguna razón, el otro lo apoyaba. No entendía cómo podía haberme hecho eso... ni por qué.

Madeleine sintió un nudo en la garganta, empática con su dolor. Era como si lo hubiera traicionado un hermano. Olvidó su convicción de mostrarse fría y extendió la mano para posarla encima de la de él. Él intentó esbozar una sonrisa, quizás para tranquilizarla, pero no pudo hacerlo. Estaba luchando contra el dolor, reprimiendo aquello que llevaba intentando sobrellevar meses. La traición no era algo que pudiera aceptarse rápidamente, menos cuando el causante había regresado a su vida.

—Y ahora que sabes el motivo, ¿eres capaz de perdonarlo? —preguntó con suavidad.

—Soy capaz de entenderlo. Nunca tuve una familia numerosa, pero vi el amor que Arthur siempre les tuvo. Comprendo por qué lo hizo. Tal vez yo habría hecho lo mismo. Pero nunca nada volverá a ser igual.

Porque la confianza perdida no se recuperaba. Madeleine tenía la impresión de que eso era algo que el señor Hatman sabía, y aun así había decidido correr el riesgo. Quizás no fuera su persona favorita, pero lo admiraba por seguir luchando a pesar de la difícil decisión que había tenido que tomar.

Ella le dio un apretón sobre su mano y esta vez él consiguió sonreír. Ensartó un trozo de cordero en el tenedor.

—Está muy bueno el cordero, ¿no crees?

Madeleine asintió.

—Es mi comida favorita.

—Lo sé. Me lo dijo la cocinera. También me regañó, porque dijo que ya había planeado servir pescado esta noche.

Entonces había sido intencional... Le daría mérito por ello.

—¿Por qué no me dijiste lo del señor Hatman cuando te lo pregunté?

Él se llevó la comida a la boca y se demoró en responder.

—Me daba vergüenza. Cualquiera que supiera la historia, pensaría que fui un idiota por entregar un dinero sin un contrato de por medio. Supongo que a todos nos cuesta admitir cuando hemos cometido un error estúpido.

—¿Y no temías que él me contara su versión?

—Tenía la esperanza de que aún me respetara lo suficiente para no hacerlo, pero en caso

de que así fuera, habría tenido que contarte yo la mía, y confiar en que me creyeras. ¿Lo habrías hecho?

—Es probable.

Aunque Madeleine sabía que sí lo hubiera hecho. A pesar de lo ocurrido, ella conocía a Nick, y confiaba en él. El señor Hatman era poco menos que un desconocido que siempre le había generado recelo.

—No fuiste estúpido, Nick —le dijo con cariño—. Era como un hermano para ti. Uno nunca espera la traición de un hermano. Sé que nunca volverá a ser como antes, pero espero que, con el tiempo, al menos puedas ya mirarlo sin rencor.

—Sé que terminaré perdonándolo. Yo también he cometido errores, y también espero perdón. Puedo comprender que no sea fácil, pero haré lo que sea necesario para obtenerlo.

Madeleine desvió la mirada hacia su plato y continuó comiendo. Sentía sus mejillas arder y su corazón gritar con fuerza, pidiéndole que se lanzara sobre él y lo besara, que le dijera que ella ya lo había perdonado porque lo amaba.

Pero no lo haría. No hasta que él no dijera las palabras que ella estaba esperando.

Terminaron de cenar y Nick la condujo al centro de la pista.

—Uno de los momentos más tortuosos de mi convivencia contigo, fue cuando querías que bailáramos juntos. No solo porque la forma de tararear las canciones era cuestionable, sino porque estar tan cerca de ti y no poder hacer todo lo que se pasaba por mi mente era una tortura.

Tomó su mano y la colocó sobre su cintura, como si fueran a bailar un vals, solo que la acercó más de lo correcto. Madeleine tragó saliva.

—Cuando cancelaste las clases, me sentí mal, aunque no quise admitirlo. Quería seguir teniendo esos momentos contigo, seguir mirándote a los ojos mientras nos movíamos. —Empezó a moverse, y Madeleine le siguió el ritmo por instinto. La única música que escuchaba eran sus melodiosas palabras, que le sonaban como la más bella de las canciones—. Seguir hablando hasta que se hiciera tarde, y disfrutar del placer de tu compañía.

Dieron varias vueltas en el salón. El calor de sus brazos la hacía sentir más dichosa que nunca. Como si ese fuera su lugar seguro.

—Siempre supe cuáles eran mis sentimientos hacia ti, y los negué por miedo a lo que eso significaban. Yo... estaba acostumbrado a una vida, y tenía la esperanza de recuperarla, pero comprendí que nunca podría hacerlo, y no porque mis circunstancias ya no me lo permitan, sino porque si me voy sabiendo que te he dejado, viviré constantemente con ese vacío en mi corazón.

Se detuvo y se hincó frente a ella. Madeleine sintió que el corazón se le iba a salir.

—Te amo, Madeleine. Supe que tendrías un gran efecto en mí, desde que te empeñaste en vivir aquí y lo acepté, desde que toleré esas horribles interpretaciones cada mañana, y desde que me generó ternura tu determinación para conseguir destacar en un talento. Amo tu testarudez, la

intensidad de tus sentimientos y la autenticidad con la que haces todo. Amo todo de ti, y aunque no me ha dado tiempo de conseguir un anillo, me gustaría pedirte que te casaras conmigo. Sé mi compañera, viaja conmigo, y cuando no podamos, acompáñame en las noches y disfrutemos uno del otro. Por favor, acéptame y acaba con el martirio que ha supuesto para mí estar lejos de ti.

A Madeleine se le aguaron los ojos y quiso llorar de la emoción. Cualquier resentimiento que pudo haber sentido se esfumó, porque su niña interior estaba feliz con la propuesta. Eso era lo que siempre había deseado, alguien que la quisiera a ella, a Madeleine Rednoy, y no solo a lo que representaba.

Se echó encima de Nick para abrazarlo y casi lo tira al suelo.

—Sí, acepto. Por supuesto que acepto. Aunque me deberás el anillo.

Nick se puso de pie con ella en brazos y la besó. Madeleine respondió al beso con entusiasmo, y a los pocos segundos sentía cómo su cuerpo cosquilleaba y anhelaba la cercanía. Él la apretó más contra sí, pero no fue suficiente. Cada vez que paraban el beso, lo retomaban con más intensidad, como si de una adicción se tratara.

—Debería llevarte a casa —musitó él.

Madeleine no lo escuchó y volvió a besarlo. Nick jadeó.

—Madeleine —dijo, haciendo un gran esfuerzo por separarse—. Si no te regreso ahora, no creo que vuelvas a tu casa esta noche.

—¿Y eso sería tan terrible? —preguntó con inocencia.

Ella quería seguir besándolo. Quería llegar al punto al que habían llegado aquella noche en su habitación y continuar. No estaba segura de cómo era la «continuación», pero confiaba en Nick, y en lo que le pedía su cuerpo.

—Sería incorrecto y poco caballeroso de mi parte —respondió con voz ronca.

—Pero ¿sería tan terrible?

—No —dijo, mirándola con intensidad—. Por Dios que no.

Y volvió a besarla.

—Te amo, Nick —musitó ella entre besos.

Y él le respondió besándola con más intensidad.

Esa noche, Madeleine no regresó a su casa, pero tampoco hubo un día en el que hubiera sido más feliz.

Epílogo

La boda se realizó a finales de temporada, pues Amanda se negaba a no poder asistir, y tuvieron que esperar hasta que su hijo nació.

Los meses de espera fueron muy tortuosos para Madeleine, quien estaba tan emocionada que quería convertirse en la mujer de Nick lo más pronto posible. Por suerte, su hermano y su cuñada no eran tan estrictos con el decoro, por lo que logró sobrellevarlo bien.

Todo ese tiempo se quedó viviendo con William, y sus hermanas terminaron por aceptar que no cambiaría de opinión. En realidad, tuvieron que aceptar muchas cosas, porque, aunque se alegraron del cambio de opinión de Nick respecto al matrimonio, Madeleine sabía que la idea no les encantó, sobre todo por las murmuraciones que hubo al respecto. El problema no fue que se casara con su tutor y primo lejano, sino que había estado viviendo con él mucho tiempo, y para una sociedad tan superficial, los motivos del matrimonio eran muchos, y todos moralmente cuestionables.

Madeleine se pasó toda la temporada desviando preguntas indiscretas e ignorando comentarios impertinentes. Nada arruinaría su felicidad.

El día de su boda fue memorable. William aceptó entregarla en la iglesia, y su vestido era precioso, color rosa pastel con bordados de flores y encaje que parecía hecho con hilos de oro. Después de la ceremonia, fueron a la casa para el desayuno de bodas, donde se reunieron con la mayoría de los invitados y recibieron muchas felicitaciones, algunas reales, otras falsas. A Madeleine no le importaba, solo le importaba estar con Nick.

—Felicitaciones —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Era el señor Hatman. En un principio, Nick no lo iba a invitar, pero Madeleine terminó por convencerlo de que lo hiciera. Era consciente que jamás volvería a ser los amigos que eran, pero que al menos limaran asperezas, por el bien de ambos.

El señor Hatman había terminado por aceptar el plan de William y, con dolor, arregló todo con los acreedores para que lo mandaran a la cárcel. Logró vender la propiedad de Londres y deshacerse de gran parte de las deudas, pero su hermano seguía en la cárcel, aunque lo último que supo Madeleine era que había entrado en razón.

—Gracias —respondió Nick con cordialidad.

Madeleine le sonrió para quitar frialdad a la respuesta de su esposo. Cualquier rencor que hubiera tenido hacia él, se había esfumado.

—Me alegra que haya venido, señor Hatman —le dijo.

Él asintió y sonrió.

—Me alegra que me hayan invitado. Pero temo que tengo que irme.

—¿Tan pronto?

—Asuntos que resolver. Les deseo mucha dicha. Hasta luego.

Hizo una inclinación de cabeza que Madeleine correspondió y se marchó sin decir más. Nick lo observó irse con semblante inexpresivo, aunque no engañaba a Madeleine. Ella sabía que estaba preocupado por él y la deuda que aún le faltaba por saldar.

—Estará bien —le dijo Madeleine.

—Eso espero —musitó de forma casi inaudible.

Madeleine le colocó las manos sobre los hombros.

—¿Vas a ayudarlo?

Él tardó en responder.

—Quizás.

Ella supo que lo haría, pero quizás el señor Hatman no se enteraría. Durante esos meses, Nick se había estado adaptando bien a sociedad, había hecho amigos, y contactos. Seguramente los usaría, porque sabía que no solo le tenía aprecio a Arthur, sino también a su familia.

—Eres un gran hombre —le susurró cerca de los labios.

—Y tú una descarada. ¿Quieres aumentar las habladurías?

Ella echó un vistazo a su alrededor, percatándose de que varias miradas estaban sobre ella.

—No me importan, ¿a ti sí?

Él le dio un corto beso en los labios como respuesta.

—¿Estás lista para el viaje de mañana?

Madeleine asintió. No solo estaba lista, sino también entusiasmada. Irían a España, después a Roma, y finalmente a la India, aunque Madeleine esperaba no ver ninguna viuda ser quemada viva.

—Yo siempre estaré lista mientras esté a tu lado.

—¿Qué habré hecho para ser tan afortunado y haberme ganado tu corazón?

—Quizás ser un hombre maravilloso.

—Hace unos meses no pensabas igual.

—Lo importante es lo que pienso ahora. Y pienso que te amo como nunca podría amar a nadie.

—¿Ni siquiera al vizconde?

—No hay punto de comparación.

Ambos sonrieron y allí, frente a todas las miradas escandalizadas, se dieron un profundo beso para sellar su promesa de amor.

